Mundo Argentino

20 centavos en toda la República



¡MUJER!

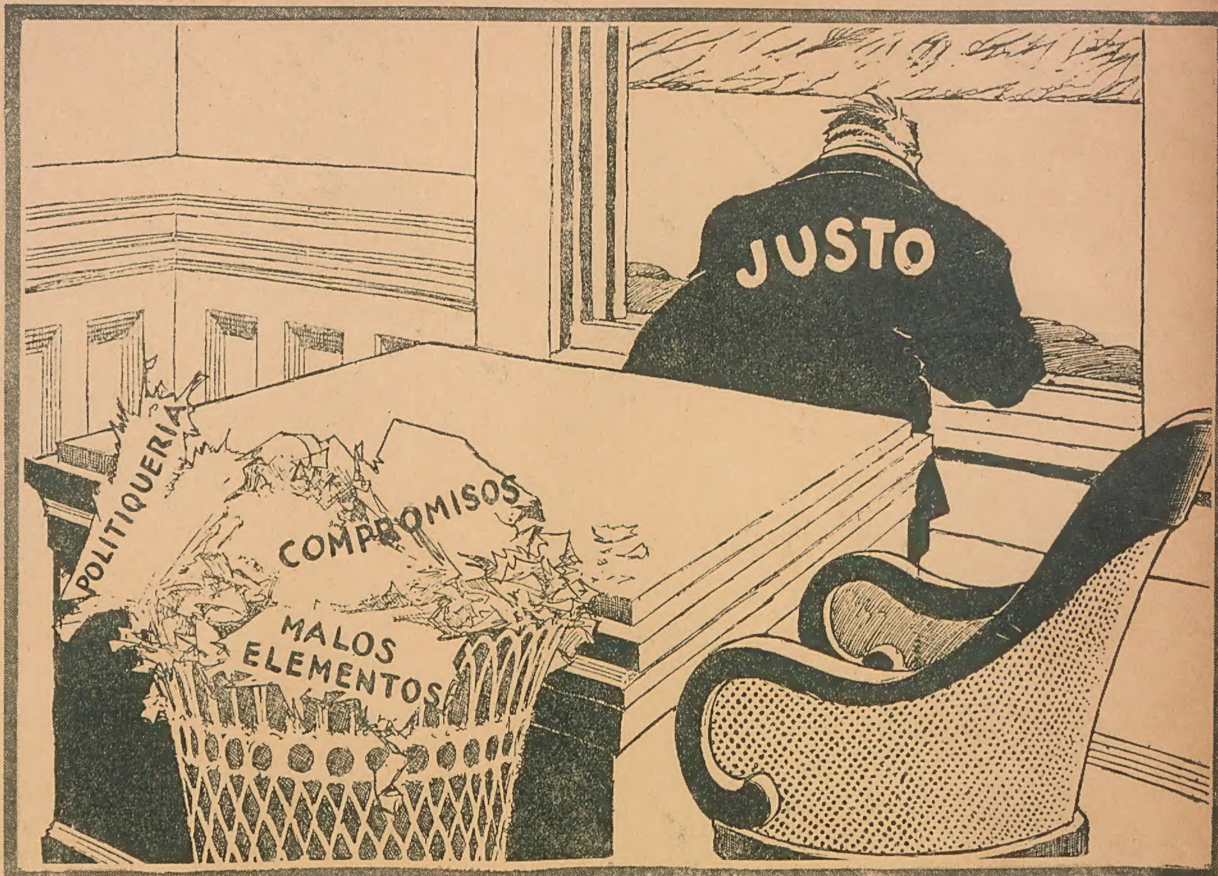
De la novela nacional de CONCEPCION RIOS que se publica en este número

Chita tenía las pupilas y el alma con serenidad de estanque. La boca perfecta, cerrada a las emociones, y las manos con blancuras sin sobresaltos. Era un contraste la resignación de las facciones con la elegancia del porte y el voluptuoso andar.

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



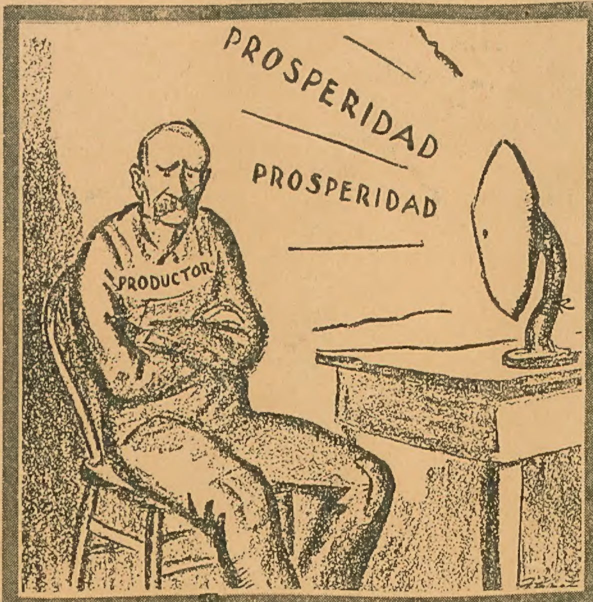
1 El que mueve los títeres.
(De "The Bystander", Londres.)



2 ¡Ya está limpia la mesa! ¡Un poco de aire y... manos a la obra!



3 ¡Cuidado con las pinchaduras!
(De "Il Travaso", de Roma.)



5 Esto es pura música celestial.
(Del "New York World.)



4 El novio no está bien preparado todavía.
(Del "Dispatch". Columbus, E. U. A.)



6 ¡Compartamos la carga!
(Del "Eagle", de Brooklyn, E. U. A.)

El Balance de la Política Mundial

1. — Los políticos del mundo se agitan y debaten en la Liga de las Naciones, pero, según "The Bystander", el que mueve los títeres es el tío Sam.

2. — El general Justo tendrá que emprender una intensa labor de saneamiento administrativo, completando, así, la ya iniciada, para inspirar al pueblo confianza en su gobierno.

3. — La política francesa avanza por un camino que juzga libre de obstáculos, pero Italia la previene contra la existencia de "caballos de frisa" en forma de cascos de acero, que pueden malograr la marcha.

4. — A pesar de lo que se sostiene, los Estados Unidos no están bien preparados para la Conferencia del Desarme, según el "Dispatch".

5. — Desengañado, el productor no cree en el restablecimiento de las actividades y el retorno de la prosperidad, y permanece cruzado de brazos.

6. — El Congreso norteamericano se ve agobiado ante la pesada carga de los problemas nacionales, mientras el Poder Ejecutivo, en lugar de ayudarle a sobrellevarla, se la agrava aun más.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, FEBRERO 24 DE 1932 — NÚM. 1101

Combatiendo la desocupación se evitarían los atentados criminales

La crónica del delito registra a diario asaltos de toda índole en forma hasta ahora deconocida entre nosotros y que indica un peligroso aumento de la criminalidad. En la capital son los conductores de automóviles los más duramente castigados. Los asaltantes ocupan vehículos en cualquier punto céntrico de la ciudad y se hacen conducir a los barrios suburbanos o a los aledaños provinciales y allí, en la obscuridad de las calles escasamente pobladas y peor alumbradas, revólver en mano, intiman al "chauffeur" la entrega del vehículo y el poco dinero que pueda llevar en sus bolsillos, y auto y criminales desaparecen sin dejar rastros. Esto ocurre en el mejor de los casos, pues en no pocas ocasiones, por haberse resistido o por puro ensañamiento injustificable de los forajidos, el infeliz volante es malamente golpeado y hasta herido de muerte. A veces el automóvil aparece a las pocas horas, otras se pierde definitivamente. La policía rescata los coches, pero rara vez logra individualizar y someter a la acción de la justicia a los audaces asaltantes, porque en la mayoría de los casos las pesquisas más diligentes fracasan, debido a que los damnificados no se encuentran en condiciones de suministrar una filiación exacta de sus atacantes, y sobre todo, porque éstos casi nunca no pertenecen al mundo conocido del delito.

La epidemia de atentados de la índole que nos ocupa viene recrudeciendo en forma tan alarmante, que llega a constituir un serio problema de profilaxis social.

Hasta hace poco tiempo los asaltantes se limitaban a operar dentro del radio metropolitano y sus adyacencias, eligiendo para sus hechos vandálicos, según queda dicho, los suburbios solitarios o los caminos de poca edificación que conducen a pueblos suburbanos, pero ahora han extendido el teatro de sus actividades, que han trasladado hasta las grandes playas veraniegas. Allí han introducido una ligera variante en el procedimiento, pues no se limitan a detener a simples conductores de taxis, sino que se colocan al acecho sobre los caminos transitados en horas nocturnas por los veraneantes, y asaltan de preferencia los vehículos que conducen familias y que les ofrecen mayores probabilidades de rico botín. Hasta se asegura que se han tornado tan escrupulosos y exigentes, que seleccionan los autos más lujosos, y, por lo tanto, promisores de mejor rendimiento en el saqueo.

Ya este asunto, dada la magnitud que ha adquirido, deja de ser una simple cuestión de orden policial para adquirir contornos de verdadero mal social, que es necesario combatir enérgica y decididamente, a fin de lograr cuanto antes su extirpación y devolver la seguridad a los que conducen automóviles o viajan en ellos.

En el fondo, la cuestión que examinamos, no es nada más que una ingrata faceta más del malestar económico y de la consiguiente desocupación.

Por injustificable incuria, o por temor a alarmar la opinión pública, no se han publicado oficialmente estadísticas de los desocupados existentes en la república. Esta falta de información presenta inconvenientes considerables y facilita la existencia de cálculos tal vez exagerados. Así, se llega a aseverar que el número de los desocupados alcanza a 130.000, cantidad elevada si se tiene en cuenta que significa un porcentaje crecido de la población obrera que carece de la posibilidad de ganarse honradamente el diario sustento.

Exagerada, inadmisible casi, por razones de simple amor propio nacional esa abultada cifra, el hecho incontestable es que el problema de desocupación existe entre nosotros y que suma miles el ejército de los individuos sin trabajo que ambulan por las plazas y calles de las ciudades y vagan por los campos de la república. Jamás se ha presenciado espectáculo tan ingrato y desdoroso. A lo largo de las vías férreas que arrancan de los centros principales de población, a las puertas mismas de la capital, se ven verdaderas caravanas de sujetos, a los que tan gráficamente la musa popular llama "linyeras", en marcha o acampados como gitanos. Dentro de lo posible, la policía trata de desalojarlos, pero ese proceder falla lamentablemente por su base, pues lo primero que preguntan es:

—¿Y adónde vamos?

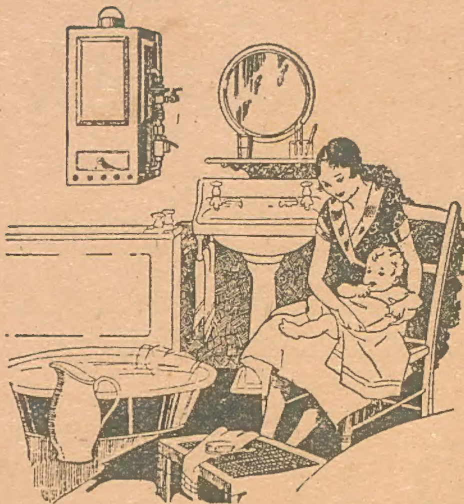
La interrogante es terrible e imposible de satisfacer mientras no se adopten medidas que extirpen el mal, cosa que debe hacerse con la premura que su gravedad impone, ya que en esa nutrida falange de desocupados se reclutan los elementos que engruesan las gavillas de asaltantes y también las de

(Continúa en la página 21)



Es de urgente necesidad que el gobierno emplee la sobretasa de la nafta en combatir la enorme desocupación que seriamente amenaza al país. Sólo se apartarán de la buena senda del trabajo los desocupados indeseables, aquellos contra los cuales el gobierno ha de obrar una vez más con mano de hierro.

Para algunas mujeres casadas no hay nada más duro que los quehaceres del hogar y el cuidado de los hijos y del marido, del mismo modo que para algunos maridos sus funciones en la oficina son de tanta responsabilidad



que una mujer no sería capaz de desempeñarlas. Este es, en esencia, el asunto de este cuento, pero el destino irónico ofrece a ambos protagonistas la oportunidad de comprobar lo erróneo de sus creencias.

TODA una ESPOSA

Un cuento de GUIDO FLETCHER

JULIANA amaba a sus hijos, a su esposo, a su hogar, lo amaba todo, pero, sin embargo, había algo que no le satisfacía. Quizá fuera que Juan y David, en lugar de estar a su lado, se pasaran el día en el Jardín de Infantes.

Su romance de amor había sido algo maravilloso en su vida. Después vino el romance de los hijos. Al principio fueron débiles, después fueron malos, pero siempre necesitaban de ella, de sus cuidados y de su cariño. Sus manos cocinaban para ellos, cosían...

Pero ahora habían cambiado las cosas; se pasaban todo el día en el colegio. Durante las horas de soledad, mientras su marido estaba en el empleo, recordaba que antes de casarse ella también había sido empleada.

Aunque no fué nunca bien remunerada, tuvo siempre, sin embargo, un extraño placer en luchar, en alternar con otras personas, en poder hacer libremente sus cosas. En fin, le cabía la satisfacción de que el dinero que ganaba era sólo para ella.

Es indudable que, de todo esto, ella recordaba lo mejor, olvidando lo peor. También recordaba aquel momento solemne en que Angel Benett, su jefe, le había dicho: "Espero que ganará usted tanto como voy a perder yo. Nunca tendré una secretaria como usted."

Ella extrañaba su vida agitada de antes; no le gustaba cocinar, ni limpiar, ni recorrer los negocios para encontrar más baratos los artículos. Alvaro, su esposo, se iba a la ciudad mientras ella quedaba en la casa, zurciendo medias y lavando ropas, para que la cuenta de los gastos no fuera tan alta, o tratando de ahorrar sobre los gastos diarios de la casa para poder ir alguna noche al cine.

Cuando se casó con Alvaro, éste no ganaba aún lo que ella había ganado hasta ese momento. Tuvo después algunos aumentos que les permitieron ir a vivir a las afueras de la ciudad, a una casa que sería suya cuando terminaran de pagarla.

Ella era la tesorera; tenía que hacer alcanzar el dinero, tanto para la cuota de la casa como para las del moblaje y de la radio, que tanto le gustaba a Alvaro.

Siempre hacía chistes, diciendo que la vida era una continua "cuota". Era bonita y de excelente carácter. Alvaro se enamoró de su belleza, y ella... ¿De qué se enamoran las mujeres? El la había festejado insistentemente; a ella le agradaron sus atenciones y lo quiso.

Ahora las atenciones habían terminado; pero nunca tenían disputas. Alvaro la besaba siempre, tanto al despedirse como al volver.

Alvaro Dean trabajaba en la casa de comercio de Darrey y Cía. Había entrado en ella al dejar sus estudios. Se complacía siempre en decir que era necesario en esa casa. De tanto oírlo, Juliana había acabado por creerlo. Ahora ganaba trescientos pesos al mes. Continuamente hablaba de negocios, y ella, como buena esposa, lo atendía. Recostado en un sillón, mientras los chicos dormían en el piso alto y ella cosía a su lado, Juliana se divertía oyéndole hablar con tanta importancia. Claro está que en la casa estaba bien considerado, pero él se jactaba demasiado de sus cualidades y de su disposición para el trabajo.

Esto la rebajaba mucho a ella: era como si ella no hiciera nada o como si las cosas que hacía no necesitaran cerebro. Este era, realmente, el motivo de que ella se sintiera frecuentemente disgustada.

Una noche, mientras su mujercita reflexionaba, Alvaro habló de esta manera:

—La casa Darrey no podría seguir adelante sin mí.

A esto, Juliana contestó rápidamente:

—Eso es lo mismo que yo me pregunto. Si este hogar podría seguir adelante sin mí.

—¡Pero, querida!—le atajó él.—No hables tonterías. Eres tú tan necesaria aquí como yo allí, solamente que en distinta forma.

—No es que crea que no pudieran ustedes vivir sin mí, y menos ahora que los chicos van al colegio. Pero..., lo que puedo asegurarte es que siempre he envidiado tu vida.

—¿En qué tiempo?

—En todos los tiempos. Es mucho más divertido salir que quedarse aquí.

—¿Te aburres tanto, Juliana? ¿Por qué no le dices a Lucy que se venga los sábados por la tarde para poder ir a una sección de cine?

—¡Qué fácil lo resuelves! Aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo. Necesitamos todo el dinero para hacer frente a las cuotas y a los demás gastos.

—¡Las cuotas!... ¿Sabes que eres descorazonadora, Juliana?

Ella sonrió.

—Ahora que los chicos van al colegio, podría yo emplearme de nuevo.

—Si no es posible vivir con trescientos pesos al mes, entonces... —Empezó a remover el fuego.—No; no debes salir a trabajar—agregó con algo de emoción, pero todo el efecto lo destruyó agregando:—Nadie te tomaría. ¿Para qué puedes servir?

—¡Ah! ¿Estás seguro de que nadie me tomaría?

Alvaro movió la cabeza afirmativamente.

—¿Es que te olvidas que yo he sido la mejor secretaria que ha tenido Angel Benett?

—¿Por qué lo dices? ¿Porque cuando te retiraste te lo dijeron? Pues, sabe, querida, que eso lo dicen siempre todos los patrones y todos los jefes.

—¿Crees de verdad, Alvaro, que no sirvo?

—Para trabajos de escritorio, no. Eres la mejor cocinera y costurera que conozco, y también la mejor madre...

—Supongo que nadie puede decir lo contrario.

—Claro está que no. Como Darrey no puede pasar sin mí, Juan, David y yo no podemos pasar sin ti. Te necesitamos mucho.

Ella se levantó. Le resultaba agradable saber que todos la elogiaban, que necesitaban de ella, pero también le resultó doloroso pensar que había perdido para siempre su libertad. La libertad, que no tiene precio en la tierra, y que el hombre no pierde nunca, porque vive dos vidas: la del hogar y la de la oficina; mientras que la mujer no tiene más que la vida de su casa. Durante mucho tiempo sonaron en sus oídos las palabras de Alvaro: "Nadie te tomaría. ¿Para qué puedes servir?"

A la mañana siguiente, con el apuro de preparar a los chicos para el colegio y a su marido para la oficina, Juliana lo olvidó todo. Todo dependía de ella. Tenía que despertarlos, calentarles agua para bañarse y, en seguida, prepararles el desayuno.

Hallábase abstraída en estos menesteres, cuando de pronto se le apareció una pequeña figura descalza.

—Mamita, David no encuentra sus medias.

—Sube inmediatamente, Juan — le gritó enojada. — Dile que ya voy.

Tuvo que abandonar sus quehaceres para subir a buscar las medias de David.

—¿Dónde está Juan?

—En el baño.

—¿Dónde pusiste tus medias, David? ¿Por qué dejas tus cosas tiradas?

—No las dejé tiradas; yo las dejé en su sitio.

—¡Imposible! No se hubieran ido solas.

—¡Aquí están! — dijo de pronto David, sacándolas de debajo de la almohada de Juan.

En ese momento apareció éste con un pie calzado. Juliana se encaró con él enojada.

—¿Por qué escondiste las medias de David y después bajaste a decirme que las había perdido?

—Lo hice por broma.

—¡Bonita broma en una mañana de invierno! ¡Mira! ¡Estás morado de frío!

Alvaro apareció en ese instante.

—Querida, me parece que se está quemando algo en la cocina.

Al fin bajaron y se sentaron a tomar el desayuno.

—Hoy es viernes — dijo Alvaro — y no volveré hasta después de las diez.

—¿No puedes escribir tus cartas por la mañana, papito? — le preguntó Juan. — Así podrías volver temprano.

—Tengo que esperar algunos documentos.

—¿Por qué no le dices a otro que los espere por ti?

—¡Calla! ¡Qué sabes tú! Yo debo estar allí.

Juliana agregó:

—Sí; la casa Darrey no puede pasar sin papá.

Los chicos mancharon el mantel. Juliana sentía que su paciencia tocaba a su fin; estaba cansada, necesitaba variar de vida, tener unas vacaciones...

—¡Ea; ya es hora de irnos! — dijo Alvaro.

David bajó de su silla y su madre le puso el sobretodito.

—¿Estás enojada conmigo, mamita?

—Claro que sí — dijo Juan. — Está enojada porque manchaste el mantel.

—Fuiste tú.

—No es cierto.

—¿Por qué escondiste mis medias?

Tomó Juliana el dinero para la compra y luego a sus hijos de la mano y salió. Alvaro, que salía también para dirigirse a la estación, le preguntó antes de emprender su camino:

—Entonces, ¿mañana no vamos al cine, Juliana?

—No. Ya sabes que no podemos.

—¿Ni siquiera como una excepción?

—Imposible. Necesitamos todo el dinero para las cuotas y los demás gastos.

Alvaro los besó a todos y se marchó.

Juliana dejó a sus hijos en la puerta del colegio; luego se fué al centro del pueblo a comprar lo necesario para el día, yendo de un sitio a otro, contando los centavos. Otras mujeres hacían lo mismo, mientras sus maridos estaban en la ciudad, como Alvaro. Por fin, cargada de cosas, volvió a su hogar. ¡Hogar! Lo que toda joven desea. Entró y miró si Lucy había llegado. La encontró desayunándose.

—Qué mañana fría, ¿verdad, señora Dean?

—Muy fría, ciertamente — contestóle ella.

Mientras Lucy lavaba las tazas del desayuno, Juliana subió a hacer las camas. Alvaro era peor que los chicos: todas sus ropas estaban por el suelo. Odiaba ella eso de tener que hacer las camas, pero si se las mandaba hacer a Lucy no terminaba en toda la mañana. Y así pasaba sus mañanas: hoy igual que ayer, y mañana igual que hoy, y un año y otro año. Sería ella siempre la misma, sólo que cada vez sería un poco más vieja.

—Alguien desea verla, señora Dean.

—Pregúntele qué quiere.

—Quiere eso: verla.

—¿Algún vendedor?

—No, señora; es un representante de la autoridad.

—¿De la autoridad? — preguntó Juliana sorprendida.

—Sí, señora; un vigilante.

Se lavó las manos y bajó rápidamente.

—Soy la señora de Dean, ¿qué desea?

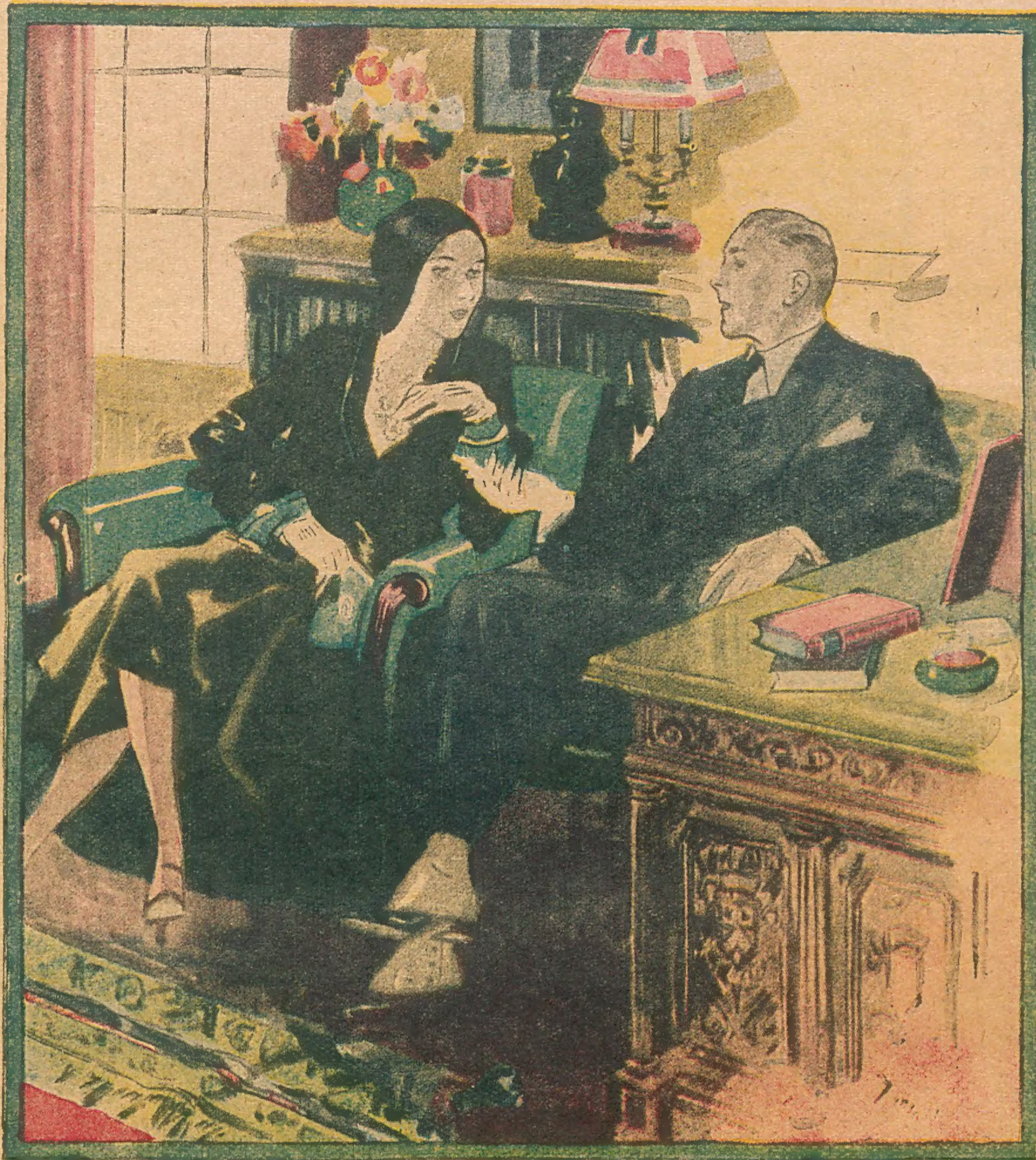
—Este... Tengo una mala noticia que darle.

—¿Mala noticia? — musitó ella, asustada.

—Su esposo fué golpeado por un auto esta mañana.

—¿Mi esposo?

—Sí, señora. Si desea usted verlo, está en el hospital San Roque, de la ciudad.



—Tal vez yo, si usted lo consintiera, podría ocupar el puesto de mi esposo hasta que él pudiera volver.

Juliana tuvo la suficiente serenidad para no caer como fulminada:

—¡Alvaro! ¡Mi pobre Alvaro!

Así fué cómo su vida cambió repentinamente. La monotonía había sido eclipsada ya por el dolor. Alvaro se hallaba en el hospital. Los chicos en el colegio. Tenía que decirle a Lucy que fuera a buscarlos, pues ella no sabía cuánto demoraría en regresar.

Se apuró cuanto le fué posible para poder tomar el primer tren para la ciudad. Ya en el tren, pensó en Alvaro, que era parte de su vida y a quien ya se había acostumbrado.

Tomó un taxi y se hizo conducir al hospital San Roque. El edificio, los porteros, los enfermeros, todo le asustó.

—Soy la señora de Dean — dijo atropelladamente en la oficina de guardia. — La policía me avisó esta mañana que mi esposo...

—¿Le dijeron que está mal herido?

—Sí, mal herido... Pero, por favor, ¿vive aún?

—Sí, sí, vive.

—¿Hay esperanzas de que se cure?

—Así lo esperamos; pero va a ser cosa larga. Hubo que operar inmediatamente. La haré acompañar hasta la sala donde se encuentra.

Alvaro no había vuelto aún en sí del anestésico. Yacía desangrado y cubierto de vendas. Al verlo en ese estado, Juliana sintió que se le desgarraba el corazón. Dos lágrimas asomaron a sus ojos. Una enfermera le ofreció una silla; y allí se quedó una hora tras otra, sin separarse un solo instante del lado de su lecho.

En la larga espera a que Alvaro volviera en sí, la infeliz mujer no recordó una sola vez las cuotas que tenía que pagar, ni su posición... Solamente pensaba en él, en su amor para él y lo que significaría para ella y sus hijos si él llegaba a faltarles.

Al anochecer, Alvaro entreabrió los ojos. Ella se inclinó hacia él y lo llamó suavemente. Alvaro pronunció con dificultad el nombre de su dulce compañera.

—¿Y Darrey? — interrogó débilmente.

—No pienses en él, querido, ni en nosotros, ni en nada. Piensa solamente en mejorarte pronto.

—¿Y Darrey? — volvió a murmurar.—¡Ahora sí que la casa Darrey no podrá vivir sin mí!

Y volvió a caer en su estado de inconsciencia. Juliana, abnegada, atribulada, se pasó toda la noche a su lado.

Durante los primeros días, Juliana no tuvo otra preocupación que la de atender a su esposo. Escribió a los acreedores pidiéndoles prórroga, y éstos le dieron un mes de plazo, aunque no de muy buena gana.

Un día, el jefe de sala del hospital notificó a Juliana que el paciente tendría para algún tiempo de cama, algo así como seis meses. Juliana se alarmó, más que por ella misma por el pobre Alvaro.

Al llegar fin de mes, Darrey le envió el sueldo de su marido y una carta en la que hacía votos por su mejoría. Ella contestó a la carta esquivando toda referencia al largo lapso que Alvaro iba a faltar a la oficina y así pasó algún tiempo, durante el cual desapareció todo peligro. Alvaro empezó entonces a preocuparse. Le habían vuelto a enviar su sueldo. Pero... ¿cuánto tiempo seguirían enviándoselo? Es cierto que la casa Darrey y Cía. era muy rica y generosa. Sin embargo, era evidente que, al cabo, alguien ocuparía

(Continúa en la página 38)

COMO VIVE el PAIS que AHORA ESTA y la CULTURA del PUEBLO JAPONES - Sus FIESTAS CINEMATOGRAFO y el TEATRO JAPONES -

EN este momento en que los cañones de las fuerzas chinas y japonesas destruyen ciudades milenarias y siembran el terror en el Lejano Oriente, vamos a evocar la vida del Imperio del Sol Naciente, casi desconocido por nuestros lectores en razón de la larga distancia que nos separa del mismo.

UBICACION DEL JAPON

El territorio del Japón consta de cinco grandes islas e infinidad de otras menores, las que juntamente con Karafito (Sanghalien Japonés) y Chosen (Korea), encierra una población de alrededor de 80.000.000 de habitantes, que se extienden desde el ártico norte al sur tropical.

Lo que puede llamarse propiamente Japón, está ubicado a lo largo del Asia, en una extensión de 2.400 millas; es el centro del tráfico oriental, pues allí convergen las tres grandes vías de comunicación para América, Suez y Rusia, y sus dos puertos principales, Yokohama y Kobe figuran entre los más importantes del mundo.

Es una nación maravillosa por su belleza natural y su ubicación; tiene la temperatura de todos los climas, según sus regiones, lo cual permite visitar el país sin mayores inconvenientes para los turistas.



Un baño público japonés. Puede verse cómo dentro del traje clásico japonés, el rancho europeo ha sido convenientemente adoptado.

LA "MUSME" Y LOS CAFES DONDE ACTUA

Saliendo del puerto de Yokohama, continuando por una calle que va hasta la capital del Imperio (Tokío), a derecha e izquierda sólo se ven cafés... cientos y cientos de cafés, con los frentes más artísticos y pintorescos que pueda imaginarse. Muchos frentes sólo son comparables a los mejores de los cabarets de París. El "neolux", los cristales pintados, las caídas de agua, los faroles, las letras luminosas en toda forma y colores, constituyen la característica principal de los mismos.

Allí, en esos cafés, actúa la "musmé". Es la que atiende a la clientela. Su vestimenta siempre está en armonía con la iluminación del establecimiento. Su misión es hacer grata la permanencia del público en el café, y se ingenia de modo que ello suceda.

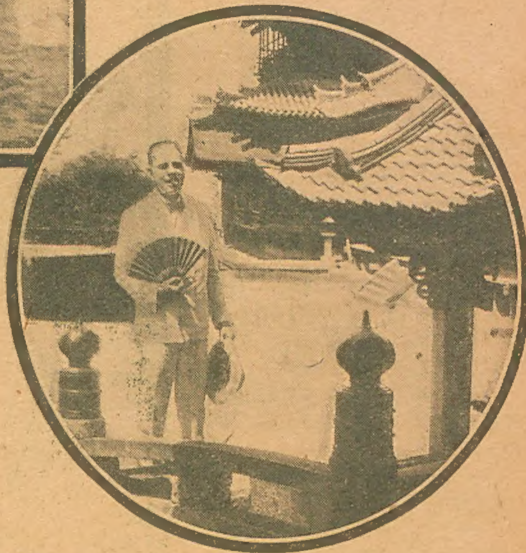


El hermoso parque Uyeno cerca de Tokío, una de las maravillas del Japón.

LA GEISHA Y SU VERDADERA MISION

Existe un concepto equivocado de la geisha entre el público occidental. La geisha es la verdadera continuadora de la distinción y de la cultura tradicional de las costumbres sociales del Japón. La geisha debe realizar un largo curso en academias y escuelas especiales del Estado antes que se le permita concurrir a los grandes restaurantes para divertir a los comensales. La geisha concurre al restaurante, donde un núcleo de clientes solicitan sus servicios, y cuando llega entretiene a los mismos relatándoles todos los sucesos ocurridos en el día, recitando poemas sobre el tema que se le pida, contando fábulas sobre el origen de la flor, el pájaro o el árbol. Toca el "samisen", canta y baila las danzas más exóticas y difíciles. También cambia de kimonos durante los numerosos platos que se sirven, adaptando el color de su vestimenta a la vajilla con que se presentan los condimentos más originales.

La gente concurre a los restaurantes, no por el gusto de comer, sino por el placer espiritual de admirar a las geishas y participar de la extraordinaria cocina oriental, cuyos platos constituyen la obra de los "maitres" más refinados del mundo.



Pelele, el dibujante argentino, durante su jira por el Japón.



Una beldad japonesa en traje de baño

LAS BAILARINAS DE LOS TEMPLOS

También son geishas las bailarinas de los templos, pero han sido objeto de una orientación distinta a las que mencionamos más arriba. Se les prepara como sacerdotisas y deben llegar a la perfección en el culto de los bailes rituales antes de presentarse en público.

Las fantásticas danzas que interpretan, dentro de una verdadera unción religiosa, ponen una nota de alegría y de humanidad dentro del imponente culto del budismo.

Las bailarinas, una vez admitidas para tan importantes funciones, deben cumplir un período determinado en los oficios del templo, y hasta que no finalice el tiempo que se establece, no pueden reincorporarse a la vida civil. Una vez reintegradas al seno de la sociedad, pueden casarse.

EL ESPIRITU DEL NIPON

El Japón, con sus ochenta millones de habitantes, es toda una familia. Allí todos se consideran hermanos, en la verdadera acepción de la palabra. Se saben descendientes de un mismo ori-

EN CONFLICTO con CHINA - LA MORAL TRADICIONALES - MUSMES y GEISHAS - El El CONCEPTO del DESNUDO

Una nota de LUIS POZZO ARDIZZI

gen, hijos del Sol Naciente, al igual que el Emperador, su Dios y Señor.

En ese país no es un mito el "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Se quieren, se respetan y usan entre ellos delicadas ceremonias de cortesía de grandes señores, aun entre las clases más humildes.

Nada es trágico en el Japón, y su misma religión está ausente de todo fanatismo, todo es suave y humano; se idealizan las cosas, y el culto es más una cuestión espiritual que material.

Respecto a la urbanidad y cortesía de ese pueblo de cultura milenaria, contemos un episodio que presenciara el dibujante argentino Pelele, en las calles de Tokío. Dos japoneses, conduciendo carritos de mano, chocaron en plena calle, y lejos de discutir sobre quién tenía la culpa, uno a otro se quitaron el polvo de sus ropas y recíprocamente se hacían responsables del accidente...

Se trata de un pueblo que jamás discute..., he aquí explicado el grado de su cultura.



Tres geishas ensayando sus bailes con los que han de entretener durante toda la noche a la clientela de los grandes restaurantes.

EL BARRIO DE LAS GEISHAS

En todas las ciudades japonesas hay tres o cuatro barrios de "geishas" con sus calles estrechas, pintorescas y misteriosas, sus pequeñas casitas, que más parecen destinadas a muñecas que a mujeres. La construcción es endeble, las casas están pegadas las unas a las otras, con sus luces suaves y sus paredes de papel pintado. Las separa de la calle nada más que un pequeño cerco que no levanta más de dos cuartas del suelo.



El conocido caricaturista Pelele, quien en esta nota hace interesantes declaraciones, tomando el té a la usanza japonesa en una casa de familia nipona.

De noche el barrio de las geishas cobra inusitada animación con el ir y venir de la servidumbre en el tejemaneje de los kimonos, y la preparación de las vestimentas de fiesta. Es un movimiento parecido al de los camarines de los grandes teatros.

La oficina central telefónica del barrio trabaja toda la noche atendiendo los pedidos de los restaurantes, a fin de comunicar a las geishas que se las espera en tal o cual establecimiento.

Otro espectáculo interesante lo constituye la llegada de las "rikichas", en los que se trasladan a los restaurantes, después de una laboriosa "toilette".

Y las geishas se alejan hasta los establecimientos — donde cobrarán una suma que llega hasta 450 pesos argentinos por noche para entretener a los parroquianos con su gran cultura — dejando sus kimonos, sus alhajas, en las endebles casitas, que permanecen abiertas, indefensas al robo... Quedan verdaderas fortunas en desorden sin que nadie se atreva a tocarlas. Jamás se tiene noticia de que nadie se apodere de algo que pertenece a las geishas. El robo está considerado como un crimen imperdonable.

LUGARES DE DIVERSION

En primer término, el teatro japonés, cuyas tragedias se vienen representando desde siglos y siglos, constituye una revelación de arte superior que no pueden interpretar los occidentales en forma precisa debido a lo diametralmente opuesto de nuestra psicología.



Una playa japonesa sobre el mar. Tres niños bañándose. Como puede verse por la fotografía, hasta cierta edad los trajes de baño son simples polleritas que sólo cubren hasta la mitad del cuerpo.

En cuanto a las diversiones menores, es digno de recordarse el palacio del baile que existe muy cerca de Kobe: es un salón esférico de grandes dimensiones. En el mismo hay cien bailarinas permanentes para bailar con los visitantes. Cuenta con dos excelentes orquestas. Y, además, poseen grandes vitrolas, en las que se hace oír música europea y hasta criolla... El tango ha invadido ya los principales salones públicos japoneses...

Ese establecimiento de baile está ubicado en el centro de un gran jardín, en la falda de una montaña cubierta de vegetación, y a poca distancia, unas diez cuadras, se halla el gran hotel al estilo europeo.

Cerca de Kobe existe uno de los teatros más grandes del mundo, y que funciona de día; cuenta con restaurantes, piletas de natación y toda clase de atracciones al estilo del Luna Park de Nueva York.

Sería largo de enumerar todos los puntos de diversión, pero con lo mencionado, el lector puede darse una idea de los mismos.

EL "FILM" JAPONES

Japón es un país productor de películas, pero no las hace para la exportación.

En cine han hecho cosas interesantes, dentro de su sentimiento artístico y el amor por la tradición que caracteriza todos sus actos, su pasión por el coraje sin límites y el honor acendrado del "samurai".

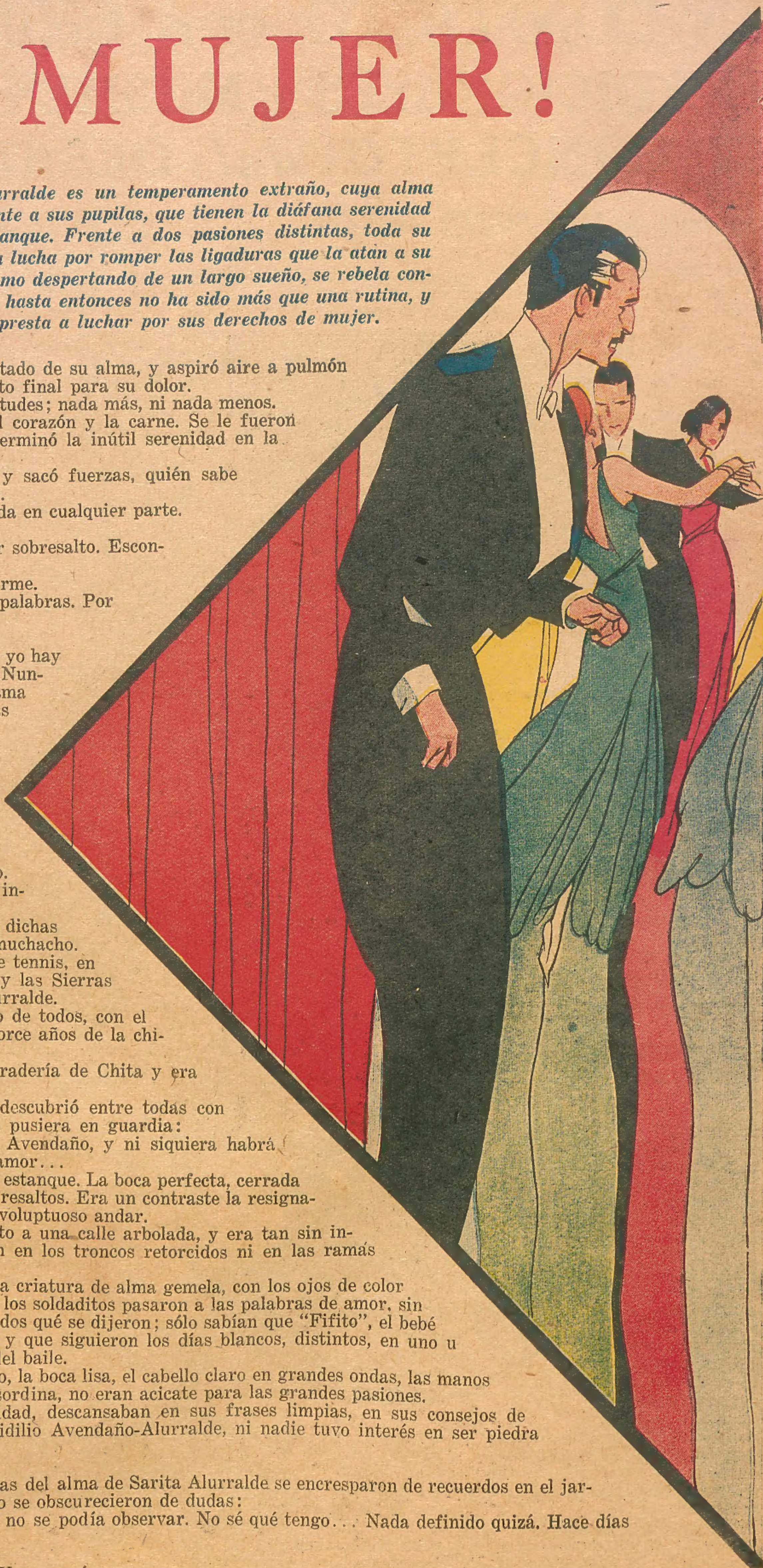
El problema de la luz y la visión de todos los ángulos ha sido resuelto por ellos, lo mismo que la aplicación del sonido y de la conversación; técnicamente han llegado a la perfección.

Excluyen de sus películas las escenas sensuales, no por prejuicios, sino por razones de buen gusto. No besan en la escena, el beso está considerado como un acto íntimo, y cuando ven un film europeo en

(Continúa en la página 30)

¡MUJER!

Chita Alurralde es un temperamento extraño, cuya alma es semejante a sus pupilas, que tienen la diáfana serenidad de un estanque. Frente a dos pasiones distintas, toda su naturaleza lucha por romper las ligaduras que la atan a su vida, y, como despertando de un largo sueño, se rebela contra lo que hasta entonces no ha sido más que una rutina, y se apresta a luchar por sus derechos de mujer.



SARITA Alurralde echó a vagar sus ojos por el jardín... Los dejó posarse entre las margaritas, irse por las elegantes araucarias y caer en un rinconcito florecido de pimpollos rosa té.

Como quince días estuvo sin tiempo para este viaje "botánico". ¡Casi se desperezaba entre las hojas!

El trajín de la vida social, el tennis, la natación, los caballos... ¡Las horas en blanco, que por lógica eran exclusividad de la modista!

Atardecía sin ganas, como si al cielo le costara trabajo cambiar de luz.

Sarita Alurralde fué perdiendo recuerdos por los parterres, y después de un cuarto de hora recibió en el dorso de la mano el fruto de su excursión hecho lágrima.

Tuvo miedo que los ojos húmedos delataran el estado de su alma, y aspiró aire a pulmón pleno, como si aquello tuviera la virtud de un punto final para su dolor.

Su dolor estaba amasado en rebeldías y en inquietudes; nada más, ni nada menos.

Culpables: dos pupilas filosas que le ganaron el corazón y la carne. Se le fueron por el alma, enhebrando tragedia. Con ellas, se terminó la inútil serenidad en la vida de Sarita Alurralde.

Echó a andar por el jardín envuelto en sombras y sacó fuerzas, quién sabe de dónde, para quedarse a solas con su pensamiento.

La luna la sorprendió con la vista inmóvil, perdida en cualquier parte.

—Hace media hora que te observo, Chita.

No hubo en las facciones de la muchacha el menor sobresalto. Escondió la impresión con disimulo.

—En todo ese tiempo, Juan Carlos, pudiste hablarme.

—Tengo la impresión de que me mientes con las palabras. Por eso preferí leer en tu alma desprevenida.

—¿Y a qué capítulo llegaste?

—Al que hace quince días me preocupa. Entre él y yo hay un signo interrogante que no alcanzo a comprender. Nunca aludí a su solución en la espera de que tú misma resolvieras. Hoy habla por ti el silencio en que has necesitado refugiarte para pensar. Esta media luz peligrosa te delata. No es tu fuerte estar en tu propia compañía para escudriñar el alma. Tienes algo, Chita, algo fuera de lo común. Hace quince días que tus pupilas miran de otro modo, que tus manos están perezosas a la caricia, que tus labios están cerrados al mimo.

Juan Carlos Avendaño hablaba pausadamente. Al marcar las palabras, destilaba amargura en el tono.

Él y Sarita Alurralde se criaron en un noviazgo inconsciente.

Culpa de la vecindad, de las primeras palabras dichas en voz baja y del alma sin mayores inquietudes del muchacho.

Se les veía juntos en las fiestas, en las canchas de tennis, en los baños, y hasta en el veraneo de Mar del Plata y las Sierras eran inseparables las familias de Avendaño y de Alurralde.

Noviazgo sin comentarios, que estaba en el ánimo de todos, con el sello que le puso el destino al consagrarlo en los catorce años de la chiquilina.

Los amigos comunes se acostumbraron a la camaradería de Chita y era tácito el convenio de no cortejarla.

Sólo de vez en vez algún forastero de la rueda la descubrió entre todas con mirada golosa, pero nunca faltó el comedido que lo pusiera en guardia:

—Pierde el tiempo. Sarita es para Juan Carlos Avendaño, y ni siquiera habrá pensado jamás que algún otro le dijera frases de amor...

Chita tenía las pupilas y el alma con serenidad de estanque. La boca perfecta, cerrada a las emociones, y las manos con blancuras sin sobresaltos. Era un contraste la resignación de las facciones con la elegancia del porte y el voluptuoso andar.

Corrió su infancia en un barrio de Belgrano, junto a una calle arbolada, y era tan sin inquietudes la chiquilina, que nunca paró la atención en los troncos retorcidos ni en las ramas que en las copas se besaban.

En los juegos infantiles, eligió entre todos a una criatura de alma gemela, con los ojos de color celeste, que vivía calle por medio. De las muñecas y los soldaditos pasaron a las palabras de amor, sin mayores transiciones. No recordaba ninguno de los dos qué se dijeron; sólo sabían que "Fifito", el bebé de porcelana, fué substituído por la raqueta de tennis y que siguieron los días blancos, distintos, en uno u otro beso a flor de labio, robado entre el paréntesis del baile.

Los ojos de color celeste de Juan Carlos Avendaño, la boca lisa, el cabello claro en grandes ondas, las manos de recorte aristocrático, y hasta la risa cuidada, en sordina, no eran acicate para las grandes pasiones.

Las mujercitas buscaban su compañía por comodidad, descansaban en sus frases limpias, en sus consejos de hombre medido. Por eso nadie se puso al cruce en el idilio Avendaño-Alurralde, ni nadie tuvo interés en ser piedra en el camino...

—Hace media hora que te observo, Chita...

Sorprendemos el diálogo cuando las aguas dormidas del alma de Sarita Alurralde se encresparon de recuerdos en el jardín en sombras, cuando los ojos celestes de Avendaño se obscurecieron de dudas:

—Tienes razón, Juan Carlos. Creí que el cambio no se podía observar. No sé qué tengo... Nada definido quizá. Hace días que estoy nerviosa, como con miedo...

—¿Miedo de qué y a quién?

—No sabría explicarte... ¡Cosas de mujeres! Ya pasará...

NOVELA CORTA de

Concepción Ríos

—Nunca, hasta ahora, hubo secretos entre nosotros. Hace quince días que hay uno. Parece que un peligro nos acechara. Tu madre se queja de tu silencio; la mía extraña tus visitas; yo mismo debo entrar aquí como escondido para adivinar tu refugio y ver que tus ojos se empañan! ¡Se muere esta tranquila felicidad, Chita!

Se fueron por los caminos llenos de luna. Los dos tenían la boca cansada y reseca.

En la escalinata se tendieron las manos en silencio. Chita apretó las del muchacho en caricia piadosa.

—Hasta después de la cena, Juan Carlos. Vete, y no pienses más. ¡Tonterías que pasarán prontito!

Tendida en el sofá de su dormitorio, se dejó vencer por la emoción y lloró largamente.

¡Las primeras lágrimas de rebeldía ante la vida que pasa!

II

Los escritos de Marcelo Altamira trasuntaban un alma batalladora, y su prosa gruesa, equilibrada, llena de vida, le valió el respeto de todos y el temor de muchos.

En el teatro, en los diarios, en los libros, hacía desgarrones con diálogos y sentencias.

En los días sin alternativas de Chita Alurralde las palabras de un libro de Altamira pusieron en acción sus nervios dormidos.

El nombre del escritor le era familiar. Sus obras de teatro, más de una vez, pasaron por la crítica puritana del doctor Alurralde, que invariablemente comentaba: "En escenarios de público de familias, es inmoral admitir a un librepensador avanzado como Altamira."

Por eso, quizá, el espíritu de contradicción que hay en toda mujer le llevó la mano en la carta: "Señor: acabo de leer su último libro. Nada sé de técnicas ni de escuelas. Sólo sé que me emocionó su prosa, y que sobre el libro ya cerrado me asomé a mirar mi alma por primera vez. Sé que tuve deseos de haberlo inspirado yo misma y que la complicada esencia de su protagonista prendió la primera rebeldía también en mi corazón siempre igual.

"Mi padre no me permite escuchar sus obras teatrales; por eso me atrevo a solicitarle algún libreto. ¡Me gustaría tanto estar secretamente cerca de su espíritu!...

"Lo felicito, señor. Soy su admiradora, pese a las ideas de papá."

La contestación llegó a vuelta de correo: "Criatura: le aconsejo que no me lea más. Es mejor vivir sin rebeldías, con "el corazón siempre igual". No acostumbro a contestar cartas, pero su nombre me obligó a la excepción. La conocía por comentarios de Susana Torres, y hasta recuerdo que la pusieron en la charla como ejemplo limpio y hermoso.

"Le remito el libreto más inofensivo, el que hasta su papá debe reconocer que es puro o casi puro. No vale la pena que lo profundice. Esas cosas tan desnudas que pinto con palabras, no son más que amarguras del continuo vivir. Quedo su incondicional amigo."

Chita apretó la carta junto al pecho y anduvo desconcertada con su primer secreto.

Se mostró conversadora con Juan Carlos, y cuando era imposible contenerse, le dijo:

—Hoy leí una obra de teatro de Altamira. ¡Qué maravilla!

—¡Vieras qué feo es y qué mal entrazado lo he visto!...

La salida intempestiva del novio cortó la conversación. A la tarde siguiente, temblando, oyó en el teléfono una voz de hombre que contestó a su llamado.

—Gracias, señor. Recibí su carta y su libreto; muchas gracias por su amabilidad.

—¡Oh, tanto gusto, señorita! Las cartas y el teléfono no son mi fuerte; pero en este caso la galantería me obligó, y ahora su espontaneidad me compra. ¿Cuándo nos conoceremos?

No había en la pregunta ningún tono de insinuación picaresca. Era sincera voz de compañerismo que inspira confianza.

—Algún día, señor, que coincidamos en nuestra visita a Susana Torres.

—Esto es facilísimo; la podemos hacer coincidir mañana, que es día de recibo.

—Muy bien, mañana; pero que Susana no se entere, porque...

—¡Qué esperanza! Debemos "coincidir"; las mujeres son muy suspicaces y podrían adivinar intenciones que no existen.

—¡Hasta mañana, pues!

—Y pasó la noche en sobresaltos indefinidos, en sueños embarullados. Al día siguiente, a la hora del té, fué más difícil que nunca la elección de vestido. Optó por el celeste de crêpe georgette, ese que ponía en su rostro una extraña sugestión de inocencia y en sus ojos un reflejo peligroso de bondad. El gorrito de moda apretó la mitad de la melena de color de bronce, y con todas estas armas, elegidas tal vez con inconsciencia, llegó a los salones de Susana Torres.

Susana Torres era una mujer extraña. La sangre del trópico bullía en sus arterias, y a fuerza de audacia y de dinero, se conquistó la sociedad porteña. Nunca dió detalles de su vida; sólo de vez en cuando aludía a su divorcio y a su ex esposo lejano.

De espíritu cultivado, su casa fué refugio de escritores y artistas. Su conocimiento con la familia Alurralde y su gran amistad con Sarita nació en la temporada de veraneo en Mar del Plata. Ella y Juan Carlos gustaron de la compañía de Susana, borrando, en juegos y cabalgatas, la distancia de edad.

Al llegar al salón de la amiga aquella tarde, grupos de muchachos y chicas coloreaban el cuadro. Aquí y allá, junto al piano, distribuidos en los sillones, en las ventanas anchas, haciendo derroche de ingenio y de carcajadas.

—¡Chita Alurralde llega sola!

—Señorita Alurralde, si me permite y el caballero no se opone, quisiera bailar con usted esta pieza.



CONCEPCION RIOS

autora de la novela corta ¡MUJER!

que se publica en este número, hace para los lectores de ***Mundo Argentino*** su **AUTOBIOGRAFIA**

Nací, como mi seudónimo lo indica, en la histórica ciudad de Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos. Decir esto y agregar que hago versos, parecería una redundancia. La tierra por allá brota madreselvas, tiene olor a espinillo y... ¡no quieran ustedes saber lo que me pasa, si me propongo hacer el panegírico local!

En aquella "república" tenemos dos héroes: Urquiza y Carriego. Confieso que prefiero este último, con lo cual queda ampliamente definida mi personalidad.

No tengo ni veinte, ni treinta años: quedan diez, para que el lector imagine. Se pueden repartir por mitades: el todo "ganador", es capaz de proporcionarme satisfacciones primaverales.

Hay una palabra, que aplicada a mí, me produce mal efecto: "literata". Yo soy cualquier cosa, menos eso. Para 1.63 de estatura y 53 kilitos, me parece un abuso.

Empecé mi carrera en las letras... y ¡disculpen!, publicando versos; ahora estoy engolfada en un periodismo de notas y reportajes. Me llamo hasta con nombres de varón, pero juro que esto no influye para nada en mi sensibilidad; es sólo cuestión de presupuesto.

No hago deportes, porque la "línea" marcha. En contra de la opinión de mis colegas de sexo, no creo que estemos capacitadas para elegir fórmulas presidenciales. Yo por mi parte, optaría por el candidato más interesante.

Sigo firme en el pasatismo de que el brazo del compañero es refugio. Sin él, se me acabaría la "vena poética". Soy mujer de ternuras.

Al morir no dejaré obras que puedan inmortalizarme. Me basta y me sobra con el recuerdo amable.

Hay una cantidad de cosas en las que no creo y otras en las que hago creer que creo. No hay nada que me guste tanto como vestirme bien y comer bombones. Por un crepe georgette soy capaz de escribir un artículo sobre cualquier cosa.

Mis cabellos son bronce, mis ojos... ¡perdón! Creí que era una solicitud con aspiraciones al "estrellato".

Cuando sueño con países que no conozco, me despierto envenenada. El forzoso amarre es lo único que me produce minutos de neurastenia... Lo demás, no es, ni será nunca, en lo que de mí depende "del dominio público".

Fué la voz de alarma. Dos o tres, o cuatro, se precipitaron a su encuentro.

— ¿Qué has hecho con Juan Carlos? ¿Está enfermo? ¿Se han enojado?

— No; pasaba por aquí casualmente y entré; eso es todo...

Dió la explicación nerviosa; sintió que el pecado coloreaba las mejillas y tuvo deseos de retroceder, de huir a la carrera.

Susana se la llevó al "toilette", y como si fuera poca su ansiedad, le dijo por la escalera:

— ¿Sabes a quién vas a conocer? A Marcelo Altamira. Telefoneó que llegaría retrasado.

Sintió en el alma un malestar extraño, adivinó que Altamira era con ella con quien quería disculparse avisando. Se estremeció entera y llegó a la sala con el cerebro vacío.

Apenas transcurrida media hora, estaban enfrente.

— Marcelo Altamira, mi amiguita Chita Alurralde — presentó Susana, y los dejó solos.

Fué una desastrosa impresión. Los cabellos en desorden, la ropa descuidada, la corbata de mal gusto, las manos torpes. Sarita se sintió más dueña de sí delante de aquel hombre. Se fueron las horas en una esgrima de palabras. Ella, casi burlona, ensayando coqueterías hasta entonces desconocidas; él, poniendo ironías en apreciaciones, en comentarios, en puntos suspensivos...

— Hasta hoy hubiera jurado que usted no era criatura para tomar en serio.

— Y yo hubiera jurado que usted era más cuidadoso en el exterior.

— Confiese que es pésima observadora. Tengo el traje desaliñado, rebelde y en desorden como el alma. Usted, que dice haber andado con ella por mi libro, me debió sospechar...

— ¿Y eso no será *snobismo*? ¿Deseos de llamar la atención?

— No creo tener que recurrir a la línea de los pantalones para interesar.

Clavó en la chica una mirada filosa, prevenida, de esas que se escurren por la entraña.

Tuvo ella la clara intuición del peligro y le tendió la mano para despedirse.

La de Altamira apretó hasta hacer daño, con los ojos en los ojos, obligándola a bajar la vista.

Delante del automóvil que la llevó a su casa, en el parabrisa, en las calles que dejaba atrás, entre los dedos, en el ir y venir del pecho, en los pliegues del vestido, se fué pegando el embrujo de las pupilas hurañas de Marcelo y el recuerdo de sus cabellos en desorden, desaliñados, rebeldes como su alma.

Sarita sintió fiebre en las sienes y se tendió en el sofá del dormitorio, como esta tarde, en que después de su conversación con Juan Carlos, la sorprendemos evocando detalles, impotente para ocultar su desazón, su tragedia de rebeldía, que le creara, desde hace quince días, un alma nueva.

Descendió las escaleras hasta el comedor, después de un cuidado retoque. Sólo los párpados hinchados eran delatores.

Para el padre, empeñado en conjeturas sobre el momento político, pasó desapercibido el estado de Chita.

— Mamá, tienes que darme permiso para salir con Juan Carlos en auto. Necesito aire, quiero llegarme al río.

— Te has enloquecido criatura; ¿de noche y sola con tu novio?

— La llevaremos a Teresa, mamá.

Los ojos enrojecidos de Chita cambiaron la negativa materna.

La vieja aya instaló su humanidad de ochenta kilos y pico en el asiento trasero, y Chita y Juan Carlos se fueron por la noche estrellada sin rumbo fijo.

Ella se mostró conversadora, cariñosa, borrando con palabras y mimos la imagen obsesionante de Marcelo Altamira.

Hasta hablaron de una casa moderna, de ventanales enormes, de líneas rectas, siempre abiertas al sol.

Parecía como si una luna distinta echara plata sobre el río aquella noche. Junto al paisaje, Juan Carlos, comentó:

— Quiero decirte, novia, una cosa que jamás se me había ocurrido. En la seguridad de nuestro efecto, los días eran siempre iguales, serenos para el amor. Quizá alguna vez te di impresión de despreocupado. Bastó observarte, durante quince días de silencio, de ensimismamiento, para tener un desasosiego extraño en el alma. Y ahora sé cuánto te quiero. El temor de perderte me ha puesto pasión en el alma. ¿Nunca me dirás qué te ha pasado, Chita?

Eludió los ojos como pudo.

— Eso quizá, Juan Carlos. Empezó a cansarme la serenidad del amor, tuve miedo de tu aparente despreocupación. ¡Cosas que se les ocurren a las mujeres! ¡Tonterías, nada más!

El regreso fué más liviano, más lleno de arrullos. Se despidieron alegres como en la niñez.

En el silencio de la casa, Chita subió al dormitorio en puntillas, y cuando su cara se reflejó feliz en el espejo, las manos tropezaron con un paquete. Lo abrió a tirones y se desparramaron por el "toilette" los flamantes libretos de Marcelo Altamira.

Al vuelco que le dió el corazón, siguió la ansiedad por saber. La madrugada la encontró con el alma del escritor metida en su alma. Quiso cerrar los ojos, y entre sueños desfilaron las protagonistas de Altamira, amasadas en pecados de carne.

Con la palpitación de las arterias, contó las horas hasta mediodía, en que agazapada contra la pared buscó el teléfono:

— ¿Por qué hizo usted esto?

— Respondiendo a un impulso que no supe contener. Quise que esta noche me conociera más. No hay derecho a que me juzgue por el exterior...

— ¿Amor propio?

— O del otro...

Le faltaron las fuerzas para responder a la audacia y quiso apretarse a la única tabla de salvación:

— Le ruego que no me mande más nada, que no me hable por teléfono. Si se entera mi novio, no le parecerá bien.

Cortó la comunicación sin esperar contestación.

III

El baile en lo de Susana Torres resplandecía de luces y de colores. Entre tantas mujercitas provocativas, de espaldas desnudas, de escotes imposibles, Chita Alurralde era el símbolo del pudor.

Envuelta en gasa rosada, los brazos descubiertos, la melena juvenil, los ojos limpios de pintura, la boca apenas diseñada en rojo, parecía una muñeca de carne. A su lado, la figura de Juan Carlos Avendaño era por fuerza insustituíble.

De codos en la terraza, fumando con pereza un cigarrillo, Marcelo los veía ir y venir sonrientes, pausados, casi "protocolares". Cuando la orquesta arrancó el primer tango, se acercó a la pareja:

— Señorita Alurralde, si me permite y el caballero no se opone, quisiera bailar con usted esta pieza.

Chita miró a su novio.

— Encantado, señor. Aprovecharé para

(Continúa en la página 49)

Grandes momentos en la vida de los grandes seres

ARTHUR CONAN DOYLE

CREADOR DE SHERLOCK HOLMES

Ser autor de los más formidables personajes literarios conocidos en el mundo entero es ya motivo más que suficiente para que un hombre se considere a su vez grande. Sin embargo, los momentos inolvidables en la vida de Arthur Conan Doyle, literato escocés, fueron aquellos en los que trataba de hacer comprender a sus semejantes que tras la muerte hay aún una existencia más. Creamos o no en sus afirmaciones, el hecho es que debemos admitir que él ha demostrado que más allá de la tumba hay otra vida, si en nuestra existencia terrenal hemos sabido merecerla. Doyle vive personificado en sus libros, que son leídos hoy y que, sin duda, serán dentro de cien años leídos con igual atención. Nació en Edimburgh (Escocia) en 1859, siendo descendiente de una familia de artistas y escritores. A los seis años escribió e ilustró un libro, pero a pesar de esta demostración de precocidad literaria, sus progenitores se empeñaron en hacerle seguir la carrera de medicina. Se recibió, pero como los pacientes escaseaban mucho, transcurría su tiempo ejercitándose en el manejo de la pluma. Comenzó a leer revistas de aventuras y cuentos policiales, por lo que se sintió inclinado desde un principio. Le disgustaban, sin embargo, las lecturas por capítulos, es decir, aquellas que dejaban al lector suspendido en la trama hasta la otra semana. Se decidió entonces a escribir también en capítulos, pero enteros, es decir, aventuras cortas, pero completas. Y de esta manera fué creado el célebre Sherlock Holmes, el detective cuyas andanzas son conocidas en todo el mundo. Abandonó la medicina temporariamente, pues se dedicó de nuevo a ella, especializándose en óptica. Pero sus trabajos literarios comenzaban ya a ganar mucha fama y retornó a la literatura, no ocupándose más de la medicina, hasta la guerra sudafricana. Años más tarde comenzó a ocuparse en temas espirituales, pero no fué sino después de la muerte de uno de sus hijos en la guerra europea, que se dedicó de lleno a ello. Comenzó a hacer jiras por todo el mundo dando gran cantidad de conferencias, en las que trataba de hacer comprender la veracidad de sus teorías. Se casó con Jean Leckie, otra creyente, y tuvieron tres hijos, dedicados todos ellos al estudio del espiritismo.

Conan Doyle era un hombre sumamente bondadoso, con quien resultaba muy fácil simpatizar. Más de cuatro veces intercedió en defensa de muchos hombres que habían sido injustamente condenados por las leyes por un delito que no habían cometido. Lo cierto es que Arthur Conan Doyle debe, antes que todo, su fama a la creación de su inmortal personaje detectivesco: Sherlock Holmes.

Las peripecias de PANCHO y PANCHITO



El cuento de la abuelita

LAS LLAVES DEL EXITO

La salud es imprescindible para triunfar

LA buena salud es tan necesaria para el triunfo en la guerra como lo son los buenos cañones, las buenas municiones, los buenos aeroplanos. Pero debemos tener buena salud, tanto en el hogar como en las trincheras.

Las guerras son ganadas, en último análisis, por cualquiera de los bandos que pueda mantener por más tiempo un ejército enteramente equipado, con hombres físicamente capaces y sanos.

La mala salud mina la vitalidad, tanto del individuo como de la nación. La salud sólida es esencial cuando una nación está consagrando todas sus fuerzas a una lucha de vida o muerte contra un enemigo de tremendo poder. La verdadera riqueza, tanto como el verdadero poder de una nación, ya sea en la guerra o en la paz, consiste menos en sus posesiones materiales que en su población de ciudadanos sanos, sus hombres vigorosos, sus mujeres robustas, sus niños felices.

Todo soldado enfermo es una rémora para un ejército. Todo ciudadano enfermo es una rémora para la nación.

Séneca, uno de los filósofos antiguos más sabios, declaró: "Los hombres no se mueren; se matan ellos mismos."

El hombre se compone de cuerpo y alma. El cuerpo es el instrumento que se nos ha dado para llevar a cabo los dictados, los mandatos, las órdenes del alma. Pero si nuestros instrumentos están descompuestos, si hemos permitido que se descompongan, no pueden cumplir los mandatos del espíritu.

La salud significa eficiencia. La enfermedad significa ineficacia.

La salud significa optimismo, contento, felicidad, alegría del vivir. La enfermedad significa pesimismo, abatimiento, dolor, mal humor. La salud engendra el coraje, la osadía y el triunfo. La enfermedad engendra la nerviosidad, el temor y el fracaso. La salud vitaliza y da energías. La enfermedad mina y debilita.

La persona que está enferma, se halla demasiado embargada en sus propias dolencias y achaques para pensar o hacer mucho por los otros.

Lo que hizo Gorgas en Panamá está considerado por muchos como más importante para la humanidad que lo que hizo Goethals. Goethals demostró al mundo que allí se podía contruir un canal; Gorgas demostró que la ciencia podía convertir a un país infecto de enfermedades y fiebres, en uno sano y habitable.

Sin salud, ni una nación ni un individuo pueden llegar a la cumbre más alta. La salud es nuestra posesión más preciosa, pero la menos apreciada y la más abusada. Probablemente, las tres cuartas partes de todas las enfermedades son incubadas por nosotros mismos, contraídas por alguna acción imprudente, indiscreta o irreflexiva, agravada, en ciertos casos, por debilidades hereditarias, debidas a los pecados de nuestros padres, "aun hasta la tercera y cuarta generación".

"Para alargar vuestra vida, acortad vuestra comida", exhortó Benjamín Franklin, y este consejo encierra mucha verdad.

Ha dicho el Departamento de Salud Pública de Nueva York: "La salud pública puede comprarse. Dentro de las limitaciones naturales, una comunidad puede determinar su propia mortalidad. Ningún asunto de igual importancia ha sido tan vergonzosamente descuidado en el pasado por las naciones, por las compañías, por los individuos."

Tres millones de personas en los Estados Unidos están gravemente enfermas durante todo tiempo, costándole al país, se ha computado, pesos 6.000.000.000, o sea más que todo el dinero — oro, plata y billetes — en ciculación en los Estados Unidos.

Pero ha sonado un toque de avance. Se ha declarado la guerra contra todas las fuerzas que traen la mala salud. El examen médico de los millones de hombres que hacen la conscripción, ha abierto los ojos de la nación a la necesidad de medidas preventivas por todo el país.

El valor supremo de la salud sólida y de un cuerpo fuerte ha sido inculcado como jamás lo había sido antes.

La salud, hemos aprendido súbitamente todos, no es meramente la forma suprema de riqueza que el individuo pueda poseer, sino que es la base de nuestro poder para resistir a los enemigos extranjeros, la base de nuestra seguridad nacional, la base del lugar que ocupamos entre las gentes de la tierra.

¿Cuántos de nosotros conservamos nuestra salud con el mismo cuidado con que conservamos nuestro capital? Sin embargo, ¿qué es la disipación del dinero comparada con la disipación de nuestra vitalidad, de nuestra salud, de nuestra vida?

Nos empeñamos en mantener nuestros automóviles en perfecto estado de funcionamiento. Nos preocupamos de que nuestro piano esté afinado. Nos preocupamos de que nuestra navaja de afeitar esté bien afilada. ¿Somos igualmente cuidadosos en vigilar que nuestros cuerpos estén en perfecto estado de funcionamiento, nuestra salud en perfecto tono, nuestra mentalidad afilada como una navaja?

El gran fin de todo gobierno o todo individuo es o debiera ser el logro de lo que un antiguo sabio dijo: "Una mente sana en un cuerpo sano." Sin un cuerpo sano, hay pocas probabilidades de conservar una mente sana, porque todos sabemos, por severa experiencia, que si abusamos de nuestro cuerpo, si nos fatigamos en demasía, si no nos sentimos bien físicamente, nuestra mente no obrará con espontaneidad, con vigor, con gusto, sino que nos volvemos lánguidos, indiferentes, ociosos e ineficaces.

Así como los ejércitos rechazan hombres que no están en buena salud, también los hombres que toman empleados están ahora rechazando a los trabajadores que no son físicamente aptos.

La práctica de someter a un severo examen médico a todo aspirante a un empleo, está siendo adoptada por las casas importantes en todo el país, y los resultados son de tanto valor, que con el tiempo esta costumbre será universal. Exámenes físicos anuales o semestrales de todos los empleados están siendo también instituídos por compañías progresistas, con excelente resultado moral, tanto como física y financieramente.

¿Cuál es la mejor manera de ahorrar salud? "La buena moral significa buena salud", se ha dicho con razón.

Aquí hay diez mandamientos de la salud:

BUENOS HABITOS.
BUENOS ALIMENTOS.
SUEÑO ABUNDANTE.
AIRE PURO.
EJERCICIO EN ABUNDANCIA.
GRAN CANTIDAD DE AGUA POR DENTRO Y POR FUERA.
VESTIMENTA COMODA.
REFLEXIONES SANAS.
TRABAJO.
NO SE PREOCUPE.

Y es conveniente recordar, como lo expresó Spencer, que "ser un buen animal es el primer requisito para triunfar en la vida".

(Continúa en la página 15)

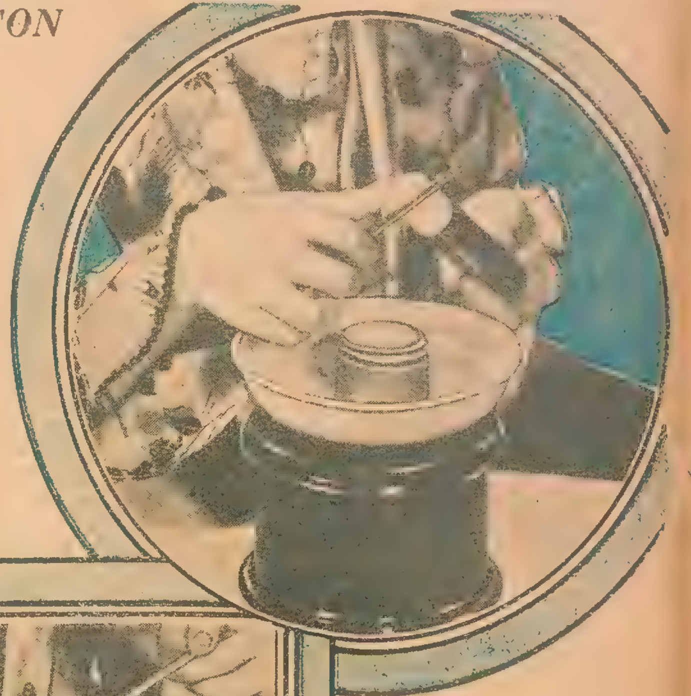
UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

PROTECCION de la PIEL



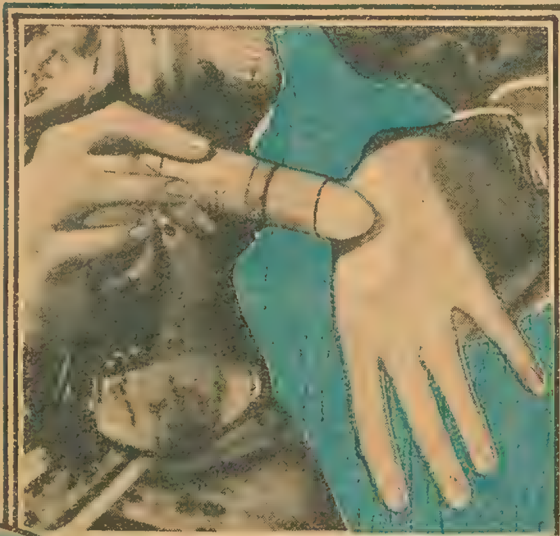
Para suavizar los labios puede colocarse un poco de alcanfor.



El alcanfor es partido en trozos iguales y colocados en el frasco de la crema.



El aceite es lentamente vertido en el frasco donde se unirá con el alcanfor.



El alcanfor solo es también muy bueno para la curación de la piel.



Para el caso de que las manos se hallen muy dañadas, lo mejor es colocarse los guantes luego de la aplicación de la crema.

IMPULSADA por diversos pedidos que me fueron hechos personalmente, me decido esta semana a tratar un tema de indudable importancia: el mantenimiento de la belleza de la piel. No es esta la primera vez que abordo tal cuestión, pero es el caso que a medida que mis conocimientos en materia de belleza son más profundos descubro métodos o fórmulas nuevas que de inmediato deseo hacer conocer a mis lectoras. Por otra parte, la originalidad que todo ingrediente nuevo trae aparejada, es ya motivo suficiente de curiosidad para toda mujer, además de tener la ventaja de constituir una novedad digna de ser conocida. Esta novedad la presento hoy en forma de una crema, hecha con partes iguales de aceite de oliva y alcanfor helado. No puede haber mayor simplicidad ni mayor efectividad en su composición. Tal cosa puede advertirse al fabricarla y al darme otras personas referencias sobre su bondad. Esta crema puede ser aplicada con la certeza de que curará aun los más severos casos de grietas en la piel, ya que el alcanfor helado ha sido siempre, por sus condiciones ventajosas, uno de los ingredientes favoritos en mis fórmulas. Es sabido que él solo puede, hasta cierto punto, suavizar la piel, pero la más poderoza razón por la que decidí hacer esta mezcla, fué porque descubrí que el alcanfor, debido a su dureza, necesita algo que lo ablande y lo facilite para pegarse más a la piel. Por otra parte, nada hay en la reacción, que por el color que experimentan estos dos ingredientes, pueda impedir su unión. Por supuesto, el alcanfor debe ser derretido para que el aceite pueda ser mezclado. Al principio probé de colocar mayor cantidad de alcanfor que de aceite, pero sucesivos experimentos me hicieron comprender que solamente cuando ambas cantidades eran iguales, los resultados eran benéficos. Posiblemente la mejor manera de fabricar o componer esta crema curativa, es colocar en un frasquito de los que comúnmente sirven de envase para las cremas de cutis, sobre un recipiente lleno de agua fría y puesto a su vez encima de un calentador con fuego muy suave. Córtese el alcanfor en barra en trozos pequeños e iguales que serán arrojados en el frasquito. Cuando éste se halla medio lleno, se vierte muy lentamente el aceite con una mano, mientras que con la otra se revuelve sin cesar con una cuchara pequeña. No debe en ningún momento cesarse de revolver hasta que el aceite y el alcanfor están convertidos en pasta. Tan pronto como ha sido vertida la última gota de aceite, retírese el recipiente del fuego y el frasco del agua. Mientras esto se enfría, puede ser revuelto tan sólo de vez en cuando y proseguir, cuando ya está frío del todo, revolviéndolo constantemente hasta que la pasta se ha endurecido por completo.

No dudo que las lectoras se preguntarán qué es ese aparato que se ve debajo del re-

cipiente: es un simple calentador de nuevo tipo muy en boga en Estados Unidos, pero para el caso tanto da poseer uno de éstos como uno común. Y pasando a otra cosa, veamos ahora la aplicación que reciben los dos ingredientes que ya hemos mencionado. Se sabe que, por regla general, ningún tratamiento embellecedor debe ser realizado sin haber previamente sometido a la piel a una prolija limpieza. Sin emgargo, considero el caso presente como una excepción, porque es ilógico pretender con agua y jabón irritar la piel, que ya de por sí misma está bastante irritada. A lo sumo se le podrá frotar previamente con un poco de aceite de oliva, de una manera muy suave y por muy corto tiempo. En cuanto a la preparación que nos ocupa, puede ser extendida por sobre la parte de la piel afectada, también con mucha delicadeza y dejándola permanecer no menos de media hora. Al cabo de este tiempo, quítese la capa y colóquese otra que se dejará permanecer todo el tiempo que se desee. La crema se convertirá en líquido en cuanto entre en contacto con la piel, lo que facilita su efecto benefactor.

Si las manos estuvieran sumamente deñadas, entonces la mejor es aplicarse la crema antes de ir a dormir y cubrirlas luego con un par de guantes, con los que se permanecerá toda la noche.

Para evitar que los labios se agrieten, puede desparramarse por ellos una pequeña porción del alcanfor helado antes de aplicarse el rouge. Pronto se comprobará que los labios curan rápidamente, sin que su retoque experimente inconveniente alguno por la presencia del remedio. Es especialmente a principios del invierno cuando más deben ser tenidos en cuenta estos inconvenientes. Los fríos, los vientos helados son enemigos acérrimos de la belleza de la piel, más aún de la femenina, porque a ellas se les somete con mayor frecuencia. Las diversas ilustraciones que acompañan la clase de esta semana, nos dan una clara indicación gráfica del proceso que se debe seguir. En una se advierte el momento en que el alcanfor es cortado en trozos pequeños sobre el frasco colocado en el recipiente con agua. Luego el momento en que sé vierte el aceite que irá a mezclarse con el producto antedicho. En otra se ve la aplicación del alcanfor sobre los labios y la piel de las manos, con lo que se logrará desterrar de ellas las grietas, y por último los guantes en las manos luego que éstas han sido cubiertas por la crema. Como dije en un principio, la fórmula es sumamente sencilla y fácil de ser prácticamente adoptada. Todo lo cual, unido al hecho de ser un remedio muy bueno, es más que suficiente para que aconseje su uso a mis lectoras.

FIN

La SALUD es IMPRESCINDIBLE para TRIUNFAR

(Continuación de la página 13)

COMO PUEDE DESARROLLARSE LA SALUD VIGOROSA

Por supuesto, que algunos de nosotros nacemos con una constitución fuerte y otros con una débil. Todos podemos aprovechar en lo posible lo que tenemos, y no hay ninguna duda de que el más endeble, con cuidados inteligentes, puede convertirse en un cuerpo bastante respetable. La gran mayoría estamos en buen estado de salud si solamente aprovechamos bien lo que tenemos. Nuestra dificultad consiste en el desarrollo de malos hábitos, los cuales aparentemente no podemos dejar, o malas condiciones, que también aparentemente no podemos evitar.

¿Sabe usted verdaderamente, ha pensado alguna vez, cuál es en realidad su condición física? La mayoría de la gente nunca piensa en eso hasta que una enfermedad grave la obliga a hacer un inventario personal, y entonces a menudo es demasiado tarde para componer cuerpos de los que se ha abusado durante tanto tiempo. ¿No le parece tonto esperar hasta que eso suceda? ¿Hará un examen de su condición física ahora, con la ayuda de un médico, si usted cree que la necesita?

¿Cómo están sus músculos? ¿Puede correr 1.500 metros a un trotecito suave y alzarse en peso colgado de una barra, o acostado de espaldas puede sentarse diez veces en sucesión bastante rápida? Si lo puede hacer, sus músculos están en condición bastante buena. Si no lo puede hacer, usted necesita ejercicio muscular sistemático. Quince minutos todas las mañanas o una cantidad equivalente de sport variado todas las semanas, lo pondrá en perfecto estado.

¿Cómo marcha su digestión? ¿Libre, sana y regular? ¿El peso es normal y no adelgaza? ¿O sufre de gases, estreñimiento, pérdida de peso o algo por el estilo? ¿Toma remedios para la digestión? Cualquier cantidad que tenga que tomarlos, no está bien. La única cura para los males digestivos, la cura completa y segura, es la alimentación, simple, moderada, con una buena parte de frutas y verduras ricas en vitaminas, una buena cantidad de pan negro y cereales, y menor cantidad de carne de lo que acostumbramos comer los argentinos, y menos azúcar de lo que a la mayoría de la gente joven le gusta tanto.

¿Cómo están sus pulmones? ¿Se resfría frecuentemente en invierno? Es culpa suya si se resfría, y los resfríos llevan a la pulmonía y a la tuberculosis, los dos azotes más terribles hoy día en América. Primeramente, vea si la expansión de su pecho tiene ocho a diez centímetros como debiera ser. Luego, duerma fuera, en el patio o en el jardín, si le es posible, y siéntese durante el día, en su oficina, en una corriente de aire regular. Sin duda, tendrá que aprender a hacer esto por grados, pero lo podrá hacer con un poco de práctica.

¿Cómo están sus nervios? ¿Duerme bien? ¿Se preocupa? Lo que usted necesita es un descanso de los nervios, solaz, distracción, placeres sociales, cualquier cosa que alivie regular y sistemáticamente la constante y firme tensión del agotamiento nervioso, con una cantidad normal de sueño: ni muy poco ni demasiado. Usted puede conseguir todas estas cosas si se toma un poco de molestia, sin hacer ningún cambio radical en su modo de vida. Muchas personas dicen que no tienen tiempo para hacer ejercicio (tres horas por semana de ejercicio adecuado las mantendría en buenas condiciones, ¿y quiere usted decirme que uno no puede tener tres horas libres por semana?); dicen que no pueden controlar sus comidas, tienen que comer lo que se les sirve en la pensión (pero esa persona no tiene iniciativa); no pueden soportar el aire fresco frío, y no saben cómo hacer descansar sus nervios (aunque se dedicasen a cavar una zanja hasta cansarse, sus nervios descansarían muy bien). ¿Pertenece usted a esa categoría de hombres sin decisión? Pues deje de pertenecer a ella hoy mismo y trabaje en defensa de su salud, que es su capital.

FIN

Cómo ES VISTO un HOMBRE por su ESPOSA, sus HIJOS y sus AMIGOS

CUANDO la señora de Cornuel dijo: "Ningún hombre es héroe para su mucamo", dijo una gran verdad, y probó un caso de gran psicología. Ahora, lo que la señora de Cornuel quiso decir es que la aureola que tiene un hombre de importancia y justeza, se pierde en la intimidad. Y es el sirviente, que continuamente está en trato con el "gran hombre", quien le ve las mismas debilidades y sencilleces de cualquier hombre.

Pero los científicos han sacado como consecuencia que ningún hombre se conoce a sí mismo. ¡La naturaleza tiene tantos aspectos! Su mujer le conoce sólo una parte; su hijo lo ve completamente diferente. Sus compañeros de negocio ven otro aspecto suyo, mientras que sus empleados lo ven completamente diferente y sus amigos de club ven, en cambio, un hombre al que no lo reconocerían ni su esposa ni sus hijos ni sus empleados.

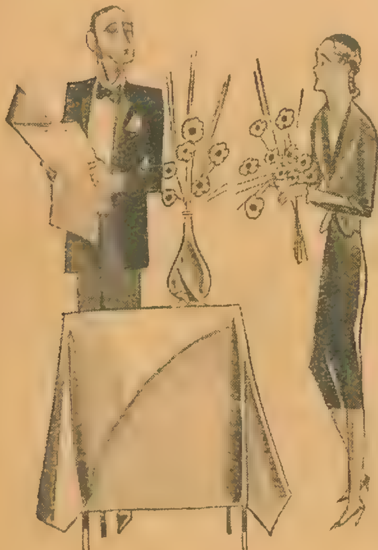
Se supone que una madre conoce a sus hijos mejor que nadie, y es probable que esto sea verdad, mientras éstos son aún bebés. Cuando comienzan sus estudios, la madre y la profesora se dan cuenta, algo apenadas, de que la inteligencia de la mujer no alcanza a conocer ciertas fases del carácter de un niño. El niño tiene una personalidad en su hogar y otra en la escuela.



La esposa y la madre están a veces tan distanciadas de las opiniones sobre él, que parece que cada una discutiera sobre un hombre distinto...

Ha recibido de pronto, por su cerebro, una nueva y poderosa sociedad: la de los compañeros de colegio, con otra moral y otro comportamiento; y es difícil para el niño mismo explicar a su madre el cambio que poco a poco se va operando en él. Lo más fácil para él es dejar esta nueva personalidad en la entrada de su casa, lo mismo que se deja el sobretodo en la percha del hall; y a sus padres les parece esto una cosa normal. Esto de cambiar el carácter, como si se tratara de un actor que juega dos papeles en una misma obra, es tan natural como el sacarse el sombrero en su casa.

El gran desacuerdo viene cuando el hijo se casa y las dos mujeres que creen conocerlo mejor comparan sus puntos de vista. La esposa y la madre están a veces tan distanciadas de las opiniones sobre él que parece que cada una discute sobre un hombre distinto, y es tal vez por esto que esposas y suegras no se lleven bien, y que tal vez cada cual tengo razón, porque habrá observado sus distintos aspectos.



Y encontró a su esposa, cantando alegremente, mientras ponía flores en los floreros.
—¿Quién mandó esas flores?— le preguntó sorprendido y con cierta duda.
Su esposa se resintió.

La madre de Juan, por ejemplo, recuerda a su hijo como muchacho de buenos instintos, que no tomaba la vida tan seriamente como ella lo hubiera deseado. Su padre tenía miedo que no llegara más allá por esa misma razón. Después del colegio, Juan fué a la guerra. Durante su estada en el hogar, su madre no vió en él ningún cambio.



"Ningún hombre es héroe para su mucamo"...

Luego se casó, y fué entonces cuando murió su padre, dejándolo al frente del negocio que tenía. No hubo cambio visible en Juan; pero entre sus negocios y su mujer, la madre poco sabía de su hijo.

Un día vino el golpe; la madre había ido a visitar a su nuera, que era una buena muchacha y la encontró llorando. La madre pidió entonces a la esposa de su hijo que le dijera lo que le había pasado, y ésta le dijo entonces que Juan se había convertido en un hombre mecánico y vertiginoso.

Según su esposa, él se levantaba muy temprano por la mañana; tomaba su baño, se afeitaba y se vestía como un autómata. Su cerebro trataba de resolver de antemano alguno de los problemas que sabía que en la oficina le esperaban. Tomaba su desayuno maquinalmente. Después, con una mirada lejana en sus ojos, como si ya leyera la correspondencia que su secretario tenía en su escritorio lista, se despedía de su esposa y se marchaba. Siempre así, friamente, sin una frase amable ni un cariño para ella.

La madre prontamente perdió la simpatía hacia aquella mujer que no sabía interpretar a su hijo. Posiblemente podía estar preocupado por tener que afrontar algunas crisis de sus negocios. Pero si siempre se mostraba así, la culpa era de ella, ya que nunca había sido así. Seguramente el pobre Juan se había casado con una mujer que no le correspondía.



...Se despedía de su esposa y se marchaba siempre así, friamente, sin una frase amable ni un cariño para ella...

Después de la primera queja de la esposa a la suegra, las demás no fueron oídas. Las dos empezaron a odiarse y a decirse frases desagradables. Y Juan no se imaginó jamás que su conducta fué lo que motivó el disgusto.

Por la gran responsabilidad que cayó de pronto sobre sus espaldas, Juan tuvo que elegir entre dejar ir todo a la ventura o concentrar todas sus energías para que sus negocios no fracasaran. Para ella, él ya no la amaba más y divertía sus pensamientos en otras cosas. Su madre se iría a la tumba inconsciente de los cambios que se habían operado en él, y convencida de que su hijo se había casado con una embustera. Un día uno de sus compañeros de colegio se encontró con la madre de Juan. Esta, que conocía al amigo lo bastante como para repetirle los conceptos injuriosos de su nuera, se lo dijo todo. El amigo de Juan se rió. Él conocía una faz de Juan, pero no conocía a ninguna de las dos mujeres.

Fué a verlo a la oficina. Juan, siempre con su gesto amable, lo hizo pasar. Luego de conversar unos momentos, le pidió que volviera a verle por la tarde. Esto no era un gesto de autómata, de un hombre que no sabía más que trabajar. Seguramente, la esposa de Juan estaría en un error.

Por la tarde, al volver a la oficina, el amigo de Juan se encontró envuelto en un ambiente inesperado. Entró con intenciones de reírse, pero en la sala de espera se encontró con un hombre, el que le dijo que era de todo punto imposible ver al señor Juan. Sin embargo, a la vista de la tarjeta del visitante la cara del empleado cambió de expresión.

—¡Ah, sí! El señor Juan lo está esperando. Usted es un viejo amigo de él, ¿verdad? Lo anunciaré en seguida.

El empleado volvió diciendo que el señor en ese momento se hallaba en una conferencia muy importante, y le rogaba que lo esperara unos momentos. El empleado trató de ser amable con el visitante, y le rogó que, ya que era tan amigo del señor Juan, le pidiera un favor para él.

—¿Por qué no lo pide usted? — le preguntó el amigo.

—¡Oh! No podría — contestó el empleado.

Y ese empleado, que veía a Juan por lo menos cincuenta veces al día, no se atrevía a pedirle lo que deseaba.

Gradualmente el amigo fué dándose cuenta de cómo ese empleado lo veía a Juan. Siempre apurado, preocupado, lo mismo que lo veía su esposa. Esas ocho puertas que conducían a la oficina, el empleado se las imaginaba de acero. Esto, al amigo le pareció ridículo, ya que recordaba a Juan como el hombre más democrático. "Este empleado — pensó — debe estar loco".

Para demostrarle el error, el amigo le ordenó que fuera a decirle que no podía esperar un momento más. El empleado titubeó. No podía molestar a su patrón intempestivamente, pues se hallaba en una conferencia sumamente importante.

— Dígale lo que le ordeno, si no me iré inmediatamente.

Y tomó su sombrero.

Con semejante amenaza el empleado desapareció y volvió a poco diciendo que el señor Juan lo recibiría en seguida. Los hombres empezaron a salir de la conferencia. Uno de ellos, Guillermo Pérez, que conocía al amigo, al ver a éste, corrió hacia él visiblemente preocupado.

—¿Usted va a pasar la noche con Juan? Por todo lo que más quiera, interceda con su influencia. Juan está vendiendo deliberadamente su producción a menos que el costo, y esto me llevará al borde de la ruina. No se le puede hacer un llamado al corazón, puesto que no lo tiene.

— Es ridículo lo que usted dice — le con-

(Continúa en la página 49)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

RENCORES

No despiertes rencores nunca; los rencores son malsanos, son el misterio que influye grandemente en desarrollo de la vida y de la suerte de cada uno.

Es mejor proceder siempre noblemente; la nobleza y la generosidad son elegantes y atraen la buena suerte.

Despídete de quien debas despedirte, sonriendo, no murmurando coléricas frases. No despiertes rencores; despierta más bien admiración, simpatía o envidia, porque tu conducta es alta y digna.

No pretendas con rencores castigar a quien un día te amó; el rencor es amargo y contrae el gusto de quien lo paladea; rompe, además, el corazón de quien en él le guarda, e inutiliza la acción, porque la acción se pierde sin duda ninguna en las horas de odios y de rencores.

MIEDO

¿Por qué tanto miedo a la muerte, si las cosas de la vida nos son tan hostiles?

¿Por qué tanto miedo?

Yo creo, sin ofender a los hombres, que en esto del miedo a morir hay un poco de pretensión dominante en ellos, y que por contagio lo sufrimos las mujeres.

En todo aquello que el hombre nos da una seguridad, o nos afirma su defensa, nosotros no tememos.

La muerte es lo desconocido, lo único que el hombre no pudo ni podrá penetrar, ni rendir, ni dominar.

Las mujeres, cuanto más femeninas somos, más temerosas nos tornamos. En cambio, el hombre, valiente y fuerte, siempre más valiente y fuerte que nosotras, aunque sea un cobarde, se sabe capaz de su defensa física, y emprende la lucha. Si pierde, pierde, pero salió con la seguridad del triunfo. Es la muerte la única lucha que le torna incapaz; contra ella el hombre se sabe débil e inútil, por eso la teme, por eso nos transmite su miedo, el miedo universal, a lo único que en realidad no deberíamos temer, a lo único seguro de la vida, a lo único inevitable...

¡La muerte! La muerte es la liberación completa de la vida, es la ventura de no sufrir ya, es la cesación de todas las angustias terribles, es el sosiego, la paz! Tal vez lo único limpio de la vida. El cambio del último traje sucio por el inmaculado traje blanco. ¿Por qué tanto miedo a la muerte, si vivimos en realidad tan malamente, y tan sólo por llegar a ella, luchando contra tanto desamor, contra tanto barro, contra tanto elemento adverso y rudo?

¿Qué es la vida, sino un pequeño instante, si la comparamos con la eternidad?

LAS MUJERES

Hay que tratar de adivinar a las mujeres y no empeñarse en comprenderlas, porque las mujeres no tienen nunca ideas demasiado uniformadas o arraigadas. Cuando una mujer dice "yo soy así", me hace sonreír, porque las mujeres son según el momento, según la coquetería, según el deseo, según el propósito! La mujer es demasiado astuta o demasiado perspicaz para no obedecer a sus propósitos, y obedeciendo a propósitos que fácilmente cambian, según las circunstancias, las ideas fijas son difíciles y la uniformidad de las ideas casi imposible.

A veces procede de una manera por contrariar al marido, otras por imitar a una amiga, otras por vanidad o por espíritu de lucha, o por ansia de vencer, o simplemente por que le gusta ser admirada o teme el placer del sacrificio.

Para estar siempre de acuerdo con las mujeres hay que adivinarlas; esa es la mejor forma de conquistarlas y de agradarlas... Empeñarse en comprenderlas es difícil tarea. Cada mujer es una complicada torre de Babel.

LO INUTIL SE PIERDE

Todo lo que no vale en la vida se pierde.

Todo lo que no vale y se paga, se pierde también. Por eso es que no hay que inquietarse cuando se pierde un afecto o una amistad o un pariente. Si esa amistad, ese afecto, o ese pariente hubieran sido realmente sólidos, desinteresados, fuertes y valientes, hubieran soportado todos los golpes y todas las pruebas sin conmoverse siquiera. Pero si fueron pagados y no valieron, lo justo es que un enojo les destruya, que un choque les arranque, que una prueba cualquiera les aleje.

Todos los cariños que se pagan son inciertos, y el día que la paga no es efectiva, desaparecen. Cariño como boletas de empeño, que si no se amortizan día tras día los intereses, se malogran... Cariños comprados nunca valieron lo que se pagó por ellos; cariños interesados que viven de lo que logran, de lo que mendigan o de lo que roban, que se alimentan de lo que se llevan, como los pájaros forasteros y astutos; que viven del bocado de hoy y para el bocado de mañana. Cariños que como los pájaros siempre se van donde mejor comen, donde más encuentran y más logran.

Quien ha comprado cariños y las circunstancias de pronto le impiden seguir pagándolos, puede compararse al rico y abundoso racimo de uvas, apretujado al gajo; llega la tormenta y lo azota, y los granos se dispersan...; sólo dos o tres quedan prendidos al ramo, así los cariños falsos que abrazan al rico, caen tras el viento áspero de la pobreza, uno a uno, van dejando el esqueleto del racimo, libre, solo... Mas le dejan gozando del bienestar que da siempre el libertarse de parásitos inútiles..., ¡libre!..., gozando de sol, de aire, de espacio, de amplio movimiento... ¡Libre y solo!

¡Vaya una ventura en la que se torna la mala intención de aquellos que vivieron, lector, bebiéndole la sangre gota a gota. ¡Sólo y libre, ese es el poderío del pobre, la ventaja sobre el rico!

¡ESPÍAS!...

Por EDWIN T. WOODHALL

¡Espía!... Palabra infamante que sugiere algo muy bajo y ruin; sinónimo de traidor. Así lo cree la generalidad del público, pero en la realidad los espías no son traidores, sino individuos que eligen el más peligroso de los oficios por razones altamente patrióticas. Saben que si son capturados en el desempeño de sus funciones su suerte está sellada: ¡cuatro balas en el pecho! El servicio de espionaje en tiempo de guerra requiere gran valor y condiciones de serenidad nada comunes. Edwin T. Woodhall, uno de los ases del espionaje británico en los años que precedieron a la gran guerra y durante la misma, nos relata extraordinarias aventuras propias y ajenas de la organización del cuerpo especial de detectives y espías que actuó en Francia desde 1914 a 1918. Son páginas de obscuro heroísmo y abnegación, por las cuales desfilan desde lord Kitchener, el gran soldado, hasta la piadosa nurse Cavell, que se agrandó en el sacrificio hasta empequeñecer a los funcionarios que cometieron el error de condenarla.

El gran detective EDWIN T. WOODHALL

El secreto más fielmente guardado de Alemania, fué su alianza con Turquía. Si los aliados lo hubieran sabido, todo el curso de la historia habría cambiado y los Dardanelos hubieran sido un asunto muy diferente.

Poco antes del estallido de la guerra, los astilleros británicos estaban muy ocupados en la construcción de varios buques para potencias extranjeras. Había dos cruceros acorazados para Turquía, tres cruceros ligeros para Chile, cuatro destructores para Grecia, tres monitores para el Brasil y otras unidades más, entre las cuales figuraban un acorazado chileno y otro brasileño, y un crucero holandés que recién se comenzaba a construir.

Los dos barcos turcos eran los más importantes. Uno de ellos, el "Reshadieh", que construían los señores Armstrong, en el Tyne, estaba terminado cuando estalló la guerra, y el otro se hallaba a punto de ser concluído.

El "Reshadieh" se convirtió en todo un problema. Cuando comenzó la guerra, la tripulación turca, de más de quinientos hombres, ya había llegado para hacerse cargo de la embarcación y se alojaba a bordo de un barco en el Tyne. Existía el grave peligro de que abordaran el "Reshadieh", vencieran a los trabajadores de Armstrong, e izaran la bandera turca.

Por orden del primer lord del almirantazgo, transmitida por intermedio del servicio secreto naval y la policía, se ubicó en el buque turco una guardia militar conveniente, con orden estricta de que a ningún miembro de la tripulación se le permitiera subir a bordo.

Mr. Winston S. Churchill, que por ese entonces era primer lord del almirantazgo, ha declarado:

"Se me ha reprochado la confiscación de esos buques, alegando que ella fué una de las causas determinantes de la entrada de Turquía en la guerra tres meses después. Ahora sabemos que desde el 24 de julio se realizaban negociaciones entre los alemanes y los jefes del comité "Unión y Progreso", conducentes a una alianza entre Alemania y Turquía, y que esa alianza fué debidamente firmada el 2 de agosto de 1914."

Nadie podrá negar que el primer lord del almirantazgo procedió bien en aquel momento crítico de la historia. Alemania debía saber que esos barcos estaban a punto de ser terminados; probablemente su plan consistía en sumar sus efectivos al "Breslau" y el "Goeben" en el Mediterráneo. La suerte, empero, no los favoreció.

El secreto de la alianza con Turquía no trascendió, y deseando evitar la violación de las sagradas leyes internacionales de la neutralidad, Inglaterra permitió que el "Goeben" y el "Breslau" se le escaparan.

En el ínterin, el vicealmirante alemán, Souchen y su flota, asediaban de cerca las costas italianas y austríacas, observados de cerca por agentes del servicio secreto naval británico, aunque todavía no se había declarado la guerra a Alemania.

El 14 de julio de 1914, Kerkeley Milne, almirante inglés en el Mediterráneo, recibió del almirantazgo el siguiente despacho inalámbrico:

"Parece probable que si la guerra estalla y Francia e Inglaterra toman parte, Italia permanezca neutral y Grecia pueda ser convertida en aliada. España también se mostrará amistosa, y, posiblemente, aliada. La actitud de Italia, empero, es incierta y es altamente importante que su flota no trabe acción seria con los buques austríacos hasta que sepamos lo que va a hacer Italia. Su primer tarea debe ser ayudar a los franceses en el transporte de su ejército africano, vigilando, y, si fuera posible trabando combate con buques aislados veloces, especialmente el "Goeben", que pueden estorbar dicho transporte. Se le notificará por telégrafo cuando deba consultar con el almirante francés. Excepto en combinación con los franceses y tomando parte en una gran batalla, trate de no verse obligado a batirse contra fuerzas superiores. La velocidad de su flota basta para colocar a usted en condiciones de elegir el momento oportuno. Contemple sus fuerzas al principio. Más adelante reforzaremos el Mediterráneo."

En la mañana del 4 de agosto se recibió en el almirantazgo un parte del jefe de las fuerzas navales, que decía:

"El "Indomitable" y el "Indefatigable", siguen al "Goeben" y al "Breslau", a la altura



El "Orama" persiguiendo al "Dresden" en aguas del Pacífico.

CONDUCTA HEROICA DEL COMANDANTE DEL "DRESDEN"

de los grados 37.44 Norte y 7.56 Este."

Es de recordar que aún no había expirado el plazo del "ultimatum" a Alemania. Hasta la medianoche del 4 de agosto los dos cruceros alemanes estaban libres de ser atacados y hundidos. En realidad no abrigaban el propósito de atacar a los transportes franceses, sino que, sin que se sospechara, se dirigían con todo el poder de sus máquinas hacia el Este, rumbo a Constantinopla.

Y así fué cómo pudieron huir indemnes por culpa del servicio secreto del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El Convenio de los Dardanelos, que prohibe la entrada al estrecho de buques de guerra extranjeros, proporcionó a la Gran Bretaña una brillante oportunidad de romper los vínculos de oro e intrigas que ligaban al gobierno turco al de Alemania: todos los residentes británicos de Constantinopla esperaban que una flota británica de aplastante poderío apareciera en seguida frente a la capital turca y exigiera la rendición o destrucción de los alemanes violadores del convenio. Si el Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres se lo hubiera permitido, Milne hubiera podido seguir al "Goeben" y al "Breslau" hasta Constantinopla para hundirlos, lo que hubiera dado otro giro a los acontecimientos posteriores.

En noviembre de 1914, el "Times" publicaba un suelto que decía:

"Han llegado hasta el almirantazgo noticias y rumores de diferentes procedencias sobre una acción naval que ha tenido lugar cerca de la costa de Chile. Se dice que el "Scharnhorst", "Gneiseau", "Leipzig", "Dresden" y "Nuremberg" se encontraron cerca de Valparaíso y que se libró un combate con parte de la flota del almirante Craddock, el 1º de noviembre. El parte alemán asegura que el "Monmouth" fué hundido y el "Good Hope", "Glasgow" y "Otranto" se retiraron de la acción y escaparon. Se toman medidas efectivas para resolver la situación."

Fechado a bordo del buque insignia "Invincible", el 20 de diciembre, en Montevideo, el almirantazgo recibió un parte del almirante, sir F. C. Dereton Sturdee, concebido en los siguientes términos:

"Tengo el honor de noticiar que a las 8 horas del 8 de diciembre se intentó un ataque a Puerto Stanley, Islas Falkland, por una escuadra alemana compuesta por dos cruceros de línea y tres cruceros ligeros, acompañados por dos buques carboneros. La escuadrilla de mi mando se encontraba entonces cargando carbón.

"La escuadrilla levó anclas y se produjo una persecución que terminó en un encuentro que dió por resultado el hundimiento de los siguientes barcos: "Scharnhorst", "Gneiseau", "Leipzig" y "Nuremberg" y los carboneros "Baden" y "Santa Isabel". Sólo el "Dresden" logró escapar. Lamento profundamente el sacrificio de tantas vidas heroicas por un enemigo que desplegó tanta bravura, habilidad y resistencia."

Así, un recorte de diario y un breve despacho condensan toda la historia trágica de las batallas de Coronel y las islas Falkland.

Se hallaba en Sud América, al principio de la guerra, un maestro de espías del servicio secreto británico. Sus actividades tuvieron gran influencia en la batalla de Falkland. Llamémosle el "Capitán".

En la desastrosa batalla de Coronel, el noble almirante Craddock, pereció con mil doscientos hombres. Al frente de una escuadrilla débil, deficientemente artillada, escasa de velocidad, midió sus fuerzas contra los buques más destacados de la marina imperial alemana, mandada por el almirante Graft von Spee. Con la victoria von Spee logró el predominio en los mares desde Panamá al Cabo de Hornos y eso en un momento en que la seguridad de sus rutas comerciales al lejano Oriente preocupaba extraordinariamente a Inglaterra.

El "Capitán" conocía perfectamente los peligros existentes, tanto para la flota británica como para su propia persona. Por ese tiempo existía en toda Sud América una vasta red de espías enemigos. Una noche en Montevideo, al volver una esquina, recibió un balazo en pleno pecho. En un café de Valparaíso fué provocado y obligado a pelear, escapando con vida por la providencial llegada de la policía.



La batalla de Coronel. Hundimiento del "Good Hope".

El 3 de noviembre de 1914, el "Capitán" recibió, en Valparaíso, un mensaje cifrado, que decía:

"Compruebe los movimientos de los carboneros e informe a los interesados."

Procediendo de acuerdo con esas instrucciones, pudo comprobar, que dos carboneros alemanes, el "Amansis" y el "Sierra de Córdoba" habían llegado a la costa sudamericana del Pacífico con pesados cargamentos de carbón y que ambos se dirigían a un punto de cita secreto. Descubrió, además, que los agentes de espionaje alemanes habían enviado a von Spee un mensaje inalámbrico, haciéndole saber que las islas Falkland estaban abandonadas. En tales circunstancias, es de imaginar la alegría y alivio, con que el 9 de diciembre se enteró de la destrucción de la escuadra de von Spee y la huída del "Dresden".

¡Carbón! Si no hubiera sido por el carbón, el almirante von Spee hubiera podido escapar después de la batalla de Coronel.

Von Spee era bravo y hombre de acción y se propuso asestarle otro golpe al enemigo antes de regresar por la ruta más segura. Su objetivo fueron las islas Falkland, a doscientas millas de su derrotero.

Su flota se encontraba en la isla Picton, a la entrada del canal de Beagle, cuando uno de sus cruceros capturó un buque mercante británico que daba la vuelta al Cabo de Hornos, rumbo a un puerto norteamericano, cargado de carbón. Ese buque, el "Drummuir", fué apresado y su precioso cargamento trasladado a las bodegas del "Dresden".

El "Drummuir" fué remolcado mar afuera el 6 de diciembre y hundido.

Ese hecho vigorizó a von Spee en su triple objetivo: la destrucción de la base naval y estación de radiotelegrafía y la captura del gobernador de las islas Falkland. Por cierto que no se sospechaba el final trágico de su aventura... Ignoraba que a cientos de millas mar afuera avanzaba una flota poderosa, bien artillada y veloz bajo el comando del almirante Dereton Sturdee.

No cabe dudar que si el servicio secreto alemán hubiera conocido la partida con destino al Atlántico Austral de los poderosos cruceros "Invincible" e "Inflexible", dotados de cañones de doce pulgadas, es probable que von Spee hubiera ordenado la dispersión, y en lugar de la batalla de Falkland se hubieran desparramado por todas las rutas comerciales británicas varios audaces y peligrosos atacantes.

La misión del "Invincible" y el "Inflexible" y el secreto con que se rodeó todo el plan constituye uno de los episodios más románticos del servicio naval secreto británico, aunque casi llegó a ser descubierto en cierto momento por el servicio de espionaje alemán.

El carbón casi los perdió. Tenían que aprovisionarse en San Vicente, Isla de Cabo Verde, territorio portugués, y luego costear la América del Sur por fuera de las aguas territoriales del Brasil.

Sobre esos dos países neutrales Inglaterra no tenía poder de censura. La batalla de Coronel era bien conocida y la llegada de dos buques tan poderosos llamó la atención. "Era natural, se opinaba, que la Gran Bretaña buscara el desquite."

Sus movimientos eran discutidos en Río y en las costas del Plata, y sólo merced a los desesperados esfuerzos del "Capitán" y otros, se evitó la circulación de una descripción de la visita de ambos buques en todos los órganos de publicidad sudamericanos. La noticia, en realidad, ya estaba en las imprentas y su supresión es elogiosa para la tenacidad de propósitos del departamento de investigaciones británico.

Después de la destrucción de la escuadra del almirante alemán, el 8 de diciembre, frente a las islas Falkland, el "Dresden", uno de los cruceros ligeros de von Spee, logró distanciarse de sus perseguidores y desaparecer en la obscuridad y las lloviznas protectoras del Atlántico austral. Llamadas inalámbricas

(Continúa en la página 52)

El Arte de Enamorar a las Mujeres

Comentarios a los artículos de MAURICIO MAGRE

EN la interesante serie de artículos que hemos publicado con el título genérico de "El arte de enamorar a las mujeres", el escritor francés Mauricio Magre ha demostrado conocer a fondo el corazón femenino. Si a esto, que ya es mucho, unimos sus facultades de observador inteligente y su innegable penetración psicológica, terminaremos por aceptar que las reglas por él fijadas para triunfar en las lides del amor encierran un valor que, estamos seguros, no ha pasado inadvertido para nuestros lectores. Apesar de las dificultades que ofrece el tema para ser tratado sin caer en afirmaciones jactanciosas o ridículas, Mauricio Magre, ha logrado fijar con éxito, en un estilo cortante, irónico y jugoso, un conjunto de agudas observaciones que, si bien no establecen un método infalible para fáciles conquistas amorosas, dan, por lo menos, una orientación que puede ser aprovechada por los enamorados.

Terminada la serie de artículos, veamos



Y cuando anda de por medio el amor, "cada bicho que camina" se convierte en un tirano que sólo atiende a los dictados de su propia pasión.

de resumir las sugestiones del escritor francés y, formular por nuestra parte un breve juicio de carácter general.

¿EXISTE UN ARTE PARA ENAMORAR A LAS MUJERES?

He aquí una pregunta que conviene contestar en primer término. Pero para dar la respuesta con algún fundamento se requiere, previamente, saber qué es el amor. Mil definiciones se han dado en ese sentido. Inspirados poetas e ilustres filósofos, desde los tiempos más remotos, han tratado de encerrar en un verso o en una frase la anhelada explicación. Por supuesto, cada cual la ha dado a su manera. Los unos dejando primar la pasión sobre el razonamiento frío; los otros ajustando su pensamiento a la experiencia adquirida. Para los que triunfaron en el amor o guardaron de él dulce recuerdo, " el amor es el ala que Dios ha dado al alma para volar hasta él", en cambio, para otros, "el amor no es más que un duende que se complace burlando a las almas tiernas y sencillas. Según el filósofo germano Leibnitz, "amar es encontrar en otro la propia felicidad" y, al decir de Bonflers, "el amor no es otra cosa que el egoísmo de dos personas". Pero he aquí que un poeta español cree haber dado en la tecla al definir amargamente el amor en la siguiente forma:

¿Qué es el amor? Es un capricho vano, un simple antojo, una ilusión fingida.

"¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
un simple antojo, una ilusión fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
que roe una existencia maldecida.
No hay del amor definición correcta,
y la da cada cual según su secta."

Dejando a un lado el feroz pesimismo del poeta, convengamos que al final expresa algo exacto. En realidad, "no hay del amor definición correcta y la da cada cual según su secta". Cada uno describe la fiesta según le ha ido en ella. Y no todos han ido a la fiesta con el mismo estado de ánimo ni todos han encontrado en ella lo que esperaban. Y con el amor ocure otro tanto. De ahí que resulte un poco difícil fijar reglas precisas para enamorar a las mujeres, porque el éxito depende de mil factores que es necesario estudiar cuidadosamente por separado, sin olvidar que cada ser humano es un complicado mundo afectivo, cuyo gobierno no siempre es posible ejercer desde afuera. Y cuando anda por medio el amor "cada bicho que camina" se convierte en un tirano que sólo atiende los dictados de su propia pasión, cuando no tan sólo su vanidad donjuanesca.

No obstante estos reparos, debemos reconocer que Mauricio Magre ha concretado en sus artículos una serie de atinadas advertencias y reflexiones, muchas de ellas fruto de la experiencia, que pueden servir de guía a los enamorados prudentes, que los hay, a los que aceptan el consejo juicioso de quien tiene bien ganados títulos para darlo. Y por lo que hemos visto Magre es uno de ellos.



Mas no ocurre lo mismo con el hombre que nunca debe olvidar que el matrimonio es el primer canto del gran poema del amor.

Por otro lado, el escritor francés no ha pretendido escribir un manual del perfecto seductor —como ya lo advertíamos al publicar su primer artículo —sino de brindar ciertas preciosas indicaciones acerca de cómo debe el hombre comportarse en trance de hacer feliz a la mujer que ama, y, al propio tiempo, la manera en que debe siempre presentarse todo enamorado que se respete.

LOS CORAZONES ROMANTICOS

Entre las indicaciones de carácter general formuladas por el distinguido escritor francés se encuentra aquella por la cual recomienda a los enamorados acoger con benevolente credulidad ese afán de embellecerlo todo que tienen los corazones femeninos, especialmente los románticos. Las mujeres, según él, poseen una natural propensión para deformar la vida en un sentido halagador para ellas.

Ante semejante inclinación, ¿qué actitud debe adoptar el hombre que anhela conquistar el corazón de una mujer? ¿Deberá someter a una crítica implacable los ensueños románticos de la amada o, por lo contrario, será un constante animador de las rosadas ilusiones que se forje su adorada?

Para Magre, el hombre que por querer ver demasiado destruye todas las inocentes mentiras del amor, pronto se hace odioso. Ninguna ilusión es posible mantener con él. Y, finalmente, tanta perspicacia analítica resulta inútil.

Todo amor más o menos profundo exalta el



El hombre que por querer ver demasiado destruye todas las inocentes mentiras del amor, pronto se hace odioso.

ensueño. Y es este uno de los encantos del amor, que tanto la mujer como el hombre deben cuidar que no se marchite. No hay por qué despojar al amor del velo sutil y esplendoroso con el que recubre sus misterios mientras sea lo suficientemente transparente como para permitirnos no perder de vista la realidad. Y dejemos que la amada abra las candorosas alas del ensueño, que ya llegará la oportunidad de cortarlas si es que le da por volar muy alto...

Porque conviene tener presente, como lo dijera Severo Catalina, que el amor debe considerarse como un gran poema, cuyo canto primero es el matrimonio. Y, para entonar el primer canto sin incurrir en peligrosas desafinaciones — léase mutua incomprensión — lo mejor es conocer a fondo la letra y la música del "gran poema" para ajustarlas a la prosaica realidad de la vida sin excesivas alteraciones "poéticas" que la desfiguren.

LA FRANQUEZA Y EL AMOR

En varios de sus artículos, Mauricio Magre ha indicado a sus lectores del sexo masculino la conveniencia de comportarse con absoluta franqueza en sus relaciones con la mujer cuyo corazón se sueña conquistar. Y es esto, precisamente, lo que menos tienen en cuenta los enamorados. Un irresistible deseo de complacerse y halagarse mutuamente hace que tan-

(Continúa en la página 49)

COMBATIENDO LA...
(Continuación de la página 3)

los criminales de toda índole que se dedican a perturbar el orden con toda suerte de delitos, desde la simple ratería al robo a mano armada y el consiguiente asesinato.

Debe tenerse presente que la desocupación es el foco en que se incuban todos los males sociales. El pueblo que trabaja jamás procura colocarse al margen de la ley, pero cuando llega a faltar el pan, es lógico y humano que se produzca una reacción con proyecciones a la violencia y el desenfreno de las pasiones.

Enunciado así el problema, debe iniciarse cuanto antes su resolución. El primer paso debía ser el impulso de la red de vialidad ajustada al plan caminero del gobierno provisional. Según es sabido esas obras se costean con el producido de un impuesto o sobreprecio a la nafta que se consume en la república, gravamen que traducido en guarismos arroja un total mensual de 1.500.000 a 2.000.000 de pesos, es decir, lo necesario para dar ocupación estable a más de 20.000 hombres,

Restado al ejército de la desocupación, el respetable guarismo indicado y adoptadas las providencias legales necesarias para terminar con el vagabundaje profesional, es más que probable que los 130.000 desocupados se redujeran en forma considerable. Lo afirmamos así porque no aceptamos esa cantidad como de valor absoluto, considerándola antojadiza y voluntariamente agrandada.

Es indudable que al amparo y con el pretexto de la desocupación, encuentra libre acción el desarrollo de instintos primarios de criminalidad y vicio, y ahí es dónde reside el peligro que señalamos, y por eso incitamos a las autoridades a proceder con firmeza a la represión de la avalancha de hechos delictuosos que se vienen produciendo con frecuencia que amenaza tornarse endémica.

Las leyes vigente de represión social facultan al Poder Ejecutivo para disponer la deportación de los indeseables, que deben abundar entre la muchedumbre de los desocupados. No entendemos por "indeseables" únicamente a los que perturben o intenten perturbar el orden público. Damos al término una acepción más lata, englobando en él a todos los incapacitados para el trabajo y tarados que se han introducido al país validos de la excesiva liberalidad de nuestras leyes de inmigración.

Convendría que se facultara a la policía a detener a los desocupados, examinándose cuidadosa y justicieramente sus antecedentes. Establecida en los casos individuales la honestidad de los sujetos, se les proporcionaría trabajo en las obras públicas en vías de ejecución y en las que se vayan emprendiendo. En cambio, debiera deportarse sin más trámites a los extranjeros que no presentaran un "dossier" intachable, e internarse a los hijos del país que se encontraran en idénticas condiciones.

Llevada con la firmeza necesaria, la acción que proponemos tendría por corolario la disminución inmediata de los atentados personales que tanta molestia y perjuicio causan actualmente

Enrique Gómez Matheu.

EN EL PROXIMO NUMERO:

MONEDITAS de CINCO

NOVELA CORTA DE

RAFAEL DI YORIO

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

El Petróleo Argentino, consideraciones referentes a una adecuada legislación, por P. Javier López Zavaleta. Un tomo de 112 páginas. Talleres gráficos L. J. Rosso. Buenos Aires, 1932.

Anuario Socialista. Acaba de ponerse a la venta el número 5 de esta publicación, correspondiente a 1932, que constituye una obra de aliento y de gran interés por el acopio de artículos sobre temas de palpitante actualidad, y la serie de informaciones y estadísticas que contiene. En él aparece reflejada la situación política, social y económica actual, no ya de nuestro país, sino del mundo entero, debidamente documentada. También contiene este tomo, entre otras colaboracines extranjeras, las del doctor Virgilio Drouet, del Ecuador, y de Emilio Frugoni, del Uruguay. Avalora este número una carátula muy sugestiva. Publicación de la Librería y Editorial "La Vanguardia", Buenos Aires.

El tintero, número 6.

Boca Juniors, revista oficial del club; número 9.

Revista do Instituto de Café do Estado de S. Paulo, de Río de Janeiro; número 64.

Nos-otras, de Caracas (Venezuela); número de diciembre de 1931.

Puerto Rico Ilustrado, de San Juan (Puerto Rico); número 1140.

Elite, de Caracas (Venezuela); número 327.

Círculo de la moda, número de enero-febrero de 1932.

Interés Nacional, publicación argentina; número de febrero de 1932.

Revista del Club de Villa del Parque, número 18.

Navidad, de Tegueigalpa (Honduras); número 1.

The Grace Log, de Nueva York; número de noviembre-diciembre de 1931.

Una experiencia del arte nativo, por Félix C. Molina; Santa Fe, 1931.

El *presidente* electo, general Agustín



Y AQUI TERMINA UN CAPITULO DE LA HISTORIA

Momento impresionante en que el presidente del gobierno provisional pronuncia su dis curso entregando el poder al presidente electo. El general Agustín P. Justo, que se enjuga la transpiración con el pañuelo, no puede disimular la emoción que le embarga en ese solemne instante. A la derecha del general Uriburu puede verse al ex ministro Calatayud, al contralmirante Fliess, el ex ministro Enrique Uriburu, el doctor Pico y el ex ministro de Relaciones Exteriores, doctor Bioy. Detrás del general Uriburu, al nuevo canciller, doctor Carlos Saavedra Lamas, y un poco más atrás, al ex intendente Guerrico, que acompaña a la señora Aurelia Madero de Uriburu. Detrás del general Justo, al doctor Leopoldo Melo, actual ministro del Interior. En el ángulo izquierdo de la fotografía puede verse al doctor Antonio de Tomaso, "leader" del partido Socialista Independiente y nuevo ministro de Agricultura, acompañando al general Rodríguez, ministro de la Guerra actual.



Luego de haber prestado juramento, el presidente Justo y el vice Roca abandonan el Congreso para dirigirse a la Casa de Gobierno a recibir el poder.



Un curioso accidente. El caballo que montaba el jefe de los Granaderos costaló frente a la Casa de Gobierno, teniendo que detenerse la carroza que conducía al presidente y al vice electos varios minutos. Felizmente fué un accidente sin consecuencias.



La carroza presidencial llegando al Congreso conduciendo a los mandatarios electos, siendo escoltada por lanceros del Colegio Militar y Granaderos a Caballo.



La mujer argentina, como siempre entusiasta en todas las manifestaciones de civismo, se valió de todos los medios para presenciar el paso de la carroza presidencial. Nuestro fotógrafo cedió su escalera a esta dama para que pudiera ver cómodamente la llegada del presidente y vice electos a la Casa de Gobierno.

Fotos de Cabada, Louzán y Padilla.

P. JUSTO, se hace cargo del poder



EL MENSAJE DEL PRESIDENTE ELECTO

Después que prestó su juramento, el presidente electo leyó un mensaje que fué transmitido a todo el país por radio, en el cual expuso algunos de los propósitos que inspirarán su futura actuación en la primera magistratura de la república. A la derecha, sentado, se ve al vicepresidente, doctor Julio A. Roca, escuchando atentamente la palabra del general Justo, que de acuerdo con el autógrafo que concedió a MUNDO ARGENTINO, se mostró optimista y con fe en los destinos de la nación.



Con voz clara y vibrante, el vicepresidente electo hace el juramento de observar y hacer observar la Constitución de la Nación Argentina, siendo ruidosamente aplaudido al terminar de decir las palabras de ritual.



Presidió la magna asamblea el presidente provisional del Senado, doctor Robustiano Patrón Costas, quien leyó el discurso de bienvenida al presidente y el vice electos.



El ex presidente del gobierno provisional, general José F. Uriburu, con la misma franca sonrisa con que llegó el 6 de septiembre a la Casa de Gobierno, la abandona entre las aclamaciones de sus admiradores, que rodean su auto para manifestarle su simpatía.

Fotos de Cabada, Louzán y Padilla.

EL RETORNO A LA NORMALIDAD

EL PRESIDENTE Y EL VICE SE DIRIGEN A LA CASA DE GOBIERNO

A su llegada al Congreso para prestar el juramento de práctica, el presidente electo, general Agustín P. Justo, y el vicepresidente, doctor Julio A. Roca. Ambos mandatarios fueron calurosamente aplaudidos a lo largo del trayecto que tuvieron que recorrer por la numerosa concurrencia que llenaba las calles. Es que en ese aplauso se saludaba al propio tiempo el advenimiento a la normalidad constitucional, en la que el pueblo confía el afianzamiento del bienestar de la nación.



LOS MAGISTRADOS ELECTOS LLEGAN AL CONGRESO A PRESTAR JURAMENTO

Por la comisión compuesta por miembros de las dos cámaras fueron recibidos el presidente y el vice en el Palacio Legislativo, donde se realizó la solemne ceremonia del juramento, que fué presenciada por crecida concurrencia, en la que pusieron su nota simpática numerosas damas.

Fotografías especiales para "Mundo Argentino" tomadas por Manuel Louzán.



Don Fermín por DANTE QUINTERNO

EN LA NOTA DIARIA DE ACTUALIDAD POLICIAL, EL ROBO DE NIÑOS HA ECLIPSADO A LOS ASALTOS A LOS CHAUFERES.

Los terribles "pulices" son vagos que obligan a los menores raptados a ejercer la mendicidad bajo amenaza de muerte, para su exclusivo provecho.

Se cree en una banda organizada para la explotación de la niñez, en esa forma vergonzosa.

¿DÓNDE ESTÁ PALITO?

CREÍ QUE ESTABA CON VOS, FERMÍN.

¡NO SE ENCUENTLA A PALITO POL NINGÚN LADO! ADEMÁS... ¡DESAPALECIÓ COSTANTINO!

?

¡SEGURO ESE VAGO COSTANTINO SE LO LLEVÓ AL PIBE PARA DEDICARLO A LA MENDICIDAD EN SU PROVECHO!

¡AUXILIAR! ¡MI PIBE PALITO HA DESAPARECIDO! TENGO SOSPECHAS FUNDADAS DE UN VAGO LLAMADO COSTANTINO, EL DECANO DE LOS ESQUENUNES PORTEÑOS! ¡JUEGO MI APELLIDO A QUE ESE REO LO HACE MENDIGAR!

Sr. DON FERMÍN FIERRO

SÍRVASE PASAR POR EL DEPARTAMENTO PARA UN RECONOCIMIENTO.-

División de Investigaciones

JEFE DE INVESTIGACIONES

¿RECONOCE EN ESTE PIBE A SU HIJO?

¿ES CACHADA, AUXILIAR?

¡LE DIGO, AUXILIAR, QUE YO SOY SU TUTOR!

¿NO ES NINGUNO DE ESOS, EL CONSTANTINO QUE BUSCA?

¡OJALÁ EL ESQUENÚN FUERA TAN DECENTE COMO CUALQUIERA DE ÉSTOS!

SOY DE INVESTIGACIONES ¡ME PASARON SU ASUNTO! ACOMPÁÑEME. TENGO UNA PISTA MACANUDA.

NO ME VUELVAN A "DESCUBRIR" OTRO HIJO DE COLOR....

¡ANDÁ A PECHAR O TE ROMPO EL ALMA!

¡AY!

¡SHHH! ¿OYE? ¡YA ESTAMOS EN PRESENCIA DE LA BESTIA DESATADA, DE ESE SEGUNDO PULICE QUE ESTÁ EXPLOTANDO AL HIJO DE SU SANGRE!

?

!

¡ANDÁ A PEDIR LIMOSNA POR LAS ESTACIONES, ESQUENÚN, QUE NECESITO PLATA! ¡ANDÁ, O TE ROMPO EL ALMA!

¡AY! ¡MAMÁ! ¡AYYYY!..

DANTE QUINTERNO

Una MUERTE MISTERIOSA

Un cuento policial de JOHNSON y PALMER

En vísperas de una pelea que, naturalmente, confirmará su fama de ser el mejor peleador de los contornos, Bill muere repentinamente, al parecer envenenado. Como jamás se le ha descuidado la vigilancia ni se le ha permitido comer más que lo de siempre, queda descartada la idea de que alguien le haya envenenado. Sin embargo, su muerte es un verdadero crimen. Y aquí surgen las grandes interrogantes: ¿Cómo fué muerto? ¿Quién lo mató?

JAMAS me encontraba tan alegre y satisfecho como cuando faltaban pocos días para ir a pasar las vacaciones, como tenía por costumbre, a la casa de unos amigos míos, la familia Moore. Los pocos días que faltaban me parecían interminables. Recordaba las excursiones que juntos hacíamos por las sierras, pues vivían en un pueblito situado al oeste de Virginia, que distaba varias millas del pueblo más próximo que era Sparkdale. Cuando llegaba, ya tenía dispuesto mi caballo, pues éste era el medio más práctico de locomoción que empleábamos para nuestras excursiones.

Llegó el tan ansiado día y partí para Sparkdale. Allí tomé un auto liviano, pues éste es el coche que más se usa en esos pueblitos, y después de varias horas de viaje dando más saltos que en una carreta vieja, llegué a mi destino, con un dolor de riñones que me impidió levantarme rápido del asiento.

Mucho me extrañó el ambiente que reinaba allí, pues todos los años, apenas veían llegar el coche corrían a mi encuentro montados en sus caballos. Nadie salió a mi encuentro. Miré hacia todos lados y no puede ver a ninguna persona conocida. Luego de un rato, alcancé a distinguir a la señora Moore, que venía a mi encuentro con el delantal en los ojos como si estuviera llorando. Me di cuenta en seguida de que, efectivamente, lloraba. Su primera pregunta, sin saludarme, fué la siguiente:

—¿Se acuerda de Bill?

La pregunta me dejó un tanto turbado, pues hacía mucho tiempo que conocía a Bill.

—¡Cómo no voy a recordarlo! — repuse.

— Bien, entonces sepa toda la verdad. Bill ya no existe. Ha muerto. Estoy completamente segura de que lo han muerto.

En esto apareció el señor Moore, en cuyo rostro podía verse una mueca de sufrimiento. Me saludó un tanto fríamente. ¡Pobre Bill! El no era nada, naturalmente, en mi vida, pero el recuerdo del muerto estaba tan fresco en aquellas gentes, que hasta noté que mi visita no era tan bien recibida como antes.



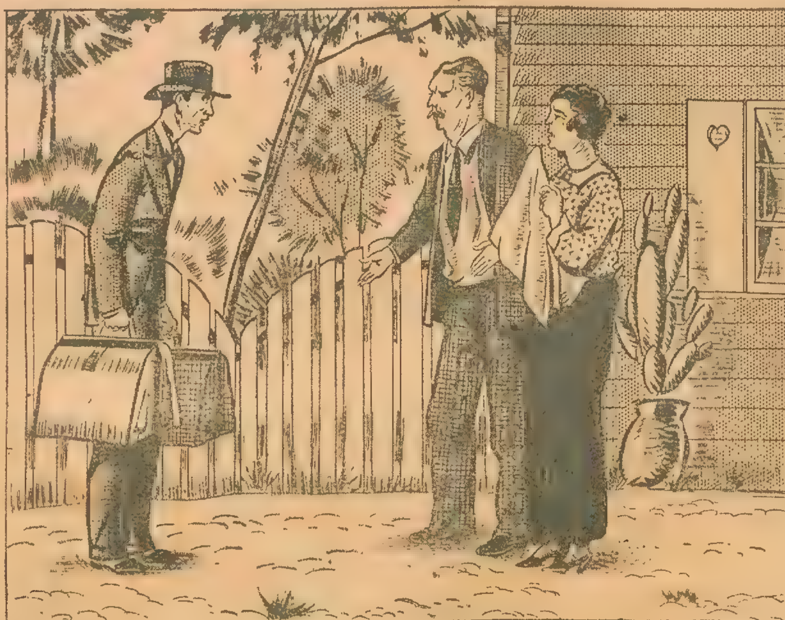
CUANDO LLEGAMOS A LA ESTANCIA HALLAMOS AL TRAVIESO MUCHACHO SOBRE LA EMPALIZADA, CON UN RIFLE DE AIRE EN LA MANO.

Bill había muerto el día anterior al de mi llegada y su cuerpo yacía en un cajón de pino, construído por el mismo Moore.

—Como usted ve — me explicó Moore, una vez que estuve sentado en un cómodo sofá, — recién ayer ha muerto.

—Y si usted verdaderamente sospecha que alguien lo ha muerto, ¿por qué no avisa a la policía?

—Si pudiera dar parte a la policía, ya lo hubiera hecho. Pero, como usted sabrá, Bill iba a pelear mañana con Alec, y en este distrito están terminantemente prohibidas las peleas. Todos sabíamos que Bill era el más fuerte y que tenía rivales, pero en el pueblo se empezó a murmurar que Alec era más fuerte todavía que Bill. Esto, aunque está mal que lo diga, me indignó, y convenimos con Jed, que era el patrón de Alec, que mañana se efectuaría la pelea. Yo lo cuidaba mucho a Bill, no le permitía que se alejara mucho de la chacra; pero él lo hizo, sin embargo, y bien caro lo pagó, por cierto.



—¿SE ACUERDA USTED DE BILL? LA PREGUNTA ME DEJO UN TANTO TURBADO, PUES HACIA MUCHO TIEMPO QUE CONOCIA A BILL.

—Dígame una cosa, — dije yo, un tanto intrigado, y al mismo tiempo satisfecho de poder poner a prueba mis habilidades de detective, — este es un pueblo chico en el que no hay negocios, y si Bill ha sido envenenado, debió adquirirse el veneno en algún lado.

—Durante el día, es imposible que se hayan acercado a él, pues no me apartaba de su lado un solo momento, y, además, cualquiera de la estancia, cuando ve que alguno anda por los alrededores, lo echa. Durante la noche es más difícil todavía, pues de haber llegado el criminal adonde estaba Bill, debería haber muerto a la pareja de galgos que tenemos para cuidar la estancia.

—Alec, casualmente, estuvo hablando con Sam el día que Bill murió — interrumpió la señora Moore. — Además, estaba con ellos un pilluelo del pueblo, a quien pedí que fuera a buscarme al pueblo algunas cosas que necesitaba, cosa que yo no quería hacer, porque tenía muchísimo que limpiar en casa; pero como el muchacho no me mostró muy buena cara, no tuve más remedio que ir yo misma al pueblo.

—Como Bill vomitara algo extraño para mí, — prosiguió el señor Moore — llamé al curandero, que me dijo que le parecía una mezcla de arena venenosa, aunque no la había analizado.

—Como necesitaba ir con alguno — prosiguió la señora Moore — y viera a Sam en el gallinero en ese momento, lo llamé y le dije que se arreglara que íbamos a ir al almacén del pueblo a comprar algunos alimentos. Mientras yo esperaba en el carro a Sam, pasó Jed por la estancia en dirección al pueblo. Luego lo encontré en el almacén, y tenía a su lado una bolsa de maíz. Compré una cantidad de maíz especial que le gustaba mucho a Bill y varias otras cosas más, mientras conversaba con Jed sobre la pelea que sostendrían Bill y Alec. Luego él se fué. Vi que se detenía a conversar unos momentos con Sam. Una vez que hube comprado todo lo que necesitaba, mandé a Sam que lo cargara en el carro y nos dispusimos a volver. Cuando llegamos a la estancia, hallamos al travieso muchacho sobre la empalizada con un rifle de aire en la mano. Ordené a Sam que descargara los comestibles y que los colocara en la despensa. Cuando Sam se disponía a descargar la bolsa de maíz, el travieso muchacho disparó un tiro sobre la bolsa, que dió en el blanco, haciéndole un pequeño agujero por el cual se derramó el maíz, cerca del gallinero. Un momento más tarde vi a Bill que se dirigía a mí, y como viera la bolsa y sabía que lo que había dentro era para él, pues era un "pájaro hábil para eso", le dejé comer algunos granos y en seguida lo eché, pues no quería que comiese mucho para que no se sintiera fatigado cuando tuviera que vérselas con Alec. Fuí a la cocina en ese momento, y cuando volví, vi a Bill que se revolcaba en el suelo, como si tuviera algún dolor en el estómago. A un costado suyo pude ver que la tierra estaba mojada; era que Bill había vomitado. En seguida trató de incorporarse y cayó muerto, quedando rígido como una estatua.

¿QUIEN ERA BILL Y QUIEN LO MATO? ¿COMO HIZO EL CRIMINAL PARA QUE NADIE SE ENTERARA?

Lea la solución en la página 49.



¡HOLA!...
¿Con quién hablo?

Malena. — Fué una escapada en forma. Mamá no sospechó siquiera y papá estaba en el secreto.

Charito. — Tu padre es la persona más encantadora del mundo.

Malena. — Por algo es mi padre. Te aseguro que mamá no es menos encantadora, pero tan chapada a la antigua, que no entiende de diversiones "extras".

Charito. — ¿Te divertiste?

Malena. — La mar. Figúrate que fraguamos con las chicas de Domínguez, la escapada. Todas queríamos saber cómo era un baile de Carnaval en un teatro. Deseo de mezclarnos con gentes de otras clases y hasta de sorprender otras escapatorias. Papá se plegó a nuestro plan, con dinero y silencio. Compramos el palco y nos vestimos de mucamitas.

Charito. — A ti te quedaría admirable. ¡Con tu belleza!

Malena. — Se ruega no exagerar; pero estaba mona. Al principio te confieso que el baile nos desconcertó un poco. La enormidad de gente, los disfraces baratos, las ocurrencias de mal gusto. Hasta que mis ojos tropezaron en el palco de enfrente con una silueta conocida. ¿Adivinas?

Charito. — ¿Mujer?

Malena. — Hombre.

Charito. — ¿Juan Manuel, Rodolfo, Lucio?

Malena. — No: Carlitos Rojas.

Charito. — ¡No puedo creer!

Malena. — Sin embargo, es tal cual, Carlitos Rojas en cuerpo y alma.

Charito. — ¿Qué sentiste?

Malena. — Frío.

Charito. — ¿Se te pasó?

Malena. — Sí o no, es imposible asegurarlo. Clavé mis pupilas en el palco, lo atraje con serpentinas.

Charito. — ¿Y tu amor propio?

Malena. — Palabras, el antifaz me daba ocasión de matarlo por esa noche. Le hice una seña audaz. Vino al palco y a los diez minutos nos confundíamos con las parejas.

Charito. — ¿No sospechó?

Malena. — ¡Qué esperanza!

Charito. — ¿Cómo procediste?

Malena. — Locamente, que es como se procede con más cordura. Casi me declaré.

Charito. — ¿Qué dijo?

Malena. — Cosas divinas. Lo que me decía antes. Presionó la cintura, apretó la mano.

Charito. — ¿Y tú?

Malena. — Feliz. Le conté una historia de amor, mitad verdad, mitad mentira.

Charito. — ¿Y él?

Malena. — Retribuyó la confidencia. Me contó nuestra historia de amor. Dijo que "mi" amor propio lo hacía andar por la vida amargado, con el espíritu enfermo, y qué sospechaba en mí, "deliciosa mascarita", la mujer que lo devolvería a la vida.

Charito. — ¿Pudiste callar?

Malena. — Temblaba.

Una voz de hombre. — Y en el temblor te conocí. Te acurrucaste entre mis brazos en un gesto de inconsciencia. Sentí tu perdón y tu compresión subiendo hasta mi boca. Tuve deseos de besarte largamente, como entonces. Y el miedo de perderte otra vez me contuvo.

Malena. — ¡Carlitos!

Charito. — Te felicito por lo bien disfrazada que estabas.

Carlitos. — ¿Te olvidaste que el alma no usa antifaz, chiquilina?

Malena. — Me olvidé de todo, pero ahora...

Carlitos. — Ahora no tendrás tiempo ni de arreglarte. Dile a papá y a mamá que antes de cinco minutos estoy allí.

Malena. — ¡Por favor, Carlitos, escuche!

Carlitos. — No escucho nada, ya me lo dirás. ¡Hasta luego!

Charito. — ¿Qué opinas?

Malena. — Que los bailes de los teatros son las cosas más divinas del mundo. ¡Adiós, Charito! El antifaz me volvió comprensiva. ¡Es mío, mío otra vez y ahora para siempre!

Cae el tubo y Charito no tiene tiempo de finalizar con un comentario.

La TELEFONISTA INDISCRETA

RESUMEN DE LO PUBLICADO

En un hotel cerca del pintoresco lago di Como ha ido a refugiarse Giácomo, perseguido por la justicia. Trabaja desempeñando las tareas más humildes. Llega una mujer muy bella, cuyo nombre se ignora, y que Giácomo cree haber visto en otra parte, aun cuando no recuerda dónde. Al propio tiempo se siente atraído hacia ella por un sentimiento que él mismo no se explica si es amor. Hasta que un día, hojeando una revista, Giácomo descubre que la desconocida no es otra que la famosa cantante Sally Stilwell. Ella abandonó sus compromisos teatrales y al hombre con quien iba a casarse. Una noche, embriagada por la belleza del lugar, Sally, sin darse cuenta de lo que hace, comienza a cantar, y Giácomo, sugestionado, inconscientemente, también canta, con una voz que sorprende gratamente a la diva. Llega el momento de las íntimas confidencias: Giácomo le confiesa a Sally que tuvo un incidente con un hombre y lo golpeó gravemente. Ella le propone huir y burlar a las autoridades con el pasaporte de su chauffeur, cambiando las fotografías. Cuando ambos se han alejado del hotel y van a subir al bote que los pondrá en salvo, aparece la princesa.



La cabeza del artista estaba cubierta con blanquísimos vendajes.

NUESTRO FOLLETIN

LA MUJER

CAPITULO IX

La princesa hizo como que no los había visto; pero tanto Sally como Giácomo sabían que en su interior se estaría preparando para armarles un gran escándalo. ¡El lustrabotas del hotel y la mujer que nadie conocía, solos, en un bote! ¡Qué plato más sabroso para su lengua de víbora!

Giácomo volvió a repetirle que sentía mucho lo ocurrido.

—¿Y por qué? — le preguntó Sally. — Por todo lo que usted sabe, ella muy bien puede tener razón — dijo con ironía.

—¿Razón sobre qué?

—Sobre lo que ella se imagina de mí... ¡Tenga cuidado! No podrá usted pegarle. ¡No, eso no podrá ser! — Pero le agradó el gesto amenazante y la expresión furibunda de los ojos azules de Giácomo.

—¡Usted jamás ha hecho nada malo en su vida! — protestó él.

—No esté usted muy seguro de eso. Pero no vamos a discutir mi moral ahora; lo primero que tenemos que considerar es su huída de la bella Italia.

—La princesa hablará.

—No lo dudo. Pero ¿quién querrá oírla o quién tendrá interés por nuestras andanzas? Desprecio a esa clase de mujeres. Siempre están pensando en el mal, pero son demasiado cobardes para dejarse tentar por él... Ayúdeme a subir al bote. ¡Ya me imagino cómo va a saborear su té esta tarde!

Sally se sentó cómodamente y Giácomo empuñó los remos, remando con mucha energía. Parecía como si el hecho de haber sido descubiertos por la princesa, le diera nuevos bríos para alejarse lo más pronto de aquel lugar. De pronto, Sally prorrumpió en una carcajada. Su risa era alegre y espontánea.

—¡Qué chica rara es usted! — fué el único comentario de Giácomo.

—Cuando a usted se le ocurra llamarme así, dígamelo sonriendo. — Y volvió a reír. — ¿Por qué no debo reírme? ¿No es acaso el mundo entero una de las cosas más graciosas que existen?

Giácomo continuaba remando salvajemente, en silencio, y muy pronto Sally cesó de reír, tornándose pensativa. Giácomo la observaba de soslayo.

—Yo me encargaré de substituir la fotografía en el pasaporte — empezó a decir Sally, — pues creo que mis dedos son menos torpes que los suyos.

—Estoy completamente en sus manos — le respondió él.

—Francamente, esto de viajar con un pasaporte falso, después de lo que usted ha hecho, es un negocio algo aventurado. Y cuando logre entrar en Suiza, ¿cuál será su línea de conducta?

—Pensaré en eso una vez que esté allá.

—¿Conoce los trámites que hay que llenar al atravesar las fronteras?

—Sí.

—Una vez que lo deje en Suiza, no creo que sea prudente que yo regrese por el camino de Como. ¿De qué otro modo puedo regresar a Bellagio?

Giácomo quedó pensativo un segundo.

—Tendré que examinar un mapa. Seguramente debe existir algún otro camino.

—Bien.

Pero ella no regresó nunca por otro camino; el destino le tenía reservadas otras rutas.

—Y por favor, recuerde — agregó ella — que éste no va a ser un viaje sentimental. Esta aventura me distraerá y me divertirá, pero deseo que entienda que el único interés que me guía es ayudar a un fugitivo. Cuando lo deje en Lugano, confío en que no lo veré más. Lo estoy ayudando porque no creo que usted haya hecho ningún mal intencionalmente. Además, y entiéndalo bien, odio todas las demostraciones...

El no hizo ninguna promesa ni comentario sobre su comportamiento futuro. Continuó remando en silencio. Muy bien; cuando ella lo dejara en Lugano, tomaría todas las precauciones necesarias a fin de que no volvieran a encontrarse. Pero, ¡qué divina era ella!... ¿Sentimental? ¡No, qué esperanza! Ella no tendría que afligirse por eso. El no le daría motivos...

Después de la cena, esa noche, su alteza, no del todo serena, le dió el ultimátum al gerente del hotel:

—Si esos dos están todavía aquí el sábado, me iré a la Villa del Este.

—Pero, alteza...

—Lo que he visto es más que suficiente para mí.

—Alteza — continuó el gerente, sumamente aturdido, — la dama en cuestión es una gran cantante, y yo he faltado a mi palabra diciéndole esto.

—¡Bah..., una cantante! Son todas iguales. Ella, con su lustrabotas... ¿Le parece poco?

—Su alteza está muy equivocada...

—¿Me contradice usted?

—No ha sido esa mi intención, alteza; solamente que es tan difícil poder contentar a todos...

—Lo que sucede es que hay ahora muy mala administración aquí; antes todo era bien distinto.

—Es posible que la cantante haya traspasado los límites del convencialismo, pero créame que no hay nada malo en que Giáco-

Novela de HAROLD MAC GRATH

QUE HUYE

mo la haya conducido en un bote hasta el otro lado del lago.

Después de haber sido informado respecto a lo que le esperaba, el gerente experimentaba la sensación de que se sentiría tranquilo una vez que dejara de ver los talones de Giácomo. Había hecho todo lo que podía por el hijo de su patrona. Un pasaporte falso era algo muy peligroso, pero quizá fuera el único medio por el cual Giácomo pudiera obtener un albergue más seguro que ese hotel, y luego todo se normalizaría y volvería a reinar la paz. El confiaba en que le sería fácil reconciliar a la princesa, logrando que ésta aceptara la presencia de la cantante en el hotel, una vez que Giácomo ya no estuviera allí. Pero si así no fuera, no tendría más remedio que resignarse a perder 12.000 liras, pues jamás insultaría a la "prima donna" solicitándole que se retirara del hotel. ¡Nunca! Mas al mismo tiempo pensaba que 12.000 liras era una suma bastante apreciable en aquellos tiempos.

—¡No me agradan las norteamericanas! — declaró furiosa la princesa.

Y el gerente le respondió agriamente:

— En la Villa del Este encontrará usted muchas más que aquí.

— Bien, usted ha oído mi última palabra; nada tengo que agregar.

Y diciendo esto, se dió vuelta y salió de la habitación.

CAPITULO X

La princesa pasó junto al escritorio del conserje, pero llevaba la cabeza tan echada hacia atrás, como queriendo dar a entender la indignación que sentía en esos momentos, que no vió que allí se encontraba el profesor Wilson, secándose la transpiración de su calva y sosteniendo en sus manos un telegrama que terminaba de recibir. El telegrama contenía solamente tres palabras: "Fuera de peligro."

—¿Cómo puedo trasladarme a Milán esta misma noche? — preguntó el profesor.

—¿Esta noche? — El conserje miró el reloj. Eran las 21. — No hay tren ni ómnibus.

— Pero puede conseguirme un taxímetro, ¿verdad?

—¿Un taxímetro? ¡Ah! Eso es diferente. Puedo conseguírselo, pero le costará 500 liras.

— Pídame el coche en seguida.

El conserje estuvo a punto de mirar a su alrededor para cerciorarse de dónde provenía esa voz tan brusca, mas se dió cuenta que estaba solo con el profesor, a excepción de Giácomo, que se encontraba algunos pasos más lejos del lugar donde ellos dos conversaban.

—Usted sabe, sin duda, que el precio comprende también el regreso.

—No pienso regresar esta noche. Supongo que tendré que abonar lo mismo para que el coche regrese vacío. Está bien, no importa. Dígale al chauffeur que si consigue hacerme llegar a Milán antes de las 23, le daré 100 liras de propina.

El conserje, mientras se dirigía al teléfono, hacía cálculos... Habló durante algunos segundos por teléfono, y luego volvió junto al profesor.

— Vendrá a buscarle dentro de diez minutos. ¿Se va del hotel?

— No. Espero estar de regreso mañana. Llevaré una pequeña valija conmigo. El chauffeur que usted ha llamado ¿conoce el camino más corto a Milán?

— Sí, ¿cómo no? Tomará el camino de Lecco.

— Está bien — dijo el profesor, dirigiéndose apresuradamente a su habitación.

El conserje no salía de su asombro. Hasta ese momento siempre había mirado con algo de tolerancia a aquel viejo profesor norteamericano que siempre se estaba olvidando algo en los lugares más imposibles y cuyos modales suaves y distraídos le convertían en el más inofensivo de los hombres. De repente, aquella voz brusca y autoritaria, que más bien parecería pertenecer a la de un sargento dando órdenes. Seguramente tendría algún negocio tan importante aquella noche, que 600 liras no significaban nada para él, con tal de lograr su objeto. El conserje no pudo menos de sorprenderse ante el cambio brusco del profesor, mas no hizo ningún comentario al respecto. Después de todo, no tenía por qué inmiscuirse en sus asuntos.

Muy pronto el profesor estuvo de vuelta. Traía consigo una valija, la que depositó junto al escritorio. Después sacó del bolsillo una abultada cartera.

— Abonaré el viaje por adelantado. El chauffeur recibirá su propina una vez que lleguemos a Milán.

— Bien, señor.

El profesor abrió la cartera. Los ojos del conserje centellearon y parecían como si quisieran escapársele de las órbitas; pero la Naturaleza, que había sido previsora, lo había dotado de grandes párpados, los que evitaron que los ojos le rodaran por las mejillas. Lo que había visto no era para menos: ¡billetes de cien liras, docenas de ellos, casi nuevecitos!

El dueño de esa fortuna que había dejado al conserje estupefacto, extrajo cinco billetes de 100 liras y los colocó sobre el escritorio; después se dirigió al coche, que en ese momento acababa de llegar.

— ¡Profesor, profesor! — le gritó el conserje con una voz que más bien parecía un silbido.

—¿Qué pasa? — le inquirió él.

— ¡Se olvida la valija!

— ¡Qué barbaridad! Tiene usted razón, me la he dejado atrás.

Poco después el coche que conducía al profesor corría a una velocidad espantosa. Para un chauffeur italiano, un billete de 100 liras vale tanto como media docena de vidas, exceptuando la propia.

Mientras tanto, Sally Stilwell, sola en su habitación, se dedicaba en cuerpo y alma a preparar su primer crimen: la falsificación de un pasaporte francés.

Al final del camino de Lecco, sentado en banco, se encontraba Giácomo fumando cigarrillo tras cigarrillo y tratando de descifrar el misterio de las estrellas, que en aquel momento le parecín más brillantes y más puras que nunca.

A las 10.45 de aquella noche, el coche que conducía al profesor se detuvo frente a uno de los hospitales más grandes de Milán. El parecía tener alguna influencia en el establecimiento, pues todos los que le salieron al paso le saludaran cortésmente, acompañándolo por corredores y salas, hasta que por fin llegó a la habitación donde se encontraba el señor Mattioli, que era uno de los barítonos de segunda categoría en el Scala. La cara mofletuda del artista, cuya cabeza estaba totalmente cubierta con blanquísimos vendajes, daba la sensación de estar frente a un sheik árabe; era más bien el tipo de hombre que habita en los desiertos y no el que trabaja en las tablas.

Al lado de Mattioli se encontraban dos hombres, sobre los cuales la enfermera ya le había puesto sobreaviso. La enfermera en cuestión recibía dinero del profesor y actuaba estrictamente bajo sus órdenes. La presencia de aquellos hombres junto a la cama de Mattioli causó gran disgusto al profesor Wilson. Su tipo le era muy familiar; hasta en Siberia los hubiera podido reconocer como detectives. Uno de ellos tenía un pequeño libro de notas en la mano.

Tampoco ellos no parecían muy contentos al ver que el profesor se aproximaba a la cama del herido.

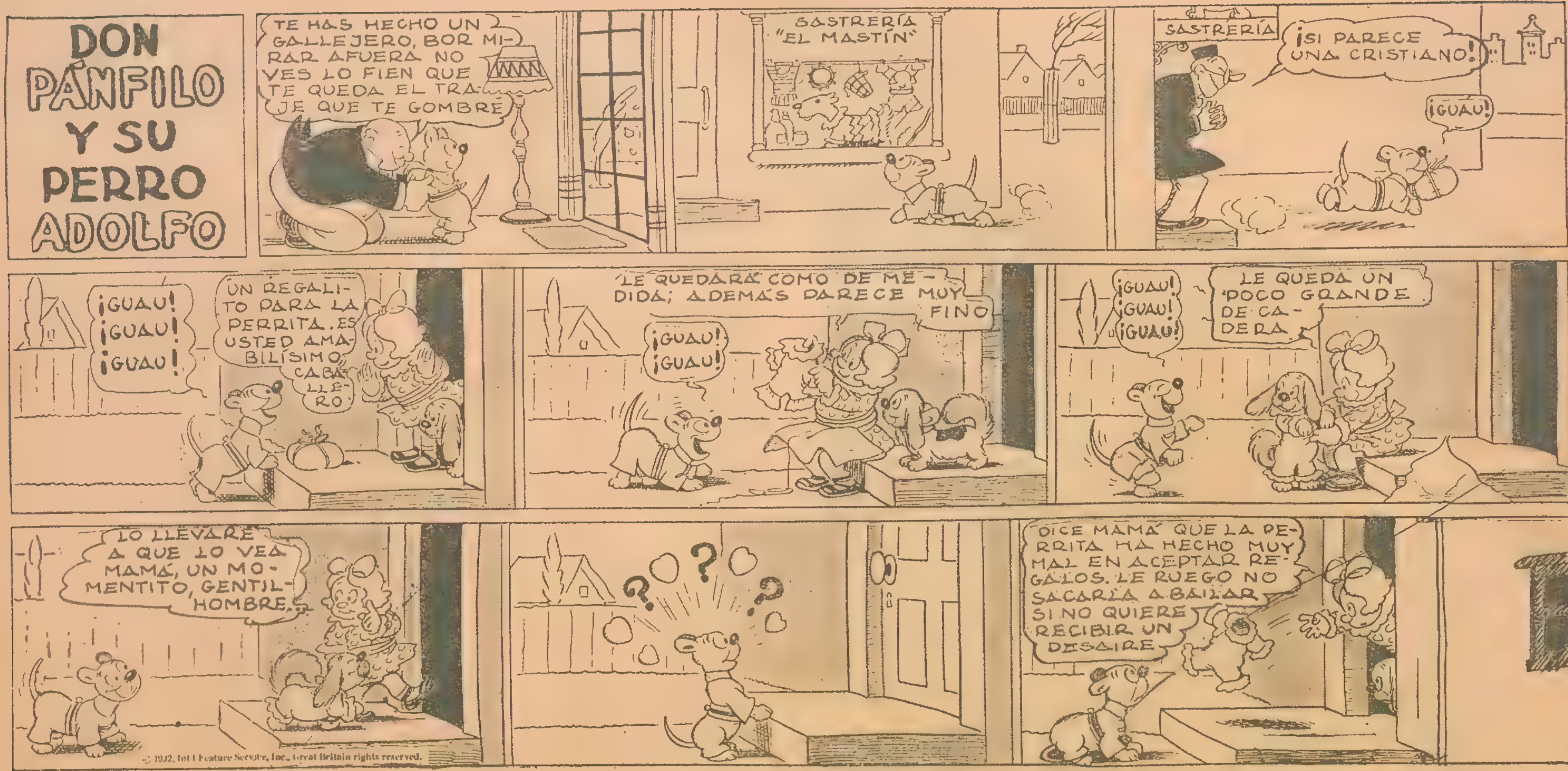
Uno de ellos, con voz agria, dirigiéndose al profesor, le preguntó:

—¿Qué es lo que desea usted aquí?

— He venido para ver a Mattioli.

— Mejor será que vuelva luego, una vez que nosotros hayamos terminado.

El profesor sonrió.



— Tengo autorización para estar presente.

— ¡Muéstrela! — le gruñó el mismo detective que había hablado antes.

De mala gana el profesor procedió a presentarles sus documentos.

— ¡Oh! ¡Un detective norteamericano! Entonces ¿usted andará buscando a ese joven Randolph?

— Sí. Ante todo necesito saber qué fué lo que ocurrió. ¿Puede hablar Mattioli?

— Sí — dijo Mattioli débilmente. — Puedo hablar.

— Entonces — arguyó el profesor con presteza, — tengo instrucciones de ofrecer a usted 30.000 liras en el caso de que esté dispuesto a firmarme un documento en el cual se declara responsable de la iniciación de la disputa, y en el cual toma a su cargo la mitad de la culpa.

— Estoy de acuerdo.

— Solamente puede hablar durante cinco minutos — dijo la enfermera. — Ha estado muy mal; sólo hace tres días que ha pasado la crisis. No se dió aviso a la policía, pues temíamos los interrogatorios. Recuerden, caballeros, que sólo puede hablar durante cinco minutos.

—¿Usted está sobornando al señor Mattioli? — inquirió uno de los detectives.

— Daños y perjuicios, a fin de arreglar el asunto fuera de los tribunales.

— Pero no será hasta que hayamos logrado capturar al señor Randolph, que deberá ser juzgado como corresponde. Una vez terminado el juicio, el señor Mattioli podrá demandarlo por daños y perjuicios. ¿Acaso el señor Randolph es cliente suyo?

— No he dicho eso. Pero no desperdiciemos estos cinco minutos. Mattioli, ¿qué fué lo que ocurrió?

— Randolph trató de quitarme la novia. — Los ojos de Mattioli se llenaron de lágrimas. — Yo le advertí que debía retirarse y dejarnos en paz. El no hizo caso de mi advertencia. Yo le dije algo... y él me golpeó. Esa es toda la verdad.

— Muy bien, ya estamos aclarando algo. Ahora nos dirá usted qué fué lo que le llamó al señor Randolph, el norteamericano — demandó el detective italiano.

Mattioli vaciló. Se daba cuenta que la verdad absoluta haría peligrar la oferta de 30.000 liras.

— Le llamé tenor...

Silencio.

—¿Qué fué lo que usted le llamó?

— ¡Tenor!

—¿Y él es tenor?

— Sí.

—¿Quiere usted decir que él le golpeó porque usted lo llamó...?

Los detectives italianos soltaron una sonora carcajada. Uno de ellos le dió un punch al otro en las costillas.

—¡Tenor!

—¡Le llamó tenor a su rival!

Después de unos segundos, y luego que pudo contener la risa, uno de los detectives italianos se dirigió al profesor diciéndole:

— Lo siento mucho, señor, pero nuestra orden de captura especifica que es por asalto y golpes con intención de matar. Estos dos hombres deberán ser careados y sus relatos sobre lo ocurrido verificados. Ha hecho usted mal en ofrecer esa suma por daños, como usted le llama, antes de que el juicio se ventile. Actualmente no se arreglan asuntos como éste fuera de los tribunales. Italia ha cambiado mucho desde que sus padres se fueron de aquí. Los tiempos cuando los norteamericanos podían golpear a un italiano y luego zafarse mediante el pago de una fuerte suma de dinero, no existen ya. ¿Dónde está su cliente? — interrogó con brusquedad.

El profesor Wilson sacudió la cabeza sonriendo.

— Ese es asunto suyo, caballero.

— Nosotros tenemos poder suficiente para detenerlo, señor. Tenemos también medios para obligarle a confesar el paradero de ese señor Randolph.

— Soy un ciudadano norteamericano. Sírvanse leer esto, caballeros — dijo el profesor ofreciéndoles un documento que los otros no habían visto aún.

Cuando los detectives hubieron terminado de examinar el documento, el profesor se cuadró y les saludó con cortesía.

— La palabra del embajador de Italia en Norte América es suficiente. Según parece, este joven Randolph es un pájaro de cuenta...

— Ustedes sabrán.

—¿Y también es buscado por la policía norteamericana?

El profesor se encogió de hombros, pero se dió cuenta que había caído en un lazo hábilmente tendido por aquellos pesquisantes italianos. Lo vigilarían y le siguirían los pasos. No podría despachar un telegrama ni hablar por teléfono. Ya sabía él que la presencia de esos hombres junto a la cama de Mattioli le traería consecuencias desagradables.

—¿Y mi dinero? — inquirió Mattioli.

— Ni un centavo ahora.

—¡Muy bien! ¡Entonces diré la verdad! ¡El amenazó matarme!

— Caballeros — les interrumpió la enfermera, — los cinco minutos han pasado ya. Tendrán que retirarse. El enfermo necesita mucha tranquilidad.

Una vez en la calle, el profesor respiró profundamente. El auto que lo había traído de Bellagio, había partido ya.

— Buenas noches, caballeros.

— Buenas noches. ¿Dónde se hospedará usted? — preguntó uno de los italianos.

— Me encontrarán en el Grand Palace.

— Muy bien. nos queda de paso.

Lo acompañaron hasta que el profesor quedó confortablemente instalado en el Gran Palace; después se retiraron, separándose en la puerta de calle. Cuando el viejo profesor se volvió para abrir la valija, quedó horrorizado: ¡en el lugar más visible alguien había pegado una de las etiquetas del hotel!

Ahora podrían seguirle la pista. Por primera vez, durante cinco años, se había descuidado, ¡y tan luego en ese momento! El no podía prever lo que pudiera ocurrir el día siguiente.

Muy temprano, a las siete de la mañana, se presentaron al hotel los dos detectives italianos.

— Salimos para Ballagio en este momento — dijo uno de ellos. — ¿Querrá usted acompañarnos, o se quedará aquí?

—¿Fué la etiqueta?

— Efectivamente. Todos cometemos errores.

— Tiene usted razón. Bien, saldremos para Bellagio — dijo el profesor resignadamente.

(Continuará en el número próximo)

Como vive el país...

(Continuación de la página 7)

el que dos parejas se besan, la situación le produce hilaridad.

En las películas no traducen en sus gestos el dolor o la alegría, pues su estoicismo les impide quejarse.

Los japoneses no tienen interés en exportar sus películas, porque saben que no pueden ser interpretadas por los hombres de occidente, ya que desconocen la psicología y el carácter de su pueblo.

EL CONCEPTO DEL DESNUDO

En los baños públicos del Japón, se ven continuamente hombres y mujeres desnudos, gozando de las delicias del agua, como la cosa más natural del mundo. Tienen un concepto del pudor más elevado que el nuestro, y el desnudo no está considerado como pornografía.

Volvamos al dibujante argentino Pelele. Decía, refiriéndose a su reciente viaje al Japón:

—En los alrededores de Nikko, vi un espectáculo interesante: en uno de los arroyos se ha descubierto una fuente de agua caliente natural y las geishas, al caer la tarde, cuando el sol ya no puede quemar su piel, se bañan allí desnudas. El desnudo no llama la atención entre los nipones; pero, sin embargo, las mujeres tienen el pudor de lo antiestético; una de las japonesitas, cuando observó que yo la miraba, atinó a taparse, con una pequeña toalla, la cicatriz de una operación de apendicitis que había sufrido...

Refiriéndose al respeto que existe por la mujer, Pelele agrega:

— En Japón hay un gran respeto por la mujer: se desconoce el piropo, y hasta la mirada indiscreta. Allí se ven señoritas, a altas horas de la noche, retirarse a sus domicilios sin el menor peligro de una grosería.

Para terminar, y como prueba de cultura del pueblo nipón, recordaremos que hay diarios que tiran más de dos millones de ejemplares por día y que se imprimen simultáneamente en cinco ciudades distintas de acuerdo con la técnica de televisión que ya quisiéramos para nuestros rotativos.

F I N

Ha FRACASADO la MUJER COMO ADMINISTRADORA DE LA JUSTICIA

En ningún país del mundo, exceptuando aquellos en que impera el régimen comunista, ha logrado la mujer escalar posiciones más encumbradas que en los Estados Unidos. Con frecuencia vemos que señoras o señoritas yanquis, son elegidas para desempeñar funciones que abarcan desde de los más altos cargos electivos hasta las de guardianes del orden público.

Una mujer, la señora Bennett-Smith, es directora de la comisión del servicio



civil de Nueva York. Otra, Frances Perkins, es comisionada industrial, habiendo desempeñado ese puesto con tanta competencia como asiduidad desde 1911. Su misión consiste en vigilar las condiciones de trabajo en la gran ciudad, vale decir, que guarda cierta analogía con la que es, entre nosotros, privativa del Departamento Nacional del Trabajo.

En general, la mujer ha probado en los Estados Unidos su capacidad directiva, destacándose por la escrupulosa meticulosidad y honradez de su actuación. En 1928, empero, Florence Knapp, secretaria de estado y directora del censo de Nueva York, fué condenada por malversación y substracción de fondos fiscales.

Pero el caso más sonado de fracaso femenino es, indudablemente, el de la doctora Jean Hortense Noonan Norris, destituída recientemente de uno de los principales cargos de la magistratura neoyorquina.

Nacida en Brooklyn, hace medio siglo, Jean Noonan es hija del mayor John Giles Noonan. Se doctoró en leyes, con notas sobresalientes, en 1909, y contrajo enlace con Thomas H. Norris. Su actuación profesional fué triunfal. Se la consideraba una de las personas más prestigiosa del foro neoyorquino.

En 1919, a título de ensayo, se creó un juzgado especial ante el cual debían comparecer todas las mujeres acusadas criminalmente en la gran ciudad, designándose a una mujer como titular. Se creía que, con el mejor conocimiento del alma y la modalidad femeninas, los fallos de una mujer serían superiores a los del hombre. Se nombró, por los diez años que debía durar el mandato, a la doctora Noonan-Norris. En 1930 fué reelegida por el intendente James J. Walker.

La magistrada cumplía su cometido en forma tal que levantó resistencias y fué objeto de una dura campaña periodística, concretándose cargos que no levantó. En vista de ello, fué enjuiciada y acaba de ser destituída por la Cámara de Apelaciones de la Suprema Corte de los Estados Unidos.

Al retirarse del recinto en que acababa de ser condenada, fué silbada por la concurrencia. Ni por un momento, empero, perdió la compostura, ni se inmutó. Firme, serena, imponente de severidad, salió a la calle, tomó un taxi, y se marchó.

Trajeada de negro, con algunas severas aplicaciones blancas, muy erguida, ostentando un largo collar de cadena de oro, día a día la doctora Norris se presentaba en su juzgado y trabajaba con extraordinario afán. Pronunciaba sus sentencias con voz clara y cortante, que jamás tuvo que elevar para hacerse oír en toda la sala.

Comentando la destitución el "New York Times", dijo:

"Era dura, implacable, sin piedad e injusta. Y lo era con mujeres y niños de las clases sociales más infortunadas.

"De acuerdo con las acusaciones que han determinado su destitución, esta mujer, esta magistrada parece que se deleitaba en imponer penas crueles a mujeres y jóvenes delincuentes. Además, a estar a las declaraciones de los testigos del proceso, con frecuencia ejercía presión ilegal e inhumana sobre las acusadas, llegando hasta impedirles hablar o defenderse".

Refiriéndose al mismo asunto, Heywood Broun, dice, en el "Daily News", que la destitución de la doctora Norris prueba que "las mujeres no presentan ventaja alguna sobre los hombres para el desempeño de cargos públicos", y estima al propio tiempo, que la sentencia de la Corte Suprema constituye "la más importante de las victorias que se hayan obtenido en los tribunales de primera instancia".

Con motivo de este asunto, los diarios y revistas norteamericanos han realizado una encuesta para dilucidar si es conveniente la actuación de las mujeres en la magistratura y el foro. Las respuestas han sido invariablemente favorables. A parte de otras consideraciones y ejemplos se cita el de Frances Perkins, sosteniendo que su noble acción tesoneramente humanitaria basta para borrar la mala impresión que pueda haber causado una Knapp, ladrona e infiel, y una Noonan Norris, bárbaramente cruel.

Si usted desea subscribirse a la revista *El Hogar* debe llenar el presente cupón y remitirlo en la siguiente forma:



Señor Administrador
de la EMPRESA EDITORIAL HAYNES Lda.
Río de Janeiro 252 - BUENOS AIRES

Sírvase tomar nota de mi subscripción a la revista "EL HOGAR", por el término de .... para cuyo efecto adjunto la cantidad de $ .... moneda legal.

NOMBRE Y APELLIDO ....

CALLE .... Nº ....

LOCALIDAD ....

PROVINCIA .... F. C. ....

PRECIO DE SUBSCRIPCION

CAPITAL	1 año (52 números)	$	9.— %
	6 meses (26 ")	"	5.— "
	3 " (13 ")	"	2.50 "
INTERIOR	1 año (52 números)	$	13.60 %
	6 meses (26 ")	"	7.— "
	3 " (13 ")	"	4.— "
EXTERIOR	1 año (52 números)	$	10.— oro
	6 meses (26 ")	"	6.— "
	3 " (13 ")	"	4.— "

NOTA: Las subscripciones se anotan en la fecha que se recibe su importe (el que debe ser remitido en Giros Postales o Bancarios, Valores declarados, cheques sobre esta plaza), y únicamente por los períodos indicados en la presente tarifa.

Los Ultimos Modelos





1. — Cuello y pechera adaptable a cualquier modelo de vestido, en tono obscuro. Con puntillado y valencianas.

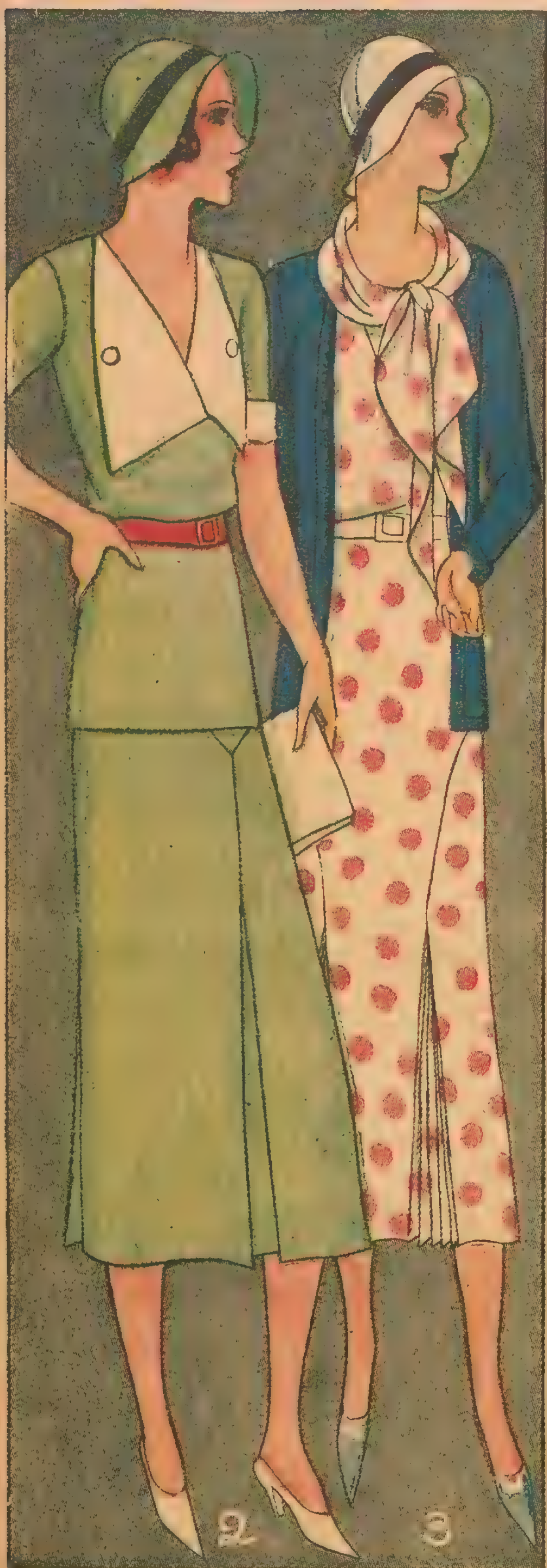




6. — Las bandas aplicadas sobre la cadera izquierda y los plegados en la parte trasera de la falda destacan este vestido.



7. — Modelo en crêpe con plegados invertidos en la falda. Ausencia de cuello, mangas cortas y cinturón de terciopelo.





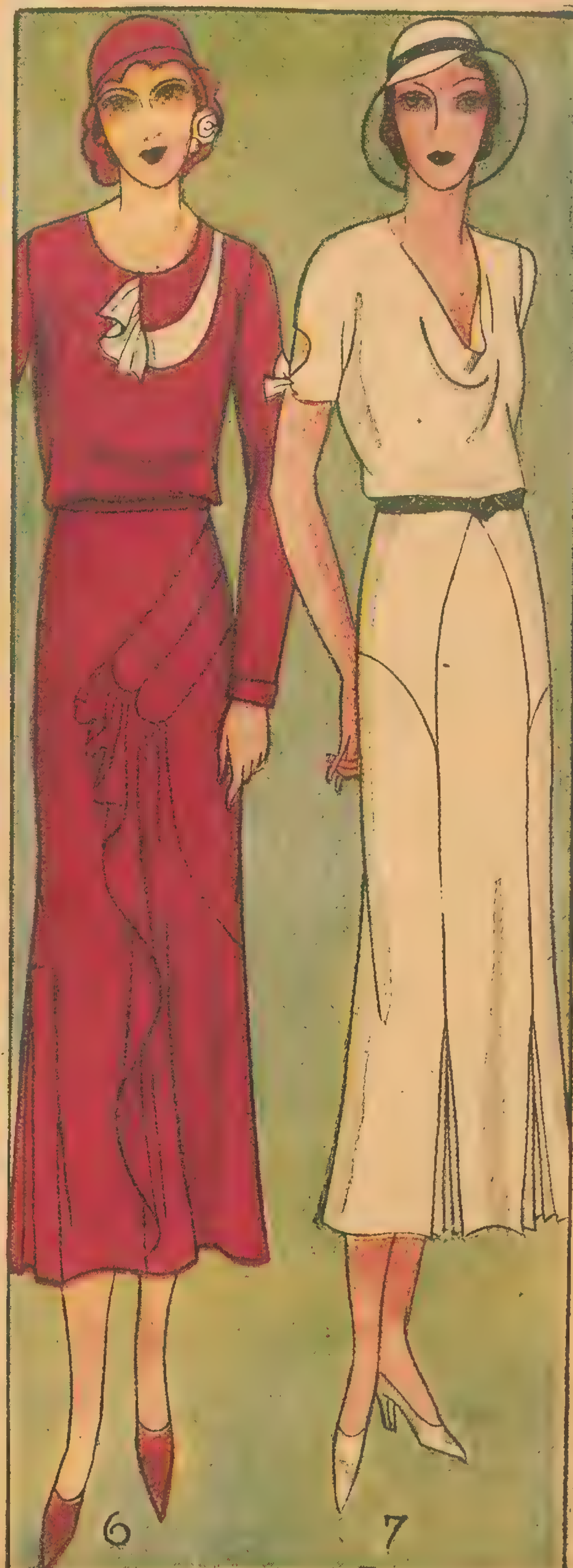
4. — Modelo de dos piezas, en tonos marrón o negro. Blusa de seda negra con mangas largas y cuello de colegiala.



5. — El contraste entre el visible cuello del saquito y la ausencia del cuello en el vestido, es evidente aquí.

2. — Modelo para playa, en crêpe verde claro, con cuello y puños dados vuelta. Sombrero de igual color y cinta negra.

3. — Hecho en crêpe blanco con moteado en rojo. Amplio pañuelo con la misma combinación de colores y saco azul.



de Verano

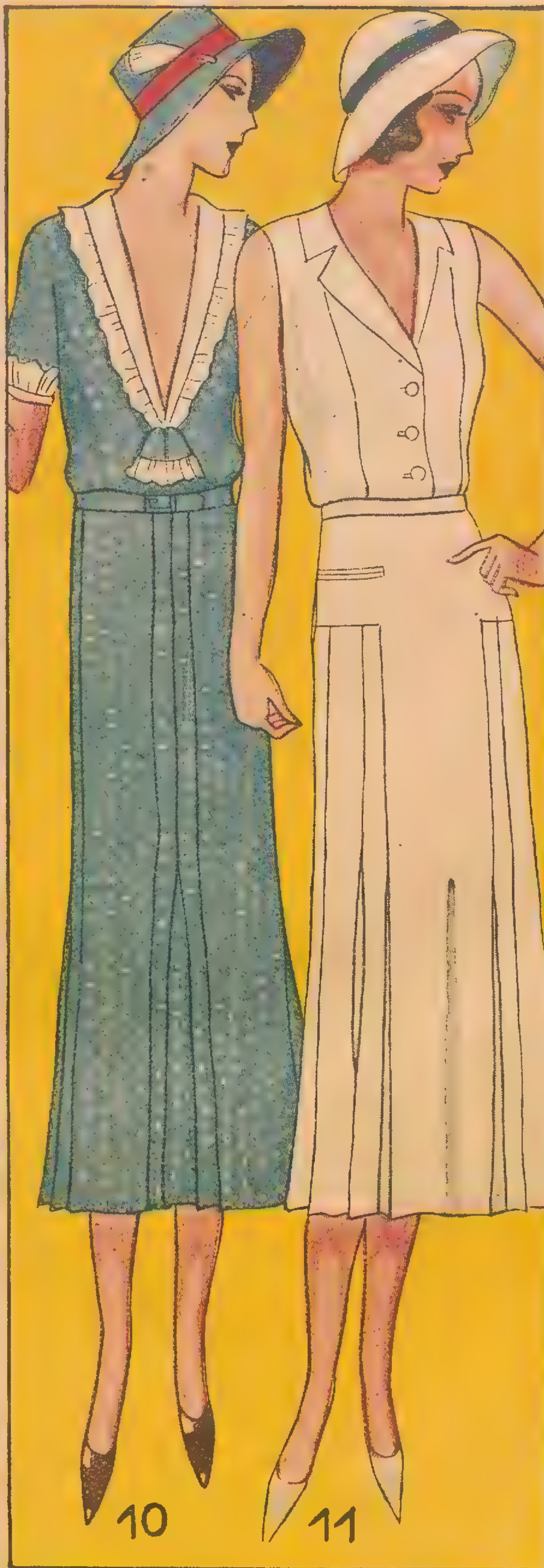




8. — *Para las señoras de baja estatura es especial este vestido, también en crêpe, con mangas cortas y falda plegada.*

9. — *Modelo de shantung con adorno del amplio pañuelo en chiffon rojo. Ausencia de cuello y cinturón también en rojo.*







12. — *Otro modelito de cuello y pechera en cortes diagonales. Adaptable a vestidos en tonos verdes o marrón.*







10. — *Modelo en azul marino con moteado en blanco. Cuello y puños visibles también en blanco. Sombrero azul.*

11. — *Vestido para deporte, sin mangas y con amplios plegados sobre la falda. Adornos de botones y cuello estilo saco.*



13. — *Modelo en crêpe blanco con saquito en terciopelo rojo. Plegados visibles sobre la falda y cinturón con hebilla.*

14. — *De una sola pieza y hecho totalmente en crêpe con mangas y falda largas. Sombrero en blanco con cinta verde.*

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING


Greta Garbo

★ Diariamente acostumbro a dedicar media hora del tiempo que esta página me deja libre para meditar sobre cosas serias. Sí, así como suena; sobre cosas serias. Porque aunque los lectores no lo crean, yo también tengo mis momentos graves, "mis instantes de recogimiento espiritual", como diría cualquier literatillo cursi. Y he aquí que en uno de esos momentos llegué a una conclusión tremenda. Señores: yo merezco un premio. Claro está que ustedes sonreirán y se abotonarán el bolsillo creyendo que voy a iniciar una colecta. Nada de eso. El premio de que hablo me lo debe dar la patria. ¿...? No entienden, ¿verdad? Pues voy a expresarme con más claridad. Desde que se inició esta página me consta que muchas personas a quienes antes no les interesaba un comino el cinematógrafo ahora se sienten atraídas por él. Pero esto es lo de menos. Mi fuerte no reside ahí, sino en el impulso que estoy dando a la literatura nacional, es decir, a la representada por nuestra juventud, por esa legión de muchachos robustos y rollizos, por esos hijos que mañana serán orgullo de la patria, por esos jovenzuelos que audazmente toman la pluma y estampan con toda seriedad los primeros retoños literarios surgidos de sus cerebros, por esos... (me parece que esto está tomando visos de discurso, y por eso no sigo). Y ¿qué decir entonces de las cartas en que una lectora, tras de preguntarme cuándo nacieron Barry o Ramón se descuelga de inmediato con una descripción lírica de sus ojos, de su boca y demás partes del rostro? ¿Y cuando alguien me detalla muy adormecedoramente cómo piensa conquistar a Hollywood, o la impresión que le causaron el alma de Greta o las piernas de Marlene? ¡Aquello sí que es literatura, aquellos sí que son pensamientos elevados, facilidad de pluma, cerebros despejados, jóvenes, frescos!

Gary Cooper


Warner Oland

Y yo, señores, que soy quien carga con todo eso, que diariamente inspecciono la semilla, que callo, que observo y que medito, ¿no es cierto que merezco un premio? Hace ya seis meses que aguardo que alguien diga algo, pero veo que es inútil. Por eso, haciendo un esfuerzo enorme para ahogar mi natural modestia, he decidido hablar yo. Con decirles que hasta tengo pensado el nombre que deben ponerle... Podrían titularlo "Premio a la paciencia". Y con él me recompensarían mis largos momentos transcurridos en la lectura de las errabundas aspiraciones literarias de mis lectores...

★ Después de comunicarle que **ELINOR FAIR** acompaña a **WILLIAM BOYD** en El barquero del Volga, paso a decirle que, en efecto, tengo a veces esas ideas con respecto a mis lectoras, aunque mi natural discreción me impide hacerlas públicas. (Es decir, mi discreción y el deseo de mantener la clientela.) Asegura usted que es casada, y me advierte que no se me ocurra contestarle con alguna tontería que pudiera provocar un duelo. ¡Con lo romántico que sería eso! ¡Porque ya me veo posando para los fotógrafos, con mi nombre estampado en los periódicos, Mundo Argentino que me dedica una doble página, recibo telegramas de todas partes, las multitudes me acompañan al campo, veo una vaquita por aquí, otra por allí, los padrinos me aguardan, uno de ellos me pregunta cuándo nació **RAMON NOVARRO**, yo le contesto tirándole algo por la cabeza, el gentío chilla desaforadamente, me piden que hable, yo siento que me ruborizo, bajo los ojos modestamente y hablo; digo que **BARRY NORTON** tiene los ojos obscuros, que **MONA MARIS** no ha muerto y que **GRETA** calza el 42; entonces siento que algo golpea con violencia mi cabeza, me doy vuelta y observo a una dama con un rodillo en la mano y un cartelito en la otra que dice: **Soy garbista**: más por respeto al rodillo que a la dama me hago el sueco y silbo; llega al fin el momento decisivo. Me dan un revólver, recibo las instrucciones, extiendo el brazo, cierro los ojos, y siento que alguien, compasivo, susurra a mi oído: "¡Por favor, compañero! ¡No se olvide de darle recuerdos a Rodolfo Valentino!" Esto es demasiado, no puedo más, hago un esfuerzo, y... disparo. Disparo todo cuanto me lo permiten mis piernas, que en esos momentos parecen tener un motor de 50 H. P. Y ya de nuevo en la redacción, juro no contestar jamás con tonterías a las señoras casadas que me escriben...

a **Walking with King.**


MONA MARIS

Lugar de nacimiento: Buenos Aires.
Fecha: 7 de noviembre de 1910.
Nombre verdadero: María R. Amidee Capdevielle.
Ojos obscuros.
Cabello negro.
Estatura: m. 1.65.
Soltera.

Sin pretender compararla con las grandes estrellas del firmamento cinematográfico actual, podemos elogiar en Mona, ante todo, la sensibilidad de su arte, y luego la delicadeza con que actúa. Dotada de un físico no muy atrayente, supo, sin embargo, descollar aun en películas mudas para triunfar e imponerse luego definitivamente en las parlantes. El mérito de su actual posición es tanto más elogiable cuanto que tuvo que luchar con los elementos extraños que toda actriz halla en tierras extranjeras. Podemos, pues, sentirnos orgullosos de esta compatriota que tan dignamente nos representa en Hollywood.

★ Comprendo perfectamente lo que quiere usted decirme en su carta. Por mi parte, lo único que me resta es hacerle recordar aquello de que en materia de gustos... **MONA MARIS** no es estrella, y la última de **JOSE MOJICA** es **La ley del harén**, con **CARMEN LARRABEITI.**

a **Lucy.**


Lillian Gish

★ Cuando alguna lectora se indigna epistolarmente contra mi falta de atención para contestarle con la prontitud que merece, opto por callar, por sonreír y por recordar que en el ómnibus, en el tranvía y hasta en los colectivos mi natural sentimiento humanitario me induce a ceder el asiento a las damas, aun cuando sean de treinta y cinco para arriba. ¡Pero no hay derecho, señores, para que deba hacer lo mismo con un lector! Yo jamás le he cedido el asiento a ningún hombre y tampoco voy a permitir ahora que un joven intente gritar más que yo. Porque tal es el caso de este señor que asegura que yo "le estoy tomando el pelo" ¡porque me ha hecho una pregunta y no se la he contestado! Por supuesto, sí yo le digo que esa carta que él dice haber enviado no la he recibido, no lo creerá. Por eso no se lo digo. Pero, en cambio voy a advertirle que no se haga tanta mala sangre, que en esta página los líos están de más; que no se ponga serio después de leer esto y, por sobre todo, que no siga creyendo que yo le tomo el pelo. ¡Como que él sería uno de los pocos hombres a quienes yo le cedería el asiento en el ómnibus!... Bueno. Envíe a cualquiera de estas direcciones abajo indicadas una carta detallando sus aspiraciones, la situación en que se encuentra, sus conocimientos artísticos, sus especialidades y un detalle físico lo más exacto posible, acompañando todo eso, si es posible, con una fotografía. Paramount Publix Studios, Hollywood, California. Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. Warners First National Studios, Burbank, California. Fox Studios, 1401, N. Western Ave., Hollywood, California.


Wallace Beery


Carmen Larrabeiti

a **¿Seré Astro?**

★ A **GARY COOPER** escríbale a Paramount Publix Studios, Hollywood, California. No; aquella desdichada intentona mía de convertir esta página

¿Greta Garbo o Marlene Dietrich?

(DE NUESTRA ENCUESTA ENTRE LOS LECTORES)

Señor juez:

¡Greta es incomparable! Hay en su belleza nórdica algo de exótica aurora boreal y de pálido sol de Escandinavia, que embellece de su luz al contacto, todo lo que la rodea. Es, sobre todo, artista y, por el divino don de su arte superior, siento el alma bañada de luz, cuando aparece ella en la pantalla.

Su voz, que modula tierna y apasionada, vibrante y dolorosa, suena en mis oídos como música y aleteos de pájaro herido y me llama a compartir su drama, porque su vida en la pantalla es siempre hondamente humana.

Por sus ojos cargados de ensueño y de misterio, por su boca sabia en besar, por su melena, pálida aureola que parece iluminarla, por la luz de su alma y la transparencia de su pensamiento y por la sublimidad de su arte, yo doy mi voto a Greta Garbo.

PEPITA ALONSO.
Terrada 908, Capital.

Señor juez:

Greta Garbo en la cinematografía mundial era un astro de primera magnitud que brillaba con luz propia, irradiada por su formidable talento y sus dotes artísticas. Fué la primera en su género, pero no la única.

Marlene surgió de la obscuridad dispuesta a derribar toda la inmensa fama de su rival; a conquistar laureles, noble ambición, por cierto de quien tiene fe en sus méritos. Y lo ha conseguido, ha triunfado. Prueba de ello la tenemos en el inmenso público que la aclama, y en la portentosa actuación que ha tenido en sus películas "Marruecos", y "Fatalidad".

Marlene encarna sus papeles con fidelidad asombrosa, sin ningún esfuerzo, como debe hacerlo una mujer que ha nacido artista. En este punto es en donde demuestra su superioridad, pues en todas sus interpretaciones, la estrella sueca tiene que hacer uso de toda su voluntad para compenetrarse exactamente en su papel de protagonista; cosa que la alemana realiza con entera facilidad.

Por eso Greta no podrá jamás igualar a Marlene: la más alta personificación del arte, la perfección misma.

LUIS ISERN.
Loria 450 Dto. 4, Capital.

Manera de desprenderse de un cutis malo

(Del "Woman's Realm".)

Es una tontería intentar cubrir un color cetrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. El "rouge" u otras substancias similares aplicadas a un rostro trigueño, sólo sirven para hacer más visible el defecto. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia un poco de cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

en algo serio y digno de la bondad del séptimo arte no se debió a que hubiera cumplido los 22, ni a que me hubiera enamorado, ni nada por el estilo. Fué sencillamente debido a que advirtiendo que esto ya no era un correo cinematográfico, sino un correo de confianza quise enmendar las cosas. Y ya habrá visto usted que "quise" hacerlo nada más...

a Salomé.

★ La que se arroja por la ventana en **Inspiración** es una nueva actriz llamada **KAREN MORLEY**, una morocha **nacida en Ottumwa (EE. UU.)**, el **12 de diciembre de 1911**, y a la que pronto volveremos a ver en **Susan Lenox**, también con la sueca. Sí; está usted en lo cierto, pues **GARY COOPER** también participó en **Alas**, aunque haciendo un papel corto y de muy poca importancia. Recuerdo a aquel actor que trabajaba con **PERLA WHITE** en **La ratera relámpago**. Era **WARNER OLAND**, un sueco a quien habrá visto seguramente en **El crimen del estudio, El misterioso doctor Fu-Man-Chu**, o **La astucia de Chang**, y que se presentó nuevamente en **El camello negro.**

a Provinciano.

★ Está visto que **BARRY**, nuestro querido porteño, es un pebete que puede vivir sin trabajar. Es decir, vivir en el corazón y en los labios con rouge de todas sus admiradoras, y sin trabajar en los estudios. ¡Porque hace rato que no lo vemos en la tela! La última vez fué con **MARLENE DIETRICH** en **Fatalidad**, desempeñando un rol de escasa importancia. ¡Ah, pero eso no es obstáculo para que las porteñas lo sigan adorando, aunque no sea más que por no perder la costumbre! Esta lectora, por ejemplo, es una de ellas. ¡Y cómo lo adora! ¡Y cómo se lo comería si fuera posible! ¡En fin ¡Lo peor de todo es que yo, que soy hombre, tengo que aguantar el chubasco de frases melosas que semanalmente le arrojan algunas "barristas" y encima darles la dirección de él! ¡Me da una rabia!... ¡Grrr! A Barry escríbale a Paramount Studios, Hollywood, California. Y ojalá se pierda la carta.

a Loli.

★ **LILLIAN GISH** nació en **Springfield (EE. UU.)**, el **14 de octubre de 1896**; mide m. 1.60, tiene ojos azules y cabello rubio. Soltera. Sus mejores films fueron: **Rómola, La letra escarlata, El enemigo, La rosa de los vientos y La boheme.** Con motivo del advenimiento de las parlantes se retiró de la pantalla, dedicándose nuevamente a las tablas, pero últimamente parece que estaba dispuesta a retornar al cine.

a Un curioso por Lillian.

★ **NEDDA FRANCY** es argentina y **La vía de oro** me ha parecido, considerando las condiciones en que fué filmada, bastante buena. No: **ROD LA ROCQUE** y **VILMA BANKY** aún no se han divorciado, y lo que es peor, parece que no piensan en hacerlo. ¡Qué originales!, ¿verdad?

a Una gordita que adora.

★ Muchas gracias por todo y créame que lamento mucho tener lectoras como usted. De todos modos, me consuela el convencimiento de que su caso es una excepción única.

a Mendocina ofendida.

★ **DOROTHY JORDAN** se llama así en su vida privada, y puede escribirle **la siguiente carta a METRO GOLDWYN MAYER STUDIOS, CULVER CITY, CALIFORNIA. Dear Dorothy; since the day I saw one of your first pictures I became one of your most devoted fans. There is something I want to ask you. It is one of your photos. Will you send it to me. I hope you will. Yous sincerely.** (Firma.)

a Un adm. de Jordan.

★ Aunque les diera la dirección de la compañía cinematográfica donde el malogrado **FRED THOMSON** actuaba, no lograrían obtener la foto que desean. Es probable, sin embargo, que la puedan ustedes conseguir en alguna de las librerías del centro de esta capital, donde acostumbran venderlas.

a Dos porteñitos.

★ Este lector me dice si puedo enviarle "la dirección del malogrado y simpático **RAMON NOVARRO**". Y aquí me hago un lío, porque no sé si al pobre **RAMON** lo van a matar como hicieron con **MONA MARIS** o si el lector puso malogrado por agradable, bonito, picarón, etc. Bueno; disimulemos en esta primera intentona de asesinato a larga distancia. A este actor escríbale a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California**, con estampilla simple de diez centavos.

a R. M.

★ Se conoce que esta lectora se enteró de que yo, cierta semana dije, que me preguntaran cualquier cosa menos que si **MONA MARIS** había muerto, y ahí nomás me despacha una carta preguntándome qué pintura es la más conveniente para pintar un par de floreros de cristal. Claro está; la pregunta tiene gracia o, por lo menos, a mí me la ha causado. ¿Verdad que usted, lector, opina que tengo lectoras muy graciosas?

a Ella.

★ Si cuando el otro día al citar a los artistas argentinos residente en Hollywood no mencioné a **IMPERIO ARGENTINA**, ello se debe a que vive en Francia, cerca de Joinville, donde la Paramount tiene sus studios. ¿Que **BARRY NORTON** está por casarse con **MYRNA LOY**? ¡Nooooo! ¡Los porteños tienen mucho mejor gusto! Drácula me pareció bastante aceptable. **RAMON NOVARRO** no afila con **DOROTHY JORDAN** ni **JOSE MOJICA** con **MONA MARIS.** Pero ¿se puede saber de dónde salen semejantes chismes?

a Princesita deliciosa.

★ Dice usted que luego de haber trabajado tres años en la provincia marcha a Hollywood; que se ha estado carteando con **GRETA GARBO** desde hace más de dos años, y que un par de meses atrás ella le escribió preguntándole con qué capital contaba; que usted le dijo que tenía dos mil pesos y entonces ella le contestó asegurándole que con que tuviera para el pasaje era suficiente, pues su estada allí corría por cuenta de ella. Bueno, amiguita. Su carta acabo de recibirla hoy, y hoy mismo la contesto sin hacerle esperar turno, porque deseo advertirle que está usted siendo víctima de una broma de muy mal gusto o de una estafa que le puede acarrear muy serios trastornos. ¿No le parece ridículo suponer que **GRETA**, que ni siquiera contesta las cartas de sus admiradores, que es una mujer retraída, que selecciona estrictamente sus relaciones, va a convertirse así, de golpe y porrazo, en protectora de una muchacha argentina que quiere ir a Hollywood? ¿No sabe usted que **GRETA** recibe diariamente una enorme cantidad de cartas de recomendación provenientes de personas riquísimas y a las que ella no presta la menor atención? No dudo que todo esto no lo ha pensado usted. Por consiguiente, yo le ruego que en cuanto se entere de esto me remita por correo esas cartas que usted dice que **GRETA** le ha enviado. Y así podré ver qué hay de cierto en todo eso.

a Una tucumanita.

★ Ese que hace el papel de salvacionista en **Salvada** es nada menos que **CLARK GABLE**, el galán que más furor causa en estos momentos en Hollywood. En efecto, además de ser muy buen actor, agrada por el dinamismo y la sensación de hombría que de él emanan. **Nació en Ohio (EE. UU.)**, el **1 de febrero de 1901.** Mide m. 1.80; tiene ojos grises, cabello castaño, y está casado por segunda vez. Pronto lo veremos en **Susan Lenox** con **GRETA GARBO.** No; no es nuevo en el cine, pues actuó, siendo extra nada menos que en **El precio de la gloria** con **VICTOR MAC LAGLEN** y en **Madame X** con **PAULINE FREDERICK.**

a Loca por él.

★ Les juro que ya empezaba a disgustarme por las desatenciones de mis lectoras. ¡Después de los tremendos calores que mis ciento y pico han tenido que soportar, ni una sola de ellas se ha molestado en preguntarme cómo había quedado yo, si había sufrido o si había rebajado de peso! ¡Menos mal que ustedes salvaron la situación! Pues, sí; estos calores me han tenido a mal traer, nervioso, bufando siempre. ¡En fin!, una calamidad. Menos mal que obtuve permiso para llevar todo mi archivo a la azotea y poder trabajar allí. Pero a veces ni con eso estaba cómodo. De repente un papel se volaba, y tenía que suspender el trabajo para correr detrás de él. A propósito de esto recuerdo que una vez se voló uno y tuve que pasar diez minutos haciendo piruetas por los tejados para poder darle caza. Y cuando lo recuperé pude comprobar que aquello era una simple hoja de papel en blanco... ¡Dichoso papel ¡Y que lindo papelón!...

a Dos fervientes kingastas.

La COPA

Una muchacha va a ser sacrificada por dos hombres que la tienen secuestrada en un misterioso castillo; pero la oportuna intervención de un desconocido la salva de perder la vida cuando parecía inminente que la infeliz caería envenenada.

LA tarde caía lentamente y las sombras que anuncian la noche avanzaban por las montañas, cuando Juan, cargado con su pesada alforja, se detuvo mirando a su alrededor, después de una caminata de ocho horas.

Era un problema muy grave encontrar albergue en esa solitaria región. Juan recorría Francia a pie, y una vez visitados los campos de batalla y cansado de la monotonía y de la naturaleza triste de sus recuerdos, se encaminó hacia el Sur, donde estaban las colinas boscosas de los Vosgos. Y en este crepúsculo particular, perdió su ruta. Se detuvo, por consiguiente, para descansar un rato y para examinar los alrededores.

Su izquierda estaba limitada por una ladera cubierta de árboles, y su derecha, por un río cuyas aguas se deslizaban suave y silenciosamente. Adelante, en la propia cima de la montaña, se adivinaba, más que se veía, una torre, y al lado una casa. El débil resplandor de la luz lunar, visto a través de las nubes, presagiaba algo más que una sospecha, cosa más que suficiente para que el viajero apresurara sus pasos colina arriba.

Al parecer, era la única probabilidad de albergue que existía en tan solitarios parajes.

¿Y si el castillo estaba deshabitado?

El sendero que nacía en los álamos de la ribera, cruzaba primero un bosque de hayas y después otro de pinos. En el bosque la obscuridad era tal, que tuvo que caminar a tientas. A veces se salía del camino. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, llegó a un espacio libre, en la cima, donde se levantaba el castillo. Parte de la torre estaba en ruinas. Indudablemente, este castillo debió pertenecer a algún señor feudal. La casa, edificio cuadrado del estilo clásico del Gran Monarca, con pesadas cornisas y volutas en las puertas y ventanas, se hallaba a la izquierda. A pesar de tener las ventanas con postigos cerrados y de no verse luz alguna, el lugar parecía habitado. La fuerte puerta de roble, con su llamador de bronce, le daba un aspecto profundamente inhospitalario. El llamador era tan pesado, que parecía más bien un desafío a la mano del hombre para que lo levantara. Esa puerta daba la sensación de que sólo podía ser abierta por un gigante. Ahora Juan pensaba que había trepado en vano. Sin embargo, no se desconcertó y decidió hacer una tentativa. Se encaminó a la puerta, levantó el llamador con cierto trabajo y lo dejó caer tres veces sucesivamente.

Esperó un largo rato. La luz de la luna bañaba por completo el castillo. Los viejos muros se iluminaron mostrando trozos de estuco caído y verdes manchas de líquenes. Había en el ambiente un no sé qué fantástico y monstruoso a la vez. Juan estaba acostumbrado a la desolación de la guerra; pero ésta era muy diferente: algo que le resultaba nuevo y extraño. Transcurrido cierto tiempo, llamó de nuevo. Silencio. Ya estaba por irse cuando lejos, detrás de la puerta, oyó ruido de pasos, y esperó entonces con curiosidad y terror. Los lentos pasos se hicieron más fuertes, luego vacilaron y siguieron adelante. Una mano corrió los cerrojos y la puerta se abrió lentamente unas cuantas pulgadas. La débil luz de una vela alumbraba una cara con ojos inquisitivos.

Era el rostro de un anciano de cabeza pequeña, cuello largo y delgado, casi flexible como el de una serpiente, facciones contraídas y expresión grave; de ojos penetrantes y hundidos, de nariz afilada, labios herméticos y barbilla puntiaguda. Juan lo miró fijamente un momento. No habló. El anciano le dirigió una mirada de enojo, desconfianza y antipatía.

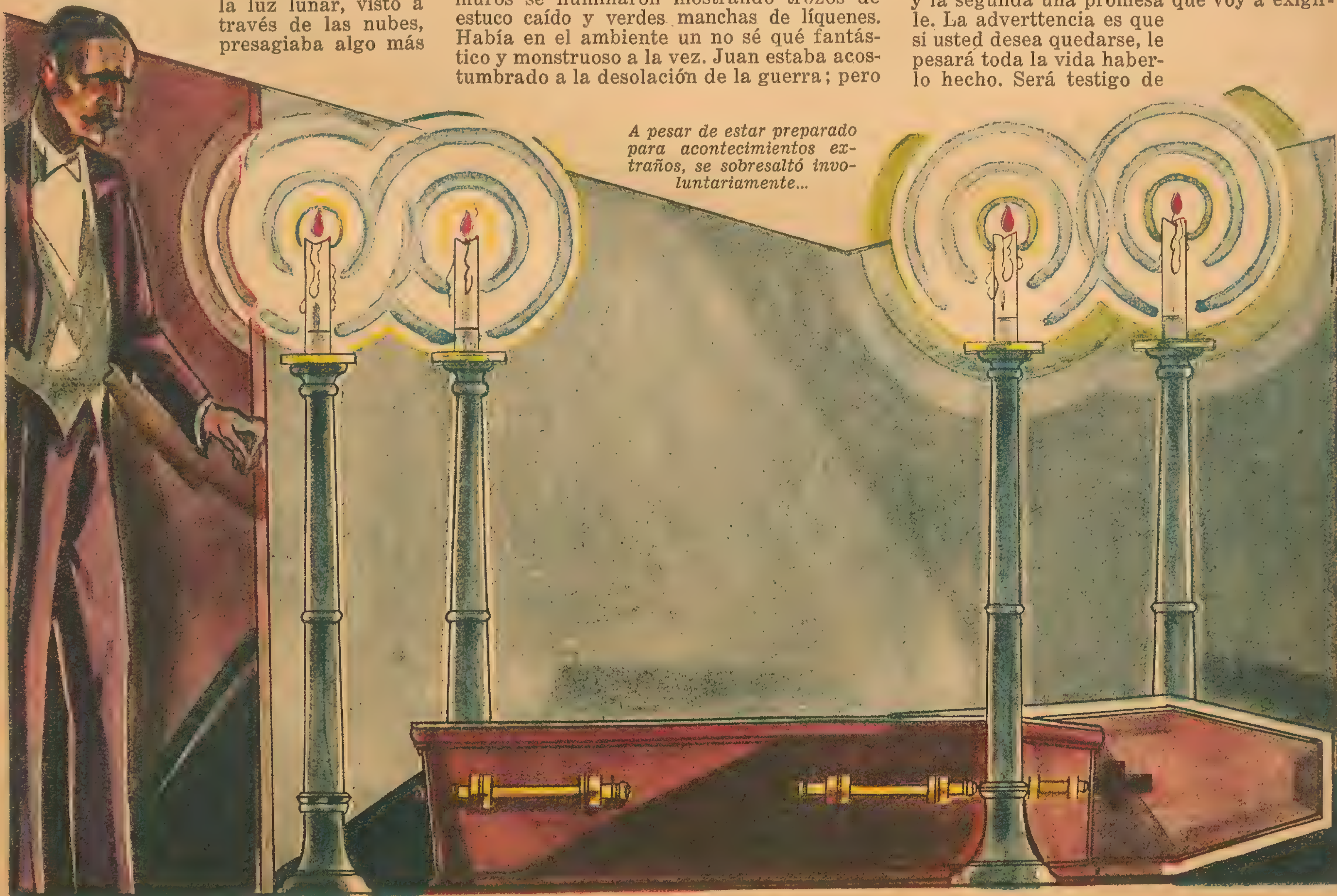
—¿Qué pasa? Aquí nunca viene nadie. ¿Qué desea?

— Asilo por esta noche — contestó el caminante. — He perdido mi camino.

—¡Asilo por esta noche! — repitió el anciano. — ¡Y nada menos que esta noche! ¡Es imposible! No, no puedo.

—¡Vaya un recibimiento! — replicó el viajero, un tanto picado y herido en sus sentimientos. — ¡No era así en 1914!

— Usted es inglés — dijo el anciano lentamente. — Usted es inglés, pero habla perfectamente el francés. ¿Ha peleado por Francia? En este caso, entre. Si insiste en que le dé asilo, entre, aunque sea esta misma noche. Pero antes tengo que comunicarle dos cosas. La primera es una advertencia y la segunda una promesa que voy a exigirle. La advertencia es que si usted desea quedarse, le pesará toda la vida haberlo hecho. Será testigo de



A pesar de estar preparado para acontecimientos extraños, se sobresaltó involuntariamente...

ENVENENADA

Un cuento de
J. SACKVILLE MARTIN

cosas que jamás podrá olvidar. En cuanto a la promesa, le exijo que dé su palabra de honor, o mejor, su juramento más sagrado, de que no dirá a nadie lo que haya presenciado. Ahora elija. Entre o siga su camino.

—Estoy cansado y tengo hambre. Y no sé dónde hallar un lugar en que pasar la noche. Sus asuntos sólo a usted le pertenecen. Yo no diré nada a nadie. Le doy mi palabra de honor, se lo juro por lo más sagrado, de que olvidaré, ya que usted lo desea, todo lo que pueda ver, y que jamás nadie sabrá nada por mí.

—Yo no pido que usted lo olvide — replicó el hombre alto. — Esto estaría más allá de su voluntad. Lo que deseo es que nadie más que usted lo sepa.

Dicho esto, se puso a un lado para dar paso a Juan, quien entró en un enorme salón. Apenas si era posible darse cuenta del tamaño de la habitación a la pálida luz de la bujía que el anciano sostenía en su mano. El huésped, mirando a su anfitrón, notó que vestía frac y que pendiente del cuello llevaba una cinta y una estrella, símbolo de alguna orden de caballería. Esperó en silencio.

El hombre alto cerró la puerta con cerrojo y puso una tranca. Hecho esto, mostró el camino a través del salón. Juan lo seguía. Ante una puerta interior, el guía se detuvo.

—Recuerde su promesa — dijo él solemnemente. — Si usted no se siente con fuerzas para poder guardarla, aún está a tiempo. No tiene más que volver sobre sus pasos. Lo acompañaré hasta la puerta.

—He dado mi palabra de caballero — contestó Juan con firmeza. — Yo no soy de los que se desdicen.

—Entonces, adelante — replicó solemnemente el anciano. — Pero antes permítame que me presente. Este es el castillo de Irrillac. Yo soy el conde de Irrillac, último descendiente en línea recta de una familia antigua, cuando San Luis partió para Tierra Santa.

—Me llamo Juan Maskell — contestó a su vez el viajero. — No dudo de que usted descienda de una familia antigua, cuando San Luis partió para Tierra Santa, aunque no tenga el placer de conocerle.

—No se burle de mi orgullo de familia — replicó el conde fieramente. — Trate de comprenderlo De otro modo, no podrá entender nada de lo que tendrá lugar esta noche en este castillo.

Abriendo la puerta de un empujón, se hizo a un lado para dar paso al viajero. Cuando éste entró en la otra habitación, y a pesar de estar preparado para acontecimientos extraños, se sobresaltó involuntariamente, retrocediendo un poco. Y miró al conde como si le exigiera una explicación. El señor del castillo permanecía silencioso, con la vista clavada adelante, tranquilamente severo.

Los artesones blancos y dorados predominaban en este otro salón. La puerta por la que habían entrado se hallaba frente a la chimenea de columnas y repisa de mármol tallado de estilo barroco. No había fuego. A la derecha, se veían dos altas ventanas, y al final de la habitación otras ventanas con

(Continúa en la página 55)



TODA UNA ESPOSA

(Continuación de la pág. 5)

su puesto, y luego... Había pasado los mejores años de su vida en esa casa. ¿Quién volvería a emplearlo después con tan buen sueldo? Esto era para él una obsesión y un calvario.

Juliana también se preocupaba por su lado. ¿Qué sería de su casa, que tantos sacrificios le había costado? ¿Y qué sería también de sus muebles? Tendrían que volver a vivir miserablemente, como al principio.

De pronto Juliana se sintió poseída de la energía que tuvo cuando luchaba para ella sola. "Ahora — pensaba — tengo que luchar por mis hijos y por Alvaro."

Y una mañana se fué a la ciudad, como tantas veces lo había hecho antes, y se dirigió a la casa Darrey. Llegóse hasta el mostrador. Un empleado le preguntó:

— ¿Qué desea?

— Soy la señora de Dean.

— ¡Ah! ¿Cómo sigue Alvaro?

— Bastante bien, a Dios gracias. Desearía hablar con alguno de los patrones.

— En mi opinión, le convendría ver al señor Corvalán.

— ¿Le parece que me recibirá?

— Si no está ocupado, estoy seguro que sí.

El empleado entró a una oficina y salió en seguida.

— El señor Corvalán la recibirá a usted inmediatamente. ¿Quiere tener a bien pasar, señora de Dean?

Nerviosamente siguió al empleado. Junto a su gran mesa escritorio un señor se puso en pie para saludarla. En seguida la invitó a tomar asiento, y él ocupó el suyo.

— ¿Cómo está el enfermo, señora?

— Sigue muchísimo mejor, señor Corvalán; pero, posiblemente, tardará todavía un año en volver — dijo ella haciendo un gran esfuerzo.

— ¿Un año? ¡Tanto tiempo! Deseábamos guardarle su puesto, pero, francamente, va a ser imposible por tanto tiempo.

— No es por esto por lo que he venido a verlo, señor Corvalán, sino para hacerle una proposición: que tal vez yo, si usted lo consintiera, podría ocupar el puesto de mi esposo hasta que él pudiera volver.

— ¿Usted?

— Sí — repuso ella, emocionada; — tenemos dos hijos, algunas deudas, y sería terrible que Alvaro se quedara en la calle.

— Lo comprendo. Pero, dígame, estimada señora, ¿qué capacidad tiene usted para pretender ese puesto?

— He estado empleada antes de mi matrimonio; he tenido un puesto de confianza, como secretaria de un señor. Es cierto que este señor no era comerciante, pero he oído tanto a mi marido hablar de su trabajo, que me creo capaz de ponerme al corriente en pocos días.

El señor Corvalán reflexionó: "Tengo que pagar el sueldo a Dean durante un año, ¿por qué no aprovechar el trabajo de su esposa? Parece inteligente. Es cierto que en la casa no hay mujeres, excepto las taquígrafas, pero..."

Le agradó la franqueza de Juliana. Podía ella muy bien haberse quedado en su casa, recibiendo el sueldo como de costumbre, y, en cambio... Se levantó, abrió una puerta y llamó:

— ¡Galván!

Y Juliana sabía que Galván era el jefe de Alvaro, pero nunca esperó encontrarse frente a frente con semejante hombre.

— Galván, ¿cómo se arreglan ustedes ahora, con la ausencia de Dean? — preguntó el señor Corvalán.

— Hasta ahora bien, señor.

— ¿No les hace falta más personal? Porque ocurre que, posiblemente, Dean demore todavía un año en curarse. Esta señora es su esposa.

Galván saludó a Juliana con dureza.

— Nos ofrece sus servicios hasta que su esposo pueda volver. Espero que la noticia le agradará.

— ¡Pero, señor Corvalán, no es ese un puesto para mujer!

— Las mujeres hoy día están acostumbradas a trabajar en cualquier puesto — dijo Corvalán, sonriendo.

— Es usted quien debe decidir, señor — repuso Galván fríamente.

— Ya lo he decidido. La señora comenzará el lunes. Está acostumbrada al trabajo de oficina. — Y volviéndose hacia ella, le dijo: — Bien, señora; desde el próximo lunes estará usted a las órdenes del señor Galván.

El señor Corvalán dió la mano a Juliana, pero Galván no... Esto la tuvo a ella sin cuidado; toda su alegría estaba cifrada en que cuando Alvaro se curara se encontraría con su empleo, y que las cuotas podrían pagarse regularmente.

¡Con cuánto placer trazaba sus planes! Lucy quedaría en la casa efectiva, pagándole algo más. Tendría que hacer toda la limpieza, ocuparse de los chicos, realizar las compras diarias, en fin, se convertiría en un ama de casa.

El lunes por la mañana, cuando Juliana salió para su empleo, se sintió libre. Tenía de nuevo un sitio en el mundo; sentíase más joven. Durante el viaje se entretuvo en leer el diario, cosa que en su casa nunca podía hacer.

Llegó a lo de Darrey a la hora exacta. Con quien primero tropezó fué con ese hombre antipático, con el que estaba segura de no hacer buenas migas. Pero esto no la preocupó mayormente.

— Buenos días, señor Galván — dijo al entrar.

— Buenos días. Su sitio es ése. Cobo le dirá a usted qué es lo que tiene que hacer.

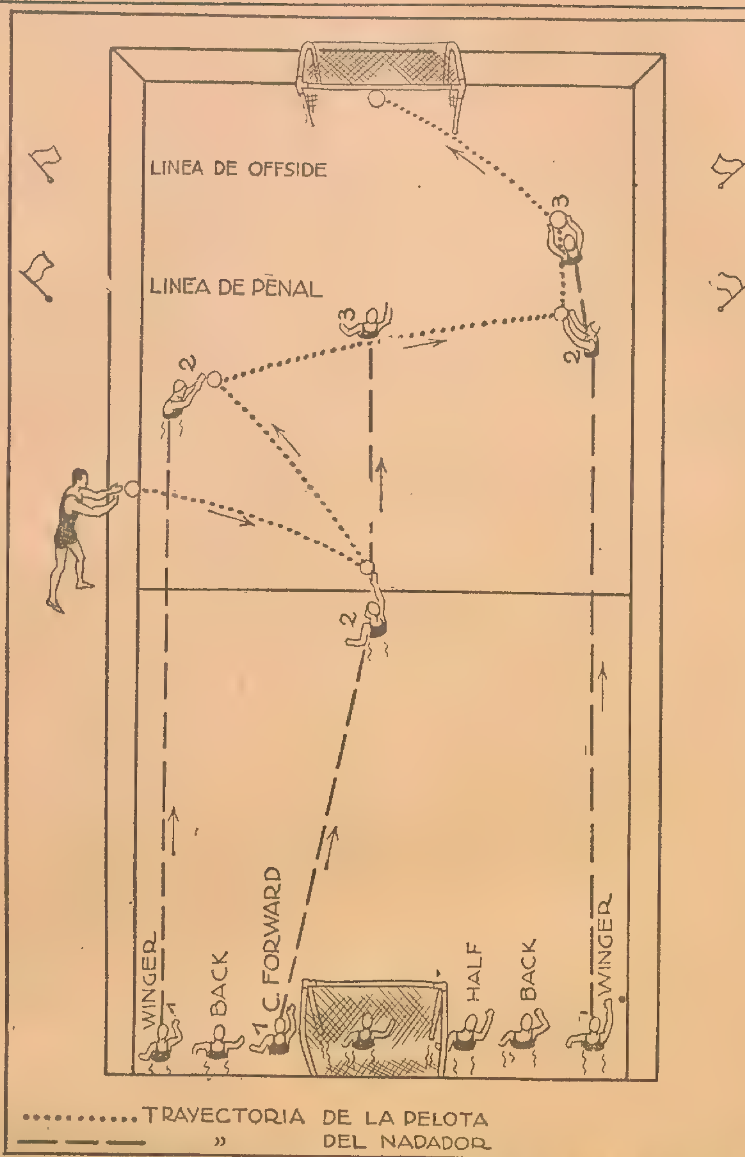
Vino hacia ella un muchacho de cabellos colorados, al parecer inteligente, y la trató con mucha más amabilidad que el señor Galván.

— Su sección es ésta: "Comercio del interior" — le dijo Cobo.

Un hombre que estaba sentado en otro escritorio se adelantó hacia ella para decirle:

— Me llamo Rey, señora, y estoy a sus órdenes. Si ese muchacho no puede ayudarla, permítame que yo la ayude en lo que sea posible.

(Continúa en la pág. siguiente)



MI JUGADA FAVORITA

Por MAURICIO ZUCKERMANDL

El waterpolo no es nada más que el football practicado en el agua. Cada equipo está integrado por siete jugadores que se distribuyen así: un goalkeeper, dos backs, un halback y tres forwards. Entre nosotros su práctica adquiere en cada temporada más interés, pues en los concursos que organiza la Federación Argentina de Natación y Waterpolo, los teams que los disputan aumentan progresivamente.

El juego resulta como espectáculo muy interesante, por ofrecer incidencias de interés y combinaciones que agradan. Y como por si la natación es un sport completo, se comprenderá que el waterpolo resulta aun más eficaz para el desarrollo físico de quienes lo practican. Entre los jugadores que más se destacan se encuentra el joven húngaro, Mauricio Zuckermandl, representante del Club de Gimnasia y Esgrima, que sólo cuenta dos años de residencia en nuestro país y 21 de edad. Zuckermandl comenzó a practicar natación en el natatorio del Nemzeti Sport Club, de Budapest, su ciudad natal, a los 14 años. En ocasión de disputarse las pruebas de natación en los Juegos Olímpicos realizados en Amsterdam en 1928, este aficionado fué seleccionado por su país como suplente del equipo que lo representó en ese torneo mundial.

Luego emigró a América y se radicó en Montevideo, en donde también siguió practicando su deporte favorito, evidenciando bien pronto sus excelentes cualidades de nadador y experto jugador de waterpolo, por eso cuando se realizó en 1929 el Campeonato Sudamericano en Chile, Zuckermandl fué integrante del conjunto uruguayo que en esa oportunidad se clasificó campeón. Mas tarde se trasladó a esta ciudad y desde su llegada milita en las filas de Gimnasia y Esgrima integrando el conjunto de primera división, que es campeón.

Es, pues, este aficionado quien ha de decirnos cuál es la jugada que más le satisface realizar durante la disputa de un partido. Invitado para ello, Zuckermandl se expresa en estos términos:

"Jugar waterpolo es mi favorita predilección, por cuanto es un deporte interesante y especialmente saludable. Explicar cómo ejecuto la jugada que más me place realizar no es difícil, pero para poder llevarla a la práctica es preciso saber eludir a los rivales que, claro está, tiene por misión anular la acción de los contrarios. Cuando se inicia el partido y el árbitro ha dado la señal, tanto yo, que juego de centro forward, como mis wingers, nos lanzamos resueltamente en procura de la pelota, ellos por sus costados y yo por el centro. Para apoderarme de la pelota trato de llegar antes que los rivales o eludirlos si llegamos juntos. Hecho con la pelota, doy una o dos brazadas si es preciso, o de inmediato la cedo indistintamente al winger que está menos vigilado, supongamos que sea el izquierdo, como lo indica el dibujo, entonces éste también avanza merced a unas brazadas, y con fuerza envía la pelota al otro winger, mientras que sigo nadando a la expectativa hasta colocarme en la línea del área penal, de tal manera que atraiga la atención de los backs adversarios y así poder facilitar la acción de mi compañero, que en poder de la pelota se sesga avanzando hasta cerca de la línea del offside, desde donde envía con fuerza la pelota al arco. Si logra hacerla pasar entre los postes habrá convertido un tanto, y mi jugada favorita quedará realizada, pero si el arquero consigue detener el tiro, yo desde mi situación y siempre a la expectativa, trato de apoderarme de la pelota del rechazo del arquero. En tales circunstancias realizo la jugada que más pueda convenir a mi team, para poder sacar ventaja del avance anulado por la eficacia del golkeeper rival."

Juliana sonrió agradecida. Un nuevo empleado se le acercó:

— Permítame que yo también la ayude, señora. Yo soy Haldín. ¿Cómo está su esposo?

El que quisieran ayudarla tanto le agradó mucho a Juliana. No dejó de notar que todos ellos parecían como agobiados. ¿Serían todos casados? ¿Tendrían todos las mismas preocupaciones?

En seguida se dió cuenta de que el trabajo de Alvaro, su trabajo ahora, consistía sólo en pedir mercaderías, ocuparse de los seguros en el intercambio y contestar cartas y telegramas. El viernes era día de correo y para ese día todos los asuntos de la semana tenían que estar listos.

El trabajo no era pesado ni difícil. Ella era hábil y pronto se puso al corriente. La hora del almuerzo llegó sin sentirla.

Por la tarde, interesada por su trabajo, se sentó en la silla que ocupaba Alvaro, bajo la bombilla de luz eléctrica, y se sintió satisfecha. Sin embargo, no dejó de preocuparle si Juan y David tendrían a su hora el té.

Pronto dieron las cinco. Rey y Haldín encendieron sus pipas. ¡Qué olor familiar! Alvaro también se sentaba ahí y fumaba su pipa. ¡Pobre Alvaro! ¡Cuántos años se había pasado sentado junto a esa mesa, entre esos compañeros, comprando los sábados cositas para ella y los chicos, o plantas para el jardín! ¡Y pensar que ahora estaba en el hospital con una pierna entablillada!...

Dieron las seis, que era la hora de salir. Durante ese día había dictado cartas, hecho cuentas, hablado por teléfono. Nada le extrañaría al siguiente, y en una semana o dos estaría completamente al tanto de todo.

Ya en la calle, un hombre se acercó a hablarle: era Haldín.

— Llevo el mismo camino que usted, señora. Lo sé porque lo hemos hecho siempre juntos su esposo y yo.

Le agradó a Juliana poder conversar un rato con ese compañero de Alvaro que parecía tan bueno.

— Debe resultarle extraña su nueva vida, ¿verdad?

— Al contrario, me hace el efecto de una vacación — dijo Juliana alegremente.

— Me lo imagino. Yo también soy casado, y casi nunca nos damos cuenta de lo mucho que trabajan las esposas en el hogar.

— En efecto. Los hombres jamás se dan cuenta.

— Sin embargo, no es muy agradable que digamos el tener que ir y venir a la ciudad.

— Pero uno sale, ve gente, cosas...

— Eso sí. — Hizo una pequeña pausa, y agregó: — ¿Ha entendido usted su trabajo?

— En un día es casi imposible enterarse de todo.

— Eso es verdad. La casa Darrey es, indudablemente, una casa muy solvente. Sus empleos son seguros, pero si uno es casado no hace carrera.

— ¡No diga! ¿Y por qué esa injusticia?

— A los solteros les dan representaciones en el extranjero. Claro que a nosotros nos aumentan el sueldo según nuestro comportamiento, pero no se deja de hacer siempre el mismo trabajo un día, y otro, y siempre.

— Es lo que le ocurre a Alvaro, ¿verdad?

— Exactamente. Nuestro trabajo, con sus complicaciones, es nuestra pesadilla. La misma pesadilla que para ustedes son los chicos y las compras.

Esto la descorazonó un poco. ¿Era verdad que Alvaro no mejoraría jamás de puesto en la casa?

— Su ómnibus para aquí. Buenas noches, señora de Dean; no llegue tarde mañana.

Se alegró de encontrarse sola. Desde la estación llamó al hospital y le dijeron que Alvaro seguía bien. Compró golosinas para sus chicos y tomó el tren.

Estaba cansada pero satisfecha. Alvaro llegaba alrededor de las siete y media, pero ella quizá llegase un poco más tarde. Desde el camino no vió luz en las habitaciones superiores de su casa. ¡Cómo deseaba ver a sus hijitos! Lucy le abrió la puerta y le dijo, sonriente:

— Ya están en la cama, señora. Los bañé y les estuve contando cuentos.

Desde arriba llegaba la voz de los chicos:

— ¡Mamita! ¡Mamita!

— Subiré a verlos.

— ¿Por qué no cena primero?

Pero Juliana no pudo substraerse al placer de ver a sus hijitos. Subió. Al entrar en el dormitorio fué asaltada por Juan y David, que la sofocaron con sus abrazos.

¡Esto fué un gran consuelo para ella! Recibir el homenaje de sus hijos después de un día de trabajo. ¡Ah! ¡Recién ahora comprendía el placer de tener hijos y casa, aunque ésta fuese tan dura de pagar!

Las semanas iban sucediéndose. Aunque ella se rebelase a creerlo, el trabajo de oficina la estaba cansando. No tenía ya veinte años. Tenía diez más y dos hijos.

El primero de cada mes recibía su cheque. Eso era lo que la alentaba. Un sábado por la tarde, como de costumbre, ella fué al hospital a visitar a su marido.

— Nunca pensé que llegaría a este extremo — se quejaba él. — A tener que estar acostado con una pierna en el aire.

(Continúa en la página 59)

CUENTO PARA LOS NIÑOS

La bondad siempre tiene su recompensa



EL día en que nacieron Pedrito y Juanita, su papá plantó un arbolito a cada lado de la entrada del jardín. El de Juanita era un cerezo y el de Pedrito un manzano.

Cierto día de primavera los hermanitos estaban atareados en sacar los yuyos que crecían alrededor de sus arbolitos cuando, de repente, oyeron un leve ruido, y, al levantar la vista, vieron parada frente al portón de hierro, una extraña anciana con un sombrero de grandes alas, y una capa de color azul. La anciana llevaba una enorme canasta.

— Buen día, hijitos — dijo la simpática viejecita. — ¡Qué lindas flores tienen ustedes!

Juanita se levantó y corrió a abrir el portón, exclamando:

— Son muy lindas, pero acérquese y verá qué perfume delicioso tienen. ¡No hay otras tan hermosas en todo el mundo!

— Siéntese en mi banquito — indicó el niño, — y le llenaremos su canasta con ellas.

La viejecita quedó encantada con el obsequio y se marchó feliz y sonriente, luciendo un gajito de manzano en flor en su sombrero.

Otro día, en que los hermanos se entretenían en juntar cerezas para postre, volvió a aparecer en la misma forma la simpática viejecita.

— Buen día, hijitos—les dijo como la primera vez. —¡Qué ricas cerezas!

—¡Entre y pruébelas!—invitó Juanita, abriéndole el portón.

— ¡Y mientras mi hermanita le llena la canasta, mire mis manzanitas que pronto estarán maduras! — dijo Pedrito.

Había llegado el mes de marzo. Pedrito trepado al manzano, recogía manzanas rosaditas y se las arrojaba a Juanita que las iba colocando en una cesta, cuando apareció por tercera vez la alegre viejecita.

— ¡Qué gloriosas manzanitas, niños! — exclamó.

— ¡Entre y vea qué sanas y apetitosas son! — gritó Juanita.

— ¡Y llene su canasta y lléveselas para comerlas y hacer compota — agregó Pedrito.

— ¡Vuestras flores eran lindas; vuestras cerezas y manzanas también fueron lindas, pero vosotros sois más lindos que todos, hijos míos, y como sois tan buenitos os traeré un regalo — dijo la viejecita al marcharse.

— ¡Oh! ¿Cuándo? — exclamaron los niños, saltando y palmoteando de alegría.

— Cuando la luna ilumine la copa de los árboles. Entonces verán lo qué es...

Riendo siempre, la anciana desapareció, y los niños quedaron mirándose con sorpresa.

Esa noche, Pedrito y Juanita se deslizaron de sus camas, abrieron la ventana de su pieza, que daba sobre el jardín, y miraron.

— ¡Mira! ¡Mira! — gritó Juanita. — ¡Ahí está la viejecita!

— ¡Y dos gnomos del bosque!... — agregó Pedrito.

— ¡Y fíjate..., traen arbolitos! — señaló Juanita.

La extraña procesión avanzaba por el camino blanco de luna. Adelante venía la viejecita, como sirviendo de guía, seguida por los dos gnomos con sus arbolitos a cuestas. Así entraron al jardín y en un periquete los plantaron al lado del cerezo y del manzano.

— ¡Bajen a verlos! — exclamó la

(Continúa en la página 59).



AQUI se REALIZARA *la* OLIMPIADA MUNDIAL *de* 1932



Una magnífica vista panorámica del Estadio Olímpico especialmente construido en el Parque Olímpico de Los Angeles para la realización de la Décima Olimpiada mundial a iniciarse el 30 de julio próximo, en la que intervendrán treinta y cinco naciones. Este estadio, en cuyas instalaciones fueron invertidos más de 7.000.000 de pesos, cuenta con una capacidad de 105.000 localidades numeradas, y aparte de sus espléndidos campo y pista, que servirán para las fiestas de apertura y clausura de los juegos, y para la disputa de los torneos mundiales de atletismo, ciclismo, carreras pedestres, hockey, equitación y rugby, tiene las oficinas especiales para delegados, funcionarios y jueces, así como también ofrece todas las comodidades necesarias para los representantes del periodismo y técnicos deportivos que concurran a los juegos. En esta hermosísima fotografía, concedida por el Comité Olímpico de Los Angeles, especialmente para MUNDO ARGENTINO a nuestro colaborador Néstor durante su reciente viaje aéreo a Estados Unidos, puede apreciarse la enorme amplitud del estadio que aparece aquí durante uno de los sensacionales matches eliminatorios para seleccionar los teams que defenderán los colores yanquis en la Olimpíada.

¿Es más ELEGANTE la mujer sin medias o con medias?



¿Ocurrirá con la moda de no usar medias lo que pasó con la melenita? Esto es lo que muchos se preguntan en este momento, cuando se ven por la calle tantas piernas desnudas. Como toda moda que rompe abiertamente con la tradición, ésta ha encontrado también sus enemigos y sus panegiristas. Unos afirman que es elegante, cómoda y juvenil como la melenita; otros, en cambio, se escandalizan o repudian una moda que, según dicen, resta feminidad y encanto a la mujer. Como las opiniones están tan divididas, hemos resuelto consultar a distintas personas: artistas, escritores, jóvenes de ambos sexos, y el resultado de ello es esta encuesta que ofrecemos a nuestros lectores para que juzguen según su manera de pensar:

BLANCA DE LA VEGA, considerada como una de las mejores recitadoras del país, que hizo una jira artística no hace mucho tiempo por Europa y obtuvo gran éxito, es una entusiasta de la flamante moda de las piernas femeninas sin medias. La hallamos en su casita cuando se disponía a salir, y le hacemos la pregunta de rigor. Sin titubear, la aplaudida intérprete del verso nos responde:

—No por vanguardista he aceptado la moda. Lo hago por comodidad, por frescura. Puesta a analizar si es o no elegante, opto por la afirmación. "Dice" bien una pierna desnuda, tostada al sol, con la frivolidad en blanco, por ejemplo, de un trajecito sport. Es lástima que los hombres no se hagan del todo a la moda y se vean por Florida ojos ávidos de catalogar las piernas de "avanzada".





EMILIA BERTOLE, pintora y poetisa de exquisito gusto, se muestra refractaria a la moda de las piernas desnudas. La encontramos en su estudio, en un momento de descanso de su intensa labor, y con ese modo tan femenino que ella tiene, nos habla con evidente sinceridad, pronunciándose en contra de la moda que ya está haciendo furor. He aquí sus palabras:

—La pierna vestida me resulta siempre más interesante (no digo más elegante; las he visto a "plein air" que quedan muy bien) que la pierna desnuda. La malla, aun la más inverosímil, le presta a las piernas la magia indudable de lo que no conocemos totalmente. Por mi cuenta, el desnudo absoluto, la luz excesiva, el "pan, pan, y el vino, vino", me hiere casi físicamente. Apasionada de lo impreciso, me gusta más sugerir que mostrar. Sobre todo, una realidad tan exigua como la de mis piernas.

Nos lanzamos a la calle Florida en esa hora en que el ir y venir de transeúntes es más envolvente, y con esa audacia que es privativa del periodista, detenemos a una de las tantas chicas elegantes que exhiben sus piernas sin medias y le hacemos la pregunta en cuestión. La muchacha, que es vivaz como todas las porteñas, no se turba siquiera ante la preguntita, y nos responde con un tono tan vehemente, que revela su entusiasmo. Canta un verdadero himno a la moda de las piernas al aire, y hasta afirma que todas las mujeres la adoptarán. Ella nos dijo:

—¡Claro que son elegantes las piernas al descubierto! Están a tono con el siglo y me encantan. No por snobismo: por comodidad. Y si ya nos acostumbramos a la elegancia del hombre sin sombrero, que ellos se acostumbren a la nuestra sin medias.

¿Es más FEMENINA la mujer con medias o sin medias?



En el escenario de la Opera, donde se activan los ensayos para la iniciación de la próxima temporada, encontramos a Lalo Bouhier, el galán que durante varios años actuó con Evita Franco y tiene envidiable prestigio, sobre todo, entre el elemento femenino, que siempre le aplaude con cálido entusiasmo en todas las obras que ha interpretado con mesura y buen gusto. Lalo Bouhier no titubea en decirnos que le parece francamente mal la moda de las piernas femeninas sin medias. He aquí sus palabras:

—No creo que la mujer deba mostrarse sin medias. Prefiero la insinuación de la malla rica y elegante. Estoy convencido que la desnudez que se muestra sin reparos y al que pase, resta feminidad. Confieso sin "atenuantes" que me produce mala impresión.



RAUL SCALABRINI ORTIZ, uno de los prosistas argentinos de más talento, que obtuvo recientemente el segundo premio en el Concurso Literario Municipal por su obra "El hombre que está solo y espera", en la que abundan agudas observaciones acerca del alma porteña y de nuestra metrópoli, recibe con cierta prevención nuestra pregunta. Pero luego nos dice:

—Si no proviniera de intenciones amigas, confieso que a esta preguntita hubiera respondido con sangrienta mordacidad. Ahora toda conciencia digna de ese nombre está atrozmente torturada por problemas enormes, revuelta por dudas, y a ratos enceguecida por odios turbulentos, por exigencias de responsabilidades. En cada hombre simplemente correcto y tranquilo, sospechamos un mercenario; en cada hombre mesurado, un puritano. ¿Y ustedes me preguntan en esta situación tan seria por la ausencia de medias en las mujeres? ¡Sí, esto debe ser "cachada"! Yo confieso que no tengo al respecto ninguna idea particular. ¡Eran tan semejantes a la carne esas medias abandonadas! ¿Sufrirá la feminidad? Pero, ¿es que la feminidad reside acaso en alguna indumentaria? Por mi parte, yo creo que la mujer es tanto más femenina cuanto menos prendas tiene...



Para dar término a esta rápida encuesta buscamos un muchacho típicamente porteño, uno de esos muchachos elegantes y simpáticos que para todo tienen un chiste o una observación feliz. ¿Y en dónde lo vamos a encontrar, sino es en Esmeralda y Corrientes? Allí lo hallamos en la puerta de un bar, a la hora del "copetín", conversando con un amigo, tan porteño, naturalmente, como él. Y apenas formulada nuestra pregunta, nos contesta con aplomo:

—No creo que esa moda signifique mayor o menor feminidad en las mujeres. Hay que ser tolerantes con ella. Al principio nos llamó la atención por extraña, pero generalizada, "viste" bien. ¿Acaso nuestras abuelas hubieran estado conformes con la elegancia de los brazos desnudos? ¡Y es indiscutible que son elegantes!

NUESTROS AMIGUITOS LAS MASCARITAS DE PROVINCIAS



Mercedes Sánchez, de mariposa. (Mar del Plata)



Vella Inés Ferrarazzo, de holandesa. (Junín)



Rosalba, Elsa e Imelda Sisllan, de torero, gitana y diablito, respectivamente. (San Juan)





Lucrecia E. Alberti, de Manuelita Rosas. La acompaña su criado. (Tucumán)

Eugenia Montoro, de manola. (Provincia de Buenos Aires)



Lydia Dasson, Griselda Jurado y María Elena Leggi, de holandesas. (Esteban Echeverría)



Inés Picquart, de copo de nieve. (Esteban Echeverría)



Angelita J. Baudino, de japonesa. (Las Rosas)



Omar Alberto Cobo, de gaucho. (Buena Esperanza)

Renato Roca, de paje de la reina. (Rufino)



Lidia y Elida Casas, de rosa enredadera. (P. Buenos Aires)



Alberto L. Baudino, de payaso. (Las Rosas)



Chichí Antognini y Nina Diambra, de pierrot moderno y chula. (Tucumán)



Ricardo Alcolea Pasquini, de capitán de piratas. (B. Blanca)



Celia María Juncá, de "Amalia". (Ciudadela)



Graciano Florentino, de vedette parisién. (Morón)

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuír a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Budín de arroz. Lengüitas de cerdo a la brasileña. Huevos frou-frou. Fruta.	Sopa irlandesa. Lentejas con jamón. Croquetas de papas. Compota de duraznos.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Jamón cocido. Canelones a la marsellesa. Filet de pescado con ostras. Tortilla a la francesa. Ensalada de fruta.	Arroz con pimientos. Papas rellenas. Salpicón. Flan de leche.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Sardinas en escabeche. Hojas de repollo rellenas. Pescado a la genovesa. Huevos Polinag.	Guiso de ternera. Puré de espinacas a la francesa. Merluza frita y en salsa. Ensalada de naranjas.

SABADO

Almuerzo	Comida
Fiambre. Macarrones con huevo. Ternera a la real. Pescado asado. Charcotte russe de frutilla.	Sopa a la reina. Milanesas de cordero. Tortilla con riñones. Naranjas en almíbar.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Ensalada de trufas a la rusa. Huevos molas con hongos. Costillas a la Villeroy. Budín de salmón. Helado de ananás.	Lomo a la reina. Fideos con salsa blanca. Tournedos provenzal. Flan de fruta.

LUNES

Almuerzo	Comida
Berberechos. Sopa juliana. Arroz rojo y blanco. Espinacas con jamón. Manzanas a la portuguesa.	Sopa de arroz. Chauchas al gratin. Patitas rebozadas. Budín de pan.

MARTES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Croquetas de seso. Lengua de ternera monaco. Anchoa al horno. Carlota rusa.	Sopa de repollo. Mondongo a la asturiana. Ensalada de pescado. Dulce de zapallo.

EL PLATO DEL DOMINGO

HUEVOS MOLES CON HONGOS

Pónganse a cocer varios huevos, en agua hirviendo y salada, durante tres minutos y medio. Sáquenseles la cáscara, teniendo cuidado de no despedazar el huevo. En un platito de porcelana, de los destinados a ser utilzados en el fuego, se depositan los huevos y se recubren con hongos finamente picados y rehogados ligeramente en manteca; incorpórense a una salsa bechamel. Añádase sal, pimienta, ralladura de pan y sométase a la acción del fuego de horno hasta que se haya dorado la superficie.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

Una causa determinante de la infelicidad conyugal

Por MISIA REMEDIOS

RESULTA fenomenal la persistencia con que el decontado sexo fuerte continúa aferrado a su mayor error sexual.

Los psicólogos, los fisiólogos, psicoanalistas y neurópatas clasifican los orígenes de los malentendidos sociales entre mujeres y hombres en grupos que denominan antagonismo sexual, frigidez, líbido, complejo de Edipo, etc.

No existe, generalmente, una clasificación especial de un mal matrimonial que entraña una afección tan modesta como lo es la viruela boba o la escarlatina, por ejemplo, y que, sin embargo, es causal de una mortalidad conyugal que jamás ha sido computada por las estadísticas.

Este mal es casi siempre inherente al varón. El es el que se efecta primero y la vesana resultante destruye las posibilidades de felicidad de dos vidas.

Casi invariablemente en el matrimonio es el hombre el que cesa de mantener vivo, en apariencia, por lo menos, el fuego del amor. Fatalmente llega el día en que el hombre casado deja de sentirse impulsado por el primitivo ardor del amante; el día en que la frase galante no surge ya a flor de labio; en que un poco del polen de la ilusión se aventa de su romance idílico... Y es entonces que el hombre corriente prueba su escaso valor como psicólogo, pues es, también, entonces cuando debe luchar por la existencia de su idilio, estimulando, si fuera necesario, la supervivencia perpetua de la novedad y la expectativa sobre la que ya da por descontado.

¿Cuándo se inicia el momento misterioso en que un esposo, suficientemente satisfecho con su matrimonio, suficientemente enamorado de su esposa, agradecido por su hogar y sin recuerdos dolorosos de su pasado célibe, comienza a escatimar a su compañera la más nimia atención o expresión de aprobación?

Si las lágrimas secretas derramadas por las mujeres que se han hecho esa pregunta, se reunieran en un solo caudal, indudablemente igualaría al contenido del océano Atlántico.

¿En qué momento un hombre que aún ama a su esposa se torna incapaz de demostrarlo? La respuesta típica a esa acusación lanzada al sexo masculino es tan antigua como aburridora; tan agravante como desilusionadora:

—Aunque no lo exprese, lo siento y eso debe bastar.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué no expresarlo?... No parecía haber obstáculo en la cerebración del hombre, no se le hacía un nudo en la garganta en los días del noviazgo. ¿Qué es esta inhibición? ¿De dónde proviene?

—Juan — dice una esposa que se ha detenido en el momento de salir y espera una palabra de aprobación que no se produce, — ¿qué te parece mi nuevo vestido?

—¿Qué es eso que tiene al costado? No parece estar muy derecho... No me gusta mucho.

—¡Por Dios, siempre le has de poner tacha a todo!

—También aprecio lo que está bien, pero, ¿por qué decirlo?

¿Por qué? He ahí una interrogante desprovista hasta de la más mediocre inteligencia, que refleja un estado de ánimo poco ágil y caballeresco y que resulta tan duro para la felicidad de una mujer como se lo propuso que lo fuera el que lo enuncia. Importa mezquinarle una plabra de aliento, de aplauso a la mujer que lo tiene en tan alto concepto y llegar a adquirir todos los caracteres de activo antagonismo.



Casi todos los hombres aprender, por medios directos o indirectos, que una mujer, si es normal, se gloria en el aplauso. Ella misma, generalmente, lo prodiga con afán y generosidad, ansiosa de tributárselo al varón, cuyos más caros intereses y ambiciones comparte. Débese tal estado de cosas, probablemente al hecho de que durante siglos ha sido la beneficiada con sus favores. En tiempos en que ella no trabajaba a la par de él en los mercados abiertos del mundo, era él el que aportaba los frutos de la labor diaria al hogar, y las manifestaciones de gratitud al amo y señor lo acogían en el umbral.

Sea lo que sea, en el matrimonio moderno es el hombre el culpable de que se consideren como carentes de importancia las virtudes. La mayoría de las esposas, absorbidas por la tarea de construír los hogares, crear niños y levantar el edificio del futuro, se mueren de inanición. La falta de demostraciones de los maridos han deshojado el romance de un día y la existencia se ha vuelto desesperadamente monótona.

La falta de demostraciones afectivas de parte de los maridos ha deshojado el idilio de su vida, que se ha resuelto en la sórdida y misérrima lucha por la existencia, sin un

(Continúa en la página 61)



La pirata del amor

UN CUENTO HISTORICO DE

HERIBERTO RAVENEL SASS

EL capitán Africa se fijó por primera vez en doña Antonia Montero cuando ella se destacaba entre el humazo de la polvora, de pie sobre la elevada cubierta de popa del gran galeón "Santa Teresa". Fué un momento fugaz, porque en seguida el capitán saltó por sobre la borda desde su barco al español, ordenando a sus piratas que lo siguieran.

Africa miró hacia arriba, y se detuvo breves instantes al divisar a la mujer muy erecta sobre el castillete, soberbiamente alzada la hermosísima cabeza. Comprobó, además, que sus ojos no revelaban terror y que, en cambio, iluminaba su rostro una radiante alegría. El hecho le pareció extraño al pirata, pero pronto olvidó a la mujer en el tumulto del combate.

El "Santa Teresa" estaba condenado. Durante una hora el barco pirata lo había castigado de cerca, barriendo su cubierta a bala rasa y metralla, produciéndose, luego, el abordaje.

A cierta altura del combate pareció indecisa la suerte de las armas. Los garfios lanzados por los piratas cedieron en parte y el capitán Africa quedó sólo con tres hombres sobre la cubierta enemiga, mientras los navíos se separaban. De espaldas a la obra muerta hicieron frente al adversario, peleando desesperadamente. Dos cayeron atravesados por picas y un tercero fué tendido a los pies de Africa, con el cráneo rebanado de un mandoble. Quedó solo el capitán, pero cuando debía sucumbir acudieron a la carrera, desde proa, en su auxilio, la turba de forajidos semidesnudos, de mirada inflamada, negros de pólvora y gritando como demonios.

Los alabarderos españoles se volvieron a hacerles frente, y Africa pudo respirar libremente por breves segundos, pero en seguida tres hombres armados de dagas lo acosaron. Peleaba con serena destreza, sin dejar aberturas en su guardia, con una especie de mortal alegría, mucho más peligrosa que la rabia de sus secuaces. Su larga espada, que viboreaba como una cosa viviente, paraba todos los golpes, y él, muy alto, de poderosa musculatura, vestido de damasco rojo, saltaba con agilidad felina entre los que lo asediaban.



Pronto los piratas dominaron a la tripulación. Sólo a popa los alabarderos no cedían un palmo de cubierta. Eran veteranos de las guerras de Flandes, que iban a reunirse en Nueva España con los tercios del rey Felipe.

El capitán Africa se adelantó a sus hombres. Su chaqueta roja estaba desgarrada, y su aguileño rostro moreno aparecía maculado de sangre. Alzando la diestra se colocó frente a la barrera erizada de las picas.

—¡Cuartel! — gritó en castellano. —¡Doy cuartel al que se rinda! Nos apoderaremos de las mercaderías y del oro, pero os dejaremos el barco y respetaremos las vidas.

Tras una ligera vacilación, los españoles se rindieron, y Africa, levantando la vista, vió otra vez a la mujer en el mismo sitio. Ya iba a seguir a los prisioneros, pero giró sobre sí mismo y ascendió al castillete por las escaleras de talla.

Ella se volvió al verlo acercarse. Era alta, hermosa y de cabellera cetrina. A su lado, un español de barba grisácea, lujosamente vestido de terciopelo carmesí, la mantenía abrazada, como protegiéndola. La mujer se mostraba serena; en sus ojos había un fulgor de desafío, que intrigó al capitán Africa, quien se inclinó en correcta reverencia, y dijo:

—Señor, ¿quiere usted informar a su señorita hija que estoy a sus órdenes?

El rostro tostado del español enrojeció de ira.

—Soy don Jerónimo Montero, de Sevilla y esta señora es doña Antonia, mi esposa.

— Muy bien — respondió Africa. — Mis felicitaciones, señor. Usted no necesitará su espada para proteger el honor de su esposa. Soy un pirata raro, que acostumbra a cumplir su palabra. Tal vez usted me haya oído nombrar. Soy el capitán Africa.

Don Jerónimo saludó con tiesura.

— ¿Usted quiere decir — preguntó con incredulidad — que su promesa de conceder cuartel será respetada; que después de haber pillado el galeón nos permitirá reanudar nuestro viaje?

Los ojos de doña Antonia no se apartaban de los del capitán pirata, y él leyó en ellos una muda imploración:

— Tómeme, usted — parecían decirle. — Arrebáteme a este hombre que me repugna...

Africa era un caballero, y, como tal, excepcionalmente puntilloso. Si bien los ojos de sirena de la española lo hicieron vacilar, se repuso y respondió:

— Quiero decir que cumpliré mi palabra. Su esposa está segura; se le permitirá marcharse con usted sin ser molestada.

— Vamos — dijo ella, como si hiciera una observación sin importancia, — mi marido y yo a Santa María, en Nueva España. ¿Conoce usted, señor pirata, el palacio del gobernador? ¿Es una casa en la cual una señora acostumbrada al lujo sevillano pueda vivir cómodamente?

— Nunca estuve en Santa María, señora.

El capitán Africa fué un famoso pirata de los tiempos coloniales. Nadie conocía su nacionalidad a punto fijo; se le decía español, inglés y francés. El jamás confesó su origen real. Su temerario valor corría parejas con su exagerado concepto de la caballerosidad. Así, en cierta ocasión dejó escapar a una dama que había interesado su corazón, por no quebrantar su palabra empeñada, y posteriormente se jugó la vida por apoderarse de la dueña de su corazón.

En todas sus aventuras audaces, el capitán Africa ponía un sello de distinción y una nota de brillante galantería.

Tal vez vaya algún día — respondió Africa, e inclinándose se retiró. . .

Doña Ana Montero estaba en sus aposentos del palacio del gobierno de Santa María. Su esposo, el gobernador, había salido en expedición y ella debía recibir al señor Guzmán Vélez, delegado de su majestad, con quien debía tener una conferencia sobre política colonial.

La señora se acicalaba para la ocasión con sus más lujosas vestimentas. Casada con don Jerónimo hacía dos años, lo detestaba. Lo había aceptado por conveniencia. El era anciano y dos veces viudo, pero también, era grande de España, mientras que el padre de doña Antonia era sólo un comerciante de vinos malagueño, completamente arruinado.

Apenas desposada, la hermosa mujer descubrió que su marido era atrozmente celoso y refinadamente cruel, al extremo de que su vida con él se volvía cada vez más molesta y humillante. Ella llegó a imperar en Sevilla por su soberana belleza, y él, movido por sus celos morunos, aceptó la gobernación de Santa María para alejarla de España.

Creyó doña Antonia que el pirata la arrancaría del lado de su anciano e infame esposo, y grande fué su desengaño al ver que no sería así. Ahora, ante el espejo, recordaba al pirata y su promesa de ir a Santa María. ¿Vendría el hombre que se llamara capitán Africa?. . . Algo le decía que sí, pero ahora ella pensaba en vengarse de él porque la había despreciado a bordo, contemplando impávido la hermosura que había trastornado a tantos hombres.

Mucho tiempo se había esperado la llegada del señor don Guzmán, pero en vista de que no se producía, don Jerónimo había marchado al interior a sofocar una sublevación de los indios, y en el ínterin se presentó el enviado del rey. No vino, como se lo esperaba, en un galeón con la bandera de Su Majestad al tope, sino que se apareció por entre la selva, acompañado por un solo servidor, extenuados y hambrientos ambos. Refirieron que perseguidos por los piratas, el navío se había estrellado contra los arrecifes de la costa, salvándose únicamente ellos dos. Dieron con indios mansos y cristianos que los condujeron hasta la capital. Tan fatigados y aniquilados estaban por las privaciones, que aunque hacía cuarenta y ocho horas de su arribo, doña Antonia no había visto aún al señor de Vélez, pero ahora lo esperaba en el magnífico salón de recepciones.



Una de las damas del séquito hacía a otra — lo oyó doña Antonia — el elogio del encumbrado personaje.

— Cuentan—decía—que es el hombre más hermoso de España.

Hora y media hacía que la gobernadora esperaba al regio enviado en el salón repleto de damas y palaciegos. La espera comenzaba a impacientarla. Mujer, al fin, y coqueta por añadidura, había ordenado a su camarera de mayor confianza, Abdona Montemar, que se mantuviera cerca de la entrada y le avisara por medio de una señal convenida la llegada de don Guzmán.

Abdona dió el aviso, levantando la diestra y la señora Antonia se acercó, mayestática, maravillosa, a la puerta de acceso. Lentamente, con empaque varonil y ademán desenfadado, un hombre venía a su encuentro. Era de aventajada estatura y vestía rico traje de damasco rojo. Su rostro, de perfil aguileño, era bronceado como el de un moro. Le rodeaba el cuello una pesada cadena de plata, y de su tahalí pendía larga tizona. Traía al cinto, además, una hermosa daga con empuñadura de marfil labrado.

Doña Antonia, al verlo, se inmutó. Ligeramente pálida, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y de sus labios surgió una exclamación, cuyo significado nadie entendió. Sólo el señor de Guzmán supo que ella había pronunciado su nombre. Inclinándose ante ella, puso una rodilla en tierra, le besó la mano y habló así, en voz profunda y clara:

— Señora: no me atrevía a esperar que mi huéspeda de Santa María aventajara en belleza a las madrileñas. Me declaro el más feliz de los mortales al acogerme a la hospitalidad de vuestro techo.

Acercándose aun más, sonriente, habló más quedo, diciendo:

— ¿No habréis olvidado, señora, aquel día que os vi en la cubierta del galeón?

— No, capitán Africa — respondió ella en un murmullo, — no lo he olvidado.

Volviéndose a los circunstantes, agregó:

— Amigos míos, os presento al señor don Guzmán de Vélez, de Madrid, quien os trae un mensaje de nuestro amo bien amado, su majestad el rey don Felipe II.

Una hora después, doña Antonia y el recién venido pudieron apartarse solos. Los ojos grises de él buscaron los negros de ella, pero fué la dama la que habló primero:

— ¿Por qué habéis venido hasta aquí?

— Porque ya no podía vivir sin veros. La oportunidad se me apareció magnífica al apresar al verdadero don Guzmán y enterarme por los indígenas de que don Jerónimo se hallaba ausente.

— Es audaz vuestra estratagema, señor pirata, y os puede costar cara. Mi marido llegará de un momento a otro y os reconocerá.

— No tendrá ocasión de hacerlo, porque esta noche saldremos de Santa María.

—¿Quién? ¿Cómo es eso de "saldremos"?

— Vos y yo, señora. Mi barco está anclado a la entrada de la bahía. Veinte hombres míos se ocultan en la sierra aledaña de la ciudad. Desde allí divisan esta casa y acudirán a una señal mía.

—Estáis loco de remate, señor pirata. ¿Por qué habría yo de seguiros?

(Continúa en la página 52)

Peleaba con serena destreza, sin dejar aberturas en su guardia, con una especie de mortal alegría, mucho más peligrosa que la rabia de sus secuaces.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

NO PIERDA TIEMPO, que le pueden soplar la dama; envíe una carta a la dueña de sus pensamientos expresándole sus sentimientos, y la respuesta que reciba lo sacará de dudas. No debe temer que se enteren los familiares de ella, desde el momento que sus intenciones son buenas y la chica le gusta de veras.

Las consultas que se me hacen las contesto desinteresadamente.

Contestando a "Ilusión Perdida", de Bahía Blanca.

●●

NI LA SANCARLINA NI LA SANTAFECINA. Termine sus estudios, goce de su libertad, viva por ahora libre de preocupaciones serias, diviértase y después... ya tiene tiempo para pensar en una cosa de tan trascendental importancia como es el matrimonio.

Lamento tener que decirle que su poesía no se publicará, pero mejore, no abandone sus aficiones literarias, quizá otra vez pueda complacerlo.

Contestando a "Antonio Carlos", de San Carlos, Santa Fe.

El roce de la vida vuelve escépticos a los optimistas: la experiencia es como las zarzas del camino, en las cuales el hombre deja su ingenuidad, su fe en la amistad, y no se diga en el amor, porque en este terreno siempre será engañado y siempre continuará siendo creyente.

EL TRAJE DE DESPOSADA corresponde comprarlo a los padres de la novia.

Contestando a "Armanzule", de Capital.

●●

1º A LOS PADRES DE LA NOVIA corresponde adquirir el traje que ella vestirá el día de la boda.

2º La madrina puede obsequiar a la novia con una alhaja o regalar a la pareja algo que les sea útil para su nueva casa.

Contestando a "Zule", de Capital.

●●

DESENGAÑE CUANTO ANTES a esas dos señoritas, si es cierto que su conducta no les dió nunca motivo para que ellas se hicieran ilusiones.

Festeje a otra niña, así ellas se darán cuenta que es simplemente amistad lo que usted siente por ellas.

Contestando a "Tite-Arthur", de Rosario.

●●

SU POESIA no puede publicarse porque se aparta de la índole de esta sección.

Contestando a "Abel F.", de Córdoba.

Duda de Amor

¿Me quieres?..., preguntaste, y tu mirada
me habló de la cruel duda confinada
en el rincón más hondo de tu pecho...,
y cerrando tus ojos con mis manos,
para no contemplar esa congoja,
te respondí con voz enamorada:
— ¿Cómo no he de quererte, si eres día,
en la noche sin fin de mis desvelos?...
¿Cómo no he de quererte, si eres norte
en la extraviada ruta de mis sueños?...
¿Cómo no he de quererte, si eres fuente
de agua pura que calma mis anhelos?...
Y al dejarte de nuevo abrir los ojos,
ansiosa de saber qué decían ellos,
vi que brillaba el sol en tus pupilas
y tu sonrisa reflejaba el cielo!...

....

(COLABORACION)

HERMINIA DEL PINO DE MUIÑO

DEBE TENER UNA ENTREVISTA con su novia para aclarar ese asunto que desea conocer, ella es la única que podrá librarlo de esa duda y así tendrá también usted ocasión de convencerla de que tiene para ella las mejores intenciones.

Contestando a "B. A. V. M. R.", de Santa Fe.

●●

SU NOVIO SERA QUIEN mejor pueda explicarle las causas que tienen sus padres para oponerse a esa boda. Si está en sus manos haga que esos motivos desaparezcan.

Contest. a "Novia triste", Capital.

●●

Las iniciales A. R. (de Puerto Bermejo), a que contestamos en esta página del número 1099, no corresponden al señor Antonio Rolón, a pedido de quien nos complacemos en hacer esta aclaración.

ESA poesía no podrá publicarse.

Contestando a "Estudiante", de Junín.

●●



Señorita María Hortensia Taranco Bidart, que contrajo enlace recientemente con el señor Celio Magno. Foto Pérez.

NO CABE DUDA DE QUE USTED AMA a ese hombre, y si siendo él siempre correcto ha sido algo brusca, violenta e injusta en su arrebato, aproveche la primera ocasión que se le presente para excusarse, y así desaparecerá esa opresión que hoy no la deja vivir tranquila.

Contest. a "Cornelia", de Villa Nueva Córdoba.

●●

NO DEBE SER UNA PREOCUPACION para usted esa pequeña diferencia de estatura: recomiéndele a esa señorita que use taco bajo, y si ella reúne otras cualidades que han despertado en usted el cariño que le profesa, poco debe interesarle ese insignificante detalle de estética.

Contestando a "J. V. M.", de Rosario.

●●

Su colaboración no es publicable.

Contestando a "M. G.", de Capital.

1º NO DEBE SEGUIR SALUDANDO A ESE JOVEN después de la forma poco correcta en que él ha procedido; si él se conduce así es porque no desea que lo salude.

2º Un joven tímido puede con sus miradas elocuentes y atenciones especiales demostrar su preferencia por una niña.

3º Algunos son más indiferentes que otros en sus demostraciones amorosas, pero siempre hay expresiones únicas e inconfundibles que revelan que una persona gusta de otra.

Contestando a "Danda", de Córdoba

●●

SI SU NOVIO TIENE TAN MAL CARACTER, creo que no son equivocados los pronósticos de su padre. Si en la época del noviazgo, cuando todo debe ser dulzura, ilusión, cariño y respeto, no puede reprimir los impulsos de su genio y trata en forma tan descomedida a su madre, ¿qué puede esperarse que haga después de casado?

No quiero hacer presión sobre sus sentimientos, pero sí le aconsejo que medite mucho antes de reanudar esas relaciones, y casarse, porque ese paso puede acarrearle la infelicidad de toda su vida.

Contestando a "Nati", de Rosario.

Para los hombres mayores de treinta años, el matrimonio es la ordenación de su vida; el primer alineamiento de aquel plan o línea de conducta que ha de aparejarles insensiblemente en un mañana tranquilo, a veces la conquista inmediata y definitiva de un buen porvenir.

NO ES OBLIGACION DE LA NOVIA obsequiar a su novio el día del compromiso, pero nada le impedirá que lo haga si ella es gustosa.

Contestando a "Negrita preguntona", de Belgrano.

●●

ES MEJOR QUE FIJE SUS OJOS en una niña de su misma condición social, así se evitará nuevos desaires y tendrá en el futuro más probabilidades de ser feliz.

Contestando a "¿Dónde estás, corazón", de Córdoba.

●●

DEBE HACERSE FUERTE y conseguirá lo que se propone. Averigüe los motivos que la hacen poco grata a los ojos de sus futuros parientes y trate en toda forma de conquistar su simpatía.

Contestando a "María Lina", de Tucumán.

NO HAY AUSENCIA SIN CELOS

COMO ES VISTO...

(Continuación de la página 16)

testó el amigo. — Juan es incapaz de hacerle mal a una mosca. Era el mejor corazón que había en el colegio.

Pero Guillermo pareció tan sincero, que, sin más, el amigo prometió ayudarlo. El empleado lo llevó a la oficina de Juan. Se abrazaron como antaño. Juan todavía tenía que dictar una carta.

— ¿Podría terminar esto hoy, señorita Vidal?

— ¡Cómo no, señor! — le contestó la secretaria, con tono de admiración.

El amigo se dió cuenta en seguida de que la secretaria lo veía a Juan como a un héroe, como a un Atlas que lleva sobre sus espaldas la enorme responsabilidad de la casa. Era para ella un placer trabajar horas extras en favor de su patrón. Esta era otra faz de Juan. Asistió el amigo a una conversación telefónica con su esposa, a la que le comunicaba que no podría ir a comer con ella, porque tenía un inesperado e importante compromiso.

Juan salió con su amigo a divertirse, y el gran hombre de negocios no habló de ellos, excepto cuando su amigo le hizo algunas preguntas.

— Guillermo dice que deliberadamente le estás arruinando, que si subieras tus precios dos centavos más, todo iría bien.

— Si subimos un centavo nuestra mercadería, no venderemos absolutamente nada. Guillermo debe disminuir sus costos.

El amigo lo dejó, convencido de que la madre tenía razón. Juan no había cambiado absolutamente nada. Al otro día Juan fué a almorzar a su casa, y encontró a su esposa cantando, mientras ponía flores en los floreros.

— ¿Quién mandó esas flores? — le preguntó sorprendido y con cierta duda. Su esposa se resistió a decírselo y se encerró a llorar en su habitación. Después él encontró en el ramo su tarjeta de visita, y le pareció recordar que su secretaria le había dicho algo de rosas... sí; entonces recordó que era el aniversario de su casamiento.

Su propia y honesta opinión de sí mismo es la de un hombre que tuvo que enterrar muchos de sus ideales y deseos de su juventud, y que se encuentra continuamente atado a su trabajo; un esclavo obligado a tener la chimenea de su fábrica echando humo siempre, para que los miles de personas que trabajan en ella puedan llevar el pan a sus hijos, y aquellos que necesitan proveerse de sus artículos puedan obtener éstos al más bajo precio.

FIN

UNA MUERTE...

(Continuación de la página 26)

Bill era un gallo de pelea. Como en el pueblo todos sabían que él era el más fuerte, Jed compró otro con el nombre de Alec, y empezó a hacer correr la voz de que era más fuerte que Bill. Esto, naturalmente, hirió el amor propio de Moore y convinieron en hacerlos pelear. Pero Jed sabía que Bill era más fuerte que Alec, y, por lo tanto, trató de eliminarlo. Cuando se encontró con la señora Moore en el almacén, mientras conversaba con ella, cambió la bolsa de maíz que ésta había comprado para Bill por otra con maíz envenenado. Cuando el muchacho disparó el tiro, la bala agujereó la bolsa y cayeron al suelo algunos granos envenenados, que Bill, al correr hacia la señora Moore, los había visto y los había comido por resultarle tentadores.

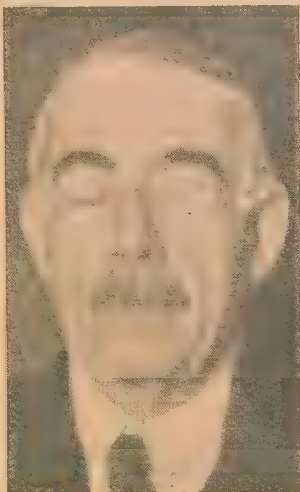
FIN

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Leopoldo Lugones: "Historia de Sarmiento"

Editorial Babel. Buenos Aires. — Veinte años después de su primera edición aparece hoy este libro considerado por algunos como el mejor de Lugones y tan desconocido de las nuevas generaciones que viene a ser para ellas casi una primicia... Escrito en 1911 por encargo de José María Ramos Mejía, presidente del Consejo Nacional de Educación, con motivo del primer centenario del gran hombre, la obra lleva en algunos de sus capítulos la huella de la urgencia. Pero dejando a un lado esa circunstancia, no es menos cierto que constituye hasta hoy el mejor homenaje tributado a la memoria de Sarmiento. Antes de Lugones y después de él, la bibliografía en torno del autor de "Facundo" forma una montaña impresionante: biografías detalladas, estudios fragmentarios, monografías, antologías, anecdotarios. Pero en ninguno de ellos aparece Sarmiento con el vigor y la elocuencia de esta "Historia".



Lo mejor y lo peor de Lugones se han reunido allí para hacer de la obra un libro único: su poderoso don verbal, su impresionante abundancia, su pedantería sin control, su mal gusto incontenible. Con todo eso ha creado Lugones páginas de una belleza innegable y fragmentos de una chabacanería estrepitosa. Los veinte años transcurridos no le han sido, sin duda, favorables. Pocos, muy pocos son los que aún se dejan conmover por las largas tiradas a lo Hugo, con su correspondiente chisporroteo de metáforas. Pero una vez admitidas las premisas iniciales, como quien se decide a entrar en una selva de los trópicos, sería imposible resistir a la vitalidad extraordinaria de la foresta lugoniana.

El libro, es bien sabido, carece, en realidad, de plan. Más que una vida o un estudio, Lugones se ha propuesto darnos, según dice, la "filosofía" de Sarmiento. Palabra cómoda en su misma vaguedad, pero que permite situar aproximadamente esta evocación del formidable luchador, en que los rasgos íntimos y las reflexiones graves se entremezclan y suceden.

He conocido lectores de otros tiempos que declamaban fragmentos de este libro: "La naturaleza hizo en grande a Sarmiento. Dióle la unidad de la montaña que consiste en irse arriba, de punta; etc., etc."

La nueva edición se lee, por lo demás, con cierta pena. En un prefacio breve, Lugones advierte que ese libro fué escrito en los tiempos de la ideología liberal que más tarde abandonó. Sin renegarlo del todo, confiesa así que no lo reconoce en buena parte. Lástima, y lástima muy grande. Los que nunca confundimos en un mismo ataque al poeta y al político, no creemos, sin embargo, que el Lugones de hoy pueda destruir en nada al Lugones de ayer. Con toda su retórica, con todos sus caireles, la "Historia de Sarmiento" nos parece uno de los pocos grandes libros de nuestra literatura. Y cuando se hayan olvidado todas las posturas de Lugones, sus gesticulaciones, sus medias vueltas, quedará aún tan fuerte y tan firme como ayer este libro escrito en cuatro meses, y con una pasión tan entusiasta que no podrán atenuarla en nada todos los razonamientos y los sofismas de este hombre que en mala hora quiso desertar de sí mismo.

González Carbalho: "Historias de niños"

Ediciones Anaconda. Buenos Aires. — La literatura argentina tiene en "Tini" de Eduardo Wilde una de las narraciones más hermosas inspiradas por un niño, y causa bastante asombro que desde entonces hasta hoy casi no existan "historias de niños" en la copiosa producción contemporánea.

Fuera del género didáctico en que abundan horribles cuentos para niños, el mundo de la infancia no ha traído a nuestros escritores con el interés ya revelado en otras literaturas, y que la renovación de la psicología y de la escuela viene preparando desde hace algunas décadas.



El señor González Carbalho constituye, por lo tanto, una excepción. Acercándose a los niños con simpatía y con ternura, ha penetrado en lo posible hasta el huerto cerrado de su vida interior: se ha puesto al tanto de sus penas, ha adivinado sus decepciones, ha comprendido el oculto resorte de sus caprichos. Sus narraciones no carecen por eso de verdad.

Entre el niño angelical de Rousseau y el perverso polimorfo de Freud, el señor González Carbalho muestra cierta tendencia a inclinarse hacia el primero. Los partidarios de la moderna psicología — que ya tienen en "Los niños terribles", de Cocteau, una obra maestra indiscutible — le reprocharán muchas de sus ternezas y le acusarán quizá de no haber dejado correr la sonda hasta la profundidad. Se lo agradecerán, en cambio, todos los otros lectores que sólo buscan en las historias de niños revivir, aunque sea por instantes, las fugitivas parcelas del antiguo ser que fuimos.

¡MUJER!

(Continuación de la página 10)

dejar unos minutos a mi novia bien custodiada. Mi madre, que ha venido casi por compromiso, no se siente bien; la llevaré, entretanto, hasta casa.

Se perdieron por el salón a los compases de la música. No se dijeron nada, como si las palabras estuvieran de más. En silencio salieron al jardín, y cuando los protegió la sombra, los brazos de Marcelo subieron por los brazos desnudos de ella y la boca llegó a la boca con un interminable beso de pureza.

— ¡Es la primera vez que beso de este modo! Me siento santificado sobre tus labios. Hace días que lucho para apartarte de mis pensamientos. Me das una impresión de refugio, de caricia mansa, de terminación de esta vida apasionada e inútil. Te quiero como a mi madre, como a mi hermanita, como a la novia que nunca tuve y soñé tener.

Chita Alurralde vió que frente a sus ojos se abría la vida. Adivinó que las pupilas de acero se habían suavizado implorando. No supo, no pudo decir nada. Con los dedos enredados en el cabello sin peinar de Marcelo, depuso el orgullo de su aristocracia y la línea recta de vida que la sociedad y la familia le trazaran. Pensó en su novio, como si todo aquel idilio fuera una costumbre más en sus días iguales, y sintió que, a pesar de todo y de todos, el destino le marcaba un rumbo nuevo.

Entró en el salón de baile con paso firme y mirada altiva. A su lado, parecía engrandecida la figura de Marcelo Altamira, el de ropas y alma desordenadas.

Desde ese minuto empezaba para Chita Alurralde la lucha inmensa por sus derechos de mujer.

FIN

El arte de enamorar...

(Continuación de la página 20)

to el hombre como la mujer conviertan la época del noviazgo en una divertida comedia, urdida espontáneamente a base de engaños. Cada uno por su lado trata de revestirse con las más vistosas plumas y con los adornos que en cantidad ilimitada brida la fantasía, con la esperanza de ser así más agradable y poder cautivar mejor. Por lo que concierne a la mujer, nada habría que objetar, mientras el "amoroso engaño" se mantiene dentro de los límites de una explicable y discreta exaltación romántica. Mas no ocurre otro tanto con el hombre que nunca debe olvidar, como ya lo llevamos dicho, "que el matrimonio es el primer canto del gran poema del amor". Por lo tanto, debe cuidar con el mayor celo de no ir al encuentro de la que ha de ser su futura esposa, transformado por transitorias galas, que luego la realidad se encargará de arrancar sin piedad, provocando en la amada el consiguiente desencanto. De esta suerte el "gran poema del amor" se convierte en una vulgar e insufrible farsa que muchas veces suele degenerar en drama.

¿Cómo evitar tan negras perspectivas? "No sacrificando la verdadera personalidad en provecho de un absurdo ideal literario", responde Magre. Y esto es en definitiva lo que asegura al venturoso novio su futura felicidad como esposo.

Ningún cambio brusco e inesperado en su personalidad podrá suscitar en su flamante compañera, una de esas desilusiones capaces de amargar toda una existencia en común. Será el hombre de siempre, con sus defectos y virtudes, pobre o rico, el que ella conoció y amó como novio, y más tarde aceptará jubilosa como esposo. Porque, como lo ha dicho Balzac, "el amor aborrece todo lo que no es amor". FIN

LOS ULTIMOS CAZADORES DE CABEZAS DE LAS ISLAS FILIPINAS

La cacería de cabezas estaba muy difundida en las islas Filipinas. Durante la ocupación norteamericana del archipiélago se combatió tan enérgicamente esa salvaje costumbre, que fué extinguiéndose poco a poco.

Sólo los ifugaos, cazadores de cabezas de la región montañosa, se mantenían irreducibles. Eran sus tribus sanguinarias y asesinas. Idólatras, bravíos y fuertes desafiaron durante años a los "cristianos". Inspiraban pavor a los miembros de las tribus pacíficas y laboriosas del resto de las islas.

Nadie los molestó nunca; ningún hombre blanco holló jamás sus tierras. Se consideraban grandes guerreros y favoritos de sus divinidades bárbaras. Cabezas de individuos pertenecientes a todas las tribus de la isla de Luzón adornaban macabramente sus chozas. Su soberbia y crueldad eran únicas.

Cuando se produjo la llegada de las tropas norteamericanas, se resistieron denodadamente, pero fueron sojuzgados, a excepción de seis tribus que ocupaban una cadena de altísimos y fragorosos montes en la zona de Benquet.

Se habían refugiado en aquellas seis tribus los guerreros más famosos y sanguinarios. Nunca conocían la derrota y se consideraban imbatibles.

En 1906 se resolvió someterlos y se les invitó a que lo hicieran. Los parlamentarios fueron recibidos con burlas y se les aconsejó que volvieran al sitio de donde habían venido y se escondieran entre las mujeres.

La tropa encargada del sometimiento de los ifugaos tenía su cuartel en Banaue y la mandaba el capitán Enrique Fordyce, joven abogado que se había incorporado al ejército como voluntario y en carácter de soldado raso. Sus relevantes condiciones y su bravura le permitieron ganarse repetidos y merecidos ascensos.

Cuando regresaron los emisarios con la respuesta de los ifugaos, Fordyce anunció su propósito de ir personalmente, solo y sin armas, a conferenciar con los feroces guerreros indígenas. Sus camaradas trataron de disuadirlo de la temeraria empresa, haciéndole ver que se exponía, sin provecho alguno y jugándose la vida, a un fracaso.

—No hagas eso — le decían. — Y si absolutamente quieres hacerlo, hazte acompañar por un pelotón de soldados.

Fordyce se encogió de hombros y respondió:

—Si llevo soldados, se producirá, inevitablemente, un encuentro; mientras que si voy solo puedo persuadir a los jefes a que depongan las armas. Me parece conocer bien a esos salvajes y creo que no correré peligro alguno. Son peligrosos, pero no asesinos.



En el archipiélago filipino hay siete mil islas de todos tamaños.

Y probó la exactitud de su aserto. Nada le ocurrió. Al descender la ladera de la montaña hacia el aduar del anciano cacique supremo, Uigan, una veintena de guerreros armados de hachas de combate y lanzas se lanzaron en tropel a su encuentro pero cuando comprobaron que no intentaba huir ni defenderse, moderaron el ímpetu de la carga y lo escoltaron, sin dañarlo, hasta la choza habitada por Uigan y sus numerosas esposas.

A la novedad acudieron los principales jefes y capitanejos.

De acuerdo con el ritual de la hospitalidad, se ofreció al joven oficial un banquete de arroz y cerdo asado, rociado con frecuentes libaciones de "basi" (ron indígena).

Terminada la comilona, Fardyce, que dominaba la lengua ifugao, habló así:

—No puedes resistirte, Uigan. Por cada mata existente en tus arrozales, nosotros tenemos un soldado armado con fusil que mata a gran distancia. He venido a brindarte amistad y a aconsejarte que te rindas a la realidad, que abras los ojos. Si entregas tus armas dentro de la próxima semana, vendré y seremos hermanos en "la ceremonia de mezclar la sangre". De lo contrario, tendré que traer a mis soldados y arrasar tu aldea. Resuélvete por la paz, antes de que sea demasiado tarde.

Uigan era un astuto veterano, que contaba en su haber con sesenta cabezas cortadas. La argumentación de Fordyce pareció impresionarlo, pero pidió un plazo para responder, asegurando que antes del fin de la semana comunicaría su decisión. Luego hizo escoltar al bravo oficial hasta Banaue.



Los guerreros avanzaron en tumulto, en alto las lanzas y hachas de guerra.

Confiando en que un milagro pudiera vencer la obstinación del salvaje, Fordyce esperó el mensaje que había de decidir la paz o la guerra. En la tarde del séptimo día el asunto quedó aclarado: ¡la guerra estaba declarada!

Desdeñando el envío de un mensajero, los ifugaos habían organizado una incursión. Sigilosamente habían llegado hasta unos centenares de metros de un puesto militar avanzado, y sorprendiendo un grupo de mujeres de una tribu pacífica que trabajaban en un arrozal, les cortaron la cabeza y arrasaron sus diques y obras de regadío. Un torrente de agua se despeñó montaña abajo y destruyó en pocos minutos la obra de siglos de trabajo y cultivo.

Los atacantes escaparon sin una sola baja, y los jefes de la tribu objeto de la depredación, se quejaron amargamente a Fordyce:

—Nos hemos desarmado— dijeron, —y y ahora que estamos indefensos, los enemigos nos atacan, destruyen nuestra cosecha y matan a nuestras mujeres.

Fordyce se puso lívido de ira, y sus labios se apretaron en una línea fina y dura. Conteniéndose, con mucha calma, dijo:

—Esto es demasiado. Tendremos que hacer un escarmiento.

Luego, después de despachar a los ancianos con la promesa de castigar a los culpables, se sentó a planear la campaña.

Antes de que le hubiera sido posible ordenar sus pensamientos, un joven guerrero de la tribu de Uigan, desnudo a excepción del collar, y desarmado, fué introducido a su presencia por dos soldados.

—Me envía Uigan— dijo, mirando con fijeza a Fordyce. —El "cristiano" es valiente; por eso no lo matamos cuando vino a hablar de paz con nosotros. Pero Uigan dice: "Nuestros hombres son guerreros, no mujeres. Conservaremos nuestras armas hasta que el "cristiano" venga a buscarlas."


Un guerrero ifugao y su esposa en traje de gala.

—Vete y dile a Uigan que el guerrero blanco irá a buscar las armas pasado mañana— bramó Fordyce. —Dile, además, que se ponga en paz con Dios, porque va a morir. El hombre blanco irá a la manera de los ifugaos "a pelear sobre el cerro".

Desde tiempo inmemorial existía entre los ifugaos la costumbre de dirimir las divergencias que se suscitaban entre las tribus con una batalla campal sobre la cima de un cerro neutral. Para ello, los ofendidos se atrincheraban sobre una altura cercana al dominio de los enemigos, significando, así, que se hallaban listos para pelear. Entonces los desafiados marchaban al asalto y se producía un entrevero que duraba hasta que un hombre caía muerto.

Seguía una espantosa lucha en la cual el enemigo realizaba desesperados esfuerzos por apoderarse de la cabeza del caído, mientras sus camaradas defienden desesperadamente el cadáver. En tales combates, por lo general, queda el tendal de heridos graves, aunque, de acuerdo con los cánones establecidos, se ha de matar un solo hombre. Si su cabeza se pierde, los compañeros deben ceder la victoria al adversario, y si el cuerpo es rescatado y conservado exento de mutilación, se entendía que los dioses defendían al muerto y que su causa era justa. En cualquier caso, se daba por terminado el asunto.

Al capitán Fordyce se le ocurrió que sería un buen plan encontrarse con los ifugaos con arreglo a sus costumbres, batiéndolos en condiciones a su alcance, quebrando así, y para siempre, con su poderío. Eligió cuarenta tiradores de precisión entre la fuerza a sus órdenes, y se preparó para invadir la fortaleza de Uigan. Sus compañeros de armas le volvieron a presagiar un desastre.

—Nada podrás hacer contra Uigan con menos de seis compañías; una por cada tribu— le observaron. —Sería mejor esperar un poco y solicitar refuerzos a Manila.

—No puedo aguardar la llegada de refuerzos— respondía Fordyce. —Debo batirlos sin demora, castigarlos mientras se conserve vivo el recuerdo de su atrevimiento. En esa forma la impresión perdurará entre los ifugaos.


La lanza y el hacha son las armas del salvaje filipino.

Esa misma tarde la pequeña columna se puso en marcha a través de las montañas. A retaguardia una docena de cargadores llevaban bultos de municiones. Algunos rastreadores indígenas batían los bosques en servicio de avanzada para evitar una sorpresa. Pero, a pesar de todas esas preacuciones, los cazadores de cabezas nos sacaron ventaja al primer contacto.

Bajamos a un valle, marchando por entre un alto pastizal. De repente se oyó un agudo tañido y uno de los batidores cayó, atravesado el tobillo de un flechazo. El hombre había tropezado con una cuerda tendida horizontalmente a ras de tierra, cerca del camino. Al tropezar, la cuerda disparó un arco tendido entre la espesura. Esta manera de armar trampas se emplea para cazar ciervos, pero en la ocasión presente era seguro que había sido montada para los soldados.

El infortunado batidor falleció tras breves minutos de atroz agonía. Luego la columna reanudó la marcha

Avanzábamos por entre un escenario maravilloso. A cada lado picos hirsutos se elevaban hacia el alto cielo, pero las laderas habían sido niveladas y convertidas en terrazas escalonadas sembradas de arroz, de tal modo que a la distancia semejaban desmesuradas escleras que se alzaban desde los profundos valles hasta los altísimos picos.

Al llegar la noche, los soldados se atrincheraron en una cima montañosa, desde la cual se divisaba la aldea de Uigan, y se dispusieron a esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Era indudable que habían sido avistados. Durante toda la noche largas antorchas flameaban y se entrecruzaban como fuegos fatuos por la aldea y roncos cánticos bélicos resonaban en el aire frío y rarificado.

Los tambores de guerra de los indígenas batían sin cesar y miles de voces entonaban el tremendo himno de guerra de modulación gutural de los ifugaos. ¡Fué una noche de pesadilla para la tropa!,

Los soldados, veteranos fogueados, envolviéndose en sus frazadas se tendieron sobre el santo suelo, dentro de sus trincheras, y durmieron como santos. Sólo Fordyce, otro oficial y los guardias indígenas permanecieron despiertos.

Hacia las cinco de la mañana, el sol horadó la cortina de nubes que coronaba los picachos e iluminó un espectáculo soberbio.

Durante la noche habían llegado refuerzos y la aldea de Uigan hormigueaba de gente. Dos grandes danzas de guerra tenían lugar en cada extremo de la población, y entre ambas se afanaban en continuo trajín unas cuatro mil almas, entre mujeres, niños y hombres. Bajando las escaleras de las terrazas, como caminos de hormigas, se percibían millares de hombres.

Centenares de jóvenes guerreros se habían embadurnado de rojo con "dangla" (planta de propiedades tintóreas) y corrían de un lado a otro por entre la muchedumbre, sacudiendo calaveras humanas, de "carabaos" (búfalos) o perros por sobre sus cabezas. La luz del sol se quebraba en reverberaciones metálicas en el acero de millares de lanzas.

—Y bien, muchachos— dijo Fordyce a sus soldados; —¿qué os parece esto?



—¡Encantador, capitán!— respondieron los rudos voluntarios, tan bravos y resueltos como los legendarios tercios de la Legión Extranjera de Francia. Para demostrar lo indomable de su espíritu, jactanciosos, preguntaron:

—¿A qué hora nos desayunamos, capitán?

Se encendieron fogones y al poco rato el aroma del café hirviendo y el jamón que se freía en las sartenes se mezcló al perfume de los pinos de la altura. Apenas se terminó de comer comenzaron las operaciones de guerra, pues los "cazadores de cabezas" abandonaron la aldea y se dirigieron apresuradamente al pie de la montaña cuya altura guarnecían los soldados.

Fordyce, enfocando sus anteojos de campaña, calculó en dos mil el número de los ata-

(Continúa en la página 61)

¡ESPIAS!...

(Continuación de la pág. 19)

a los carboneros "Baden" y "Santa Isabel" no obtuvieron respuesta, y el capitán enemigo en huída llegó a la conclusión de que habían sido capturados o hundidos. Escaso de víveres, municiones, y, sobre todo, carente de informaciones, decidió dirigirse a las traidoras aguas del estrecho de Magallanes con objeto de buscar refugio en alguna de las numerosas bahías de Tierra del Fuego y procurar ponerse en contacto con los agentes del servicio secreto alemanes de Punta Arenas.

Permite formarse una idea de la magnitud de su situación, el hecho de que corría tanto riesgo por los elementos en el curso de su audaz carrera, como de ser descubierto por los deslumbrantes focos con que sus perseguidores horadaban las tinieblas. Su valor fué admirable.

Navegando en mares de aguas revueltas, en medio del terror de una negra noche de tormenta, a lo largo de una de las costas más peligrosas y sembradas de arrecifes del mundo, dobló el Cabo de Hornos a medianoche del 9 de diciembre.

Avanzó por el peligrosísimo canal de Cockburn, que hacía casi un siglo que no había sido relevado ni reconocido. Amaneció. Lentamente avanzó por los canales sembrados de rocas, hasta la tarde, en que ancló en un sitio poco frecuentado llamado Bahía de Scholl. He aquí lo que al respecto refiere el "Capitán":

"En la tarde del 13 descubrí que el "Dresden" cargaba carbón en Punta Arenas. Me puse en actividad en seguida y radiotelegrafié a las autoridades británicas que el buque se encontra allí, consagrándome a vigilarlo. Como a las ocho de esa noche el "Dresden" se perdió en la obscuridad. No pude hacer nada más. Cuando llegó un crucero británico, en la tarde siguiente, era demasiado tarde. Entonces volví mi atención al carbonero alemán "Amansis", que permanecía allí desde el 6, con sus bodegas llenas de carbón... ¡También se habían escapado!

"Hasta la tercera semana de enero mantuve una incesante vigilancia para descubrir el paradero del "Dresden". Así supe que había recibido carbón de dos carboneros. En todo el mes de febrero hubo amplias pruebas de la presencia del fugitivo en varios puertos y ciudades del litoral chileno y peruano, y el 5 de marzo me encontré en Valparaíso, donde supe que un carbonero alemán, con sus bodegas llenas de carbón, había zarpado con destino desconocido.

"Ahora estaba seguro de que el "Dresden" se encontraba en las proximidades.

"Además, con reservas de carbón adecuadas todavía podía perjudicar seriamente a los buques mercantes británicos en las grandes rutas oceánicas. Me puse inmediatamente en comunicación con las autoridades, y el "Kent", que buscaba al "Dresden" más al Sur, se volvió y corrió hacia el Norte. El 8 de marzo, como a las tres, divisó al "Dresden" siete u ocho millas hacia adelante. El "Dresden" también había visto la proximidad del crucero británico y la cacería duró toda la tarde en las tranquilas aguas del Pacífico.

"La suerte favoreció al alemán. Al "Kent" le faltó el carbón y tuvo que abandonar, avisando por radiograma a sus gemelos el "Orama" y el "Glasgow", que había perseguido al "Dresden", indicando el rumbo de éste y volviendo a Coronel a reaprovisionarse.

"Los días del "Dresden" estaban contados. Otra vez sin carbón, víveres y municiones, se dirigió al único sitio posible, las islas de más afuera o más a tierra y de preferencia a la primera.

"En la noche del 13, el "Glasgow" y el "Orama", juntamente con el "Kent", que había reanudado la persecución, convergieron sobre la isla. La claridad del día les mostró al "Dresden" con sus colores al tope.

"En aquellas remotas islas no había medio de imponer la neutralidad ni el internamiento, pero había que anular al "Dresden". A unas 9.000 varas, una mañana clara, los tres buques hicieron una descarga. El "Dresden" respondió con dos andanadas y en seguida se vió que se había incendiado y sus cañones guardaron silencio.

"De repente la enseña desapareció y en su reemplazo apareció la bandera blanca, señal de rendición. Los británicos dejaron de tirar y la tripulación dejó al "Dresden". Apenas llegaron a la costa se produjo una terrible explosión, y cuando la cortina de humo y llamas se disipó, no había nada que indicara dónde había estado el "Dresden". Su capitán lo había "hecho volar" antes que entregarlo al enemigo."

Así terminó la última de las unidades de la escuadra alemana del Pacífico.

FIN



LA PIRATA DEL AMOR

(Continuación de la página 47)

—Hace cuarenta y ocho horas que estoy bajo vuestro techo, señora, y he sabido muchas cosas. Mi servidor, Mateo, que me acompaña, es inteligente y ha averiguado lo que me convenía. Así he sabido lo que se dice de vos; que os llaman "La pirata del amor", porque os apoderáis del cariño de los hombres, con la misma implacabilidad con que yo me apodero de su oro. El mundo ha sido malo conmigo, señora, y por eso le hago la guerra. La vida os convirtió en cautiva de un hombre a quien detestáis, y entonces encantáis a los hombres para despreciarlos luego, vengándoos de la vida. A mí también me habéis encantado, pero no me despreciaréis. Mateo ha sabido por boca de vuestra camarera, Abdona, que anhelabais la llegada del capitán Africa para vengaros de él... ¡Aquí me tenéis; estoy en vuestro poder, en vuestras manos!

Doña Antonia retrocedió un paso y con mirada iracunda fulminó al pirata.

—Os odio — le dijo. — Castigaré vuestra insolencia. Voy a descubriros y os matarán antes de que abandonéis esta habitación.

Intentó salir la dama, pero él la asió de un brazo y la retuvo, exclamando:

—¡Piénsalo bien, Pirata del amor!...

Y abrazándola, la besó apasionadamente. Ella se entregó blandamente a sus caricias.

Cuando más amartelados estaban los amantes, se oyó un ruido y volviéndose, ella divisó a don Jerónimo.

Indudablemente, el gobernador recibiera aviso de la llegada del emisario y apresurara el regreso. Sin asearse, sucio de polvo, desgarrado el jubón y las calzas, había acudido a saludarlo... Mudo de asombro quedó ante la escena que se ofreció a su vista, pero se repuso pronto y conociendo al pirata, gritó:

—¡El capitán Africa!

Africa desnudó su espada al mismo tiempo que lo hacía don Jerónimo, quien retrocedió gritando siempre.

—¡Es el pirata Africa! ¡El emisario es un impostor! ¡Cerrad las puertas!

En un instante se produjo un gran tumulto. Chillaban las mujeres y los hombres acudían desenvainando los aceros.

Africa tomó a doña Antonia, de un brazo, se dirigió con ella a las escaleras y se dispuso a la defensa. El ataque se produjo. Los soldados de don Jerónimo, con éste a la cabeza, cargaron al pirata, que resistió el primer choque a pie firme. Eran cincuenta contra uno. Doña Antonia, fascinada, contemplaba el desigual combate, de pie, en medio de la escalera. Africa retrocedía lentamente, esgrimiendo con maestría. Se lanzó a fondo dos veces y el capitán de la guardia y el lugarteniente de don Jerónimo retrocedieron, malamente heridos, pero la desventaja era demasiada. Doña Antonia vió teñirse en sangre una mano del pirata, que seguía retrocediendo escaleras arriba, muy acosado ya por sus enemigos. dijo en jadeo de angustia, a doña Antonia:

—La linterna... en mi habitación. Hacerla ver por... la ventana... Pronto..., ya estoy muy... cansado.

No pudo decir más, porque don Jerónimo y los suyos tornaron a asediarlo, descansados y repuestos de la fatiga del primer encuentro.

Doña Antonia, azorada, procuraba darse cuenta de lo que Africa le indicara. Las interjecciones brutales, las voces roncas y el chocar incesante de aceros la ensordecían. ¿Qué había querido decirle?... ¿La linterna?... en la ventana... Por fin comprendió, y subiendo a prisa los pocos escalones que faltaban para llegar al piso superior, corrió a la habitación ocupada provisionalmente por Africa, buscó apresuradamente en ella y descubrió una gran linterna marina de tormenta, tomándola abrió la ventana y agitó repetidamente el artefacto.

Desde el monte cercano, la castellana vió que le respondían haciendo flamear un paño rojo atado a un asta. A poco un gran traquido se oyó afuera. Diríase que echaban abajo con violencia los portones del palacio. Siguió una algarabía y un duro resonar de aceros... Un hombre gritó y se oyó el ruido de un cuerpo pesado al caer. Acercábase el tumulto, violento, desesperado. Malgrado su denuedo, doña Antonia tembló por primera vez en aquel día trágico. A su lado estaba la fiel Abdona. La señora la miró con ojos transidos y le preguntó:

—¡Oh, Abdona! ¿Es posible que maten a ese hombre tan bravo?

—Dios Todopoderoso no lo querrá, señora. Ya acuden sus compañeros.

La dama unió las manos y alzándolas con devota unción, clamó:

—¡Santa Madre de Dios: ampáralo! ¡Sálvalo!

Mateo encabezó la carga de los piratas; el capitán Africa lo había despachado con órdenes justamente antes de la recepción, y cuando divisaron desde la montaña la señal convenida, corrieron hacia el palacio. Mateo tomó la dirección del grupo, porque conocía bien el terreno. Eran sólo veinte, pero tan fogueados y decididos que arrollaron y acuchillaron a los del castillo con facilidad. Aquella tropa de bandidos, de velludos pechos descubiertos, brazos y piernas tatuados y desnudos, tremendos lobos de mar, tenía por único oficio el guerrear.

Los soldados de don Jerónimo, tomados de sorpresa y atacados por retaguardia, escaparon o arrojaron sus armas, rindiéndose. Terminado todo, el capitán Africa se dió cuenta de que doña Antonia se hallaba a su lado, limpiándole la sangre que le cubría el rostro y curándole una cuchillada que lo alcanzara en una mejilla.

Una hora después, sentados en la chalupa del capitán Africa, él le señaló a doña Antonia las luces de Santa María, que desaparecían según ellos se alejaban de la costa. Sonriendo le dijo a su amada:

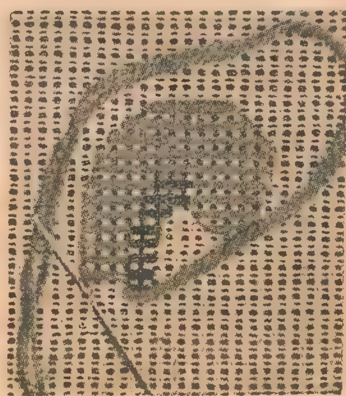
—Mira cómo brillan. ¡Se diría que es de alegría, porque se aleja su "Pirata del amor".

Ella respondió con un beso en la boca de "su pirata".

FIN

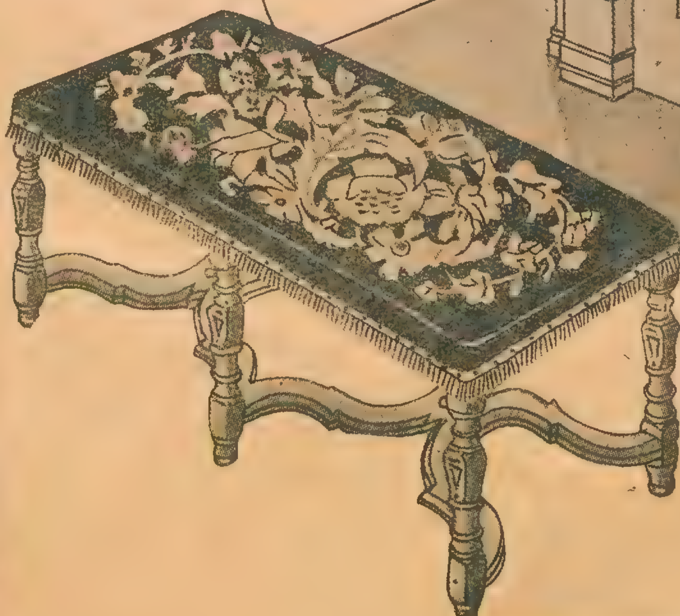
El punto de aguja es siempre agradable



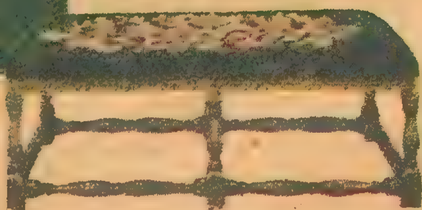


Dos aspectos del proceso de la combinación de los diversos colores.











En cuanto a los bordados y costuras en general se refiere, grandes han sido los cambios experimentados en estos últimos tiempos. Sólo unos pocos estilos han logrado seguir manteniendo su puesto en el concepto femenino. Uno de ellos ha sido el punto de aguja que hoy parece contar con el apoyo de la buena ama de casa. Una banqueta o cualquier otro tipo de asiento o almohadón es lo que mayor aceptación encuentra, especialmente, porque al verlos parecen hacer revivir épocas pasadas, cuando tan chic era contar en el hogar con estos accesorios. Los dos modelos que aquí presentamos están trabajados en punto de aguja, en lana de diez y seis colores diferentes que mantienen, pese a ello, una perfecta armonía. El número uno representa el dibujo apropiado para una banqueta de la forma que aparece más abajo. El número dos, y siempre en el punto de aguja, nos da una idea del dibujo para un asiento de silla común.

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LAS HEMORRAGIAS NASALES

En la mayor parte de los casos, la hemorragia espontánea suele provenir del tabique nasal. Esta hemorragia se consigue detener casi siempre apretando suavemente la nariz entre el pulgar y el índice o aplicando paños mojados en agua fría en la cabeza y en el cuello. El enfermo no debe inclinarse nunca hacia adelante; debe sentarse erguido con la cabeza bien derecha, colocando un recipiente debajo del mentón, no de la nariz. Con este cambio de posición se quita la presión de las venas del cuello y puede resultar lo único que se necesite para detener la hemorragia.

Si la hemorragia a pesar de todo persiste, debe llamarse al médico. Mientras tanto consérvense fríos el cuello y la cabeza y con calor las extremidades. Apriétese en tal caso con fuerza la nariz y si pasa mucha sangre a la garganta, coloquése un trozo de algodón o de gasa contra la parte blanda y posterior del paladar, apretándolo fuertemente contra el techo de la garganta hasta que llegue el médico.

SEÑORA: QUIERA MUCHO A SUS HIJOS, PERO NO CEDA A TODOS SUS CAPRICHOS.

LOS PRIMEROS PASOS

Si su nene está ya en condiciones de dar sus primeros pasos, procure que los dé tomado de una silla o dentro de un andador, de modo que no caiga todo el peso del cuerpo sobre sus débiles piernas, que podrían tomar una mala conformación. Dejarlos gatear no es conveniente, no ya porque se atrasan, sino porque corren el grave peligro de que les ocurra un accidente o que coman alguna basura que encuentren al paso. Ya habrá oído usted contar de niños que gateando han llegado a un brasero encendido o a un tacho lleno de agua, o han rodado por una escalera.

Cdo. a "Irenea S.", de Quilmes.

✤ ✤ ✤

PARA HACER SALIR EL CABELLO

He aquí la receta que usted nos pide en su carta, para hacer crecer el cabello:

Acido fénico	2	gramos
Tintura de quinina roja	30	"
Tintura de cantárida	2	"
Tintura de nuez vómica	7	"
Agua de Colonia	120	"
Aceite de almendras dulces	120	"

Se aplica frotando con un cepillo.

Cdo. a "Independencia 10", de San Luis.

✤ ✤ ✤

CONTRA LA APENDICITIS

En efecto, como a usted le han informado, el aceite de cocina es excelente contra la apendicitis. Muchas son las eminencias médicas que lo recomiendan a sus pacientes cuando existen síntomas de este mal. La dosis és la siguiente: tres cucharadas al día.

Cdo. a "Mamá Rosa", Paraná.

Lactancia artificial

He aquí nuestra contestación con respecto a su pregunta:

La alimentación artificial de su nene debe hacerla con leche de vaca diluída en agua pura filtrada. Se entiende que esta leche debe ser hervida. Antes de darla, es necesario aerearla, para restituirle el aire que perdió por efectos de la ebullición.

La dosis debe ser: mitad agua y mitad leche de vaca. En cuanto a la cantidad, puede recurrirse al siguiente procedimiento, recomendado por un excelente médico de niños:

Ante todo, pésese al nene. Supongamos que pesa seis mil gramos. Multiplíquense por dos las dos primeras cifras. Es igual a ciento veinte. Agréguese siempre la cifra fija veinte. Esto nos dará ciento cuarenta gramos, que es lo que debe tomar cada vez.

En cuanto a la cantidad diaria, puede darle a razón de ciento cincuenta gramos por cada kilo de peso del nene.

Debe agregársele a la leche un pancito o una cucharadita de azúcar antes de hervirla.

Si el niño la tolera (buenos pañales) durante varios días (cuatro a seis) entonces cada día se le dará un biberón con "dos tercios de leche y un tercio de agua". De modo que a la semana (substituyendo un biberón al medio por otro al dos tercios) todos los biberones serán al dos tercios de leche de vaca por un tercio de agua.

Al finalizar el "tercer" mes y siempre con las mismas proporciones, se substituirá el agua pura por un cocimiento (no espeso) de cereales, pero no farináceos. Se procederá a substituir cada biberón así preparado por el agua pura a razón de uno cada dos días. O cada día por medio, según sean las digestiones.

Al finalizar el "quinto" mes se pondrá en vez de un tercio de cocimiento, un cuarto, y los tres cuartos restantes de leche.

Dentro del "sexto" mes, "si el niño está en buenas condiciones" (atención con el peso, cantidad de pañales y cualidad), podrá empezar a tomar una vez por día, por la mañana, una sopita lactofarinácea. Se preparará así: se toma una cucharadita de harina de trigo y se la hace diluir y hervir en seguida "veinte minutos, en doble cantidad de agua a dar (por la ebullición quedará reducida a la mitad)". Agregar el azúcar y hacer hervir nuevamente con la leche otros tres minutos. Hay niños que la prefieren ligeramente salada. Ensaye.

En vez de azúcar puede añadirle miel de abeja, de caña, de uva.

Dentro del "décimo" mes (y con las precauciones anteriores y no estando en un "mes negro", se le podrá agregar la punta de una cucharadita de manteca y otra de polvo de chocolate o cacao (hacerlos hervir los veinte minutos).

La sopita así preparada no sirve más que para una vez. No debe guardarse.

Terminadas ya las clases, puede usted entonces volver a ocuparse de su nene.

Contestando a "Una maestra".

LOS TRASTORNOS DISPEPTICOS

Según sus referencias, lo que tiene su nena es un ligero trastorno dispéptico, y lo mejor que puede darle es levadura o fermento de uvas seleccionadas en las siguientes dosis: dos o tres cucharadas de café momentos antes de las comidas, disueltas en una copita de agua.

Los fermentos de uvas, según los médicos, se recomiendan mucho también en los casos corrientes de diabetes, eczemas, forúnculos y muchas irregularidades de los intestinos.

Cdo. a "Primogénita", de Banderaló.

LA NARIZ ROJA

La rubicundez de la nariz tanto puede provenir del frío como de las congestiones. En el primero de los casos — improbable ahora que estamos en pleno verano — debe lavarse la nariz, por lo menos, un par de veces al día con agua tibia, en la que se hayan disuelto unos gramos de bicarbonato de sosa.

En el segundo de los casos — y el más corriente casi siempre — debe procederse a aplicar sobre la nariz un algodón o una gasita empapada en bencina. También puede humedecerse la nariz con la siguiente preparación:

Bórax en polvo	5	gramos
Agua dulce	75	"

y unas cuantas gotitas de agua de Colonia.

Cdo. a "Carmelita", de Rosario.

✤ ✤ ✤

LAS MEJORES NODRIZAS

Indudablemente, las mejores nodrizas son aquellas que tienen de veinte a treinta años de edad. Las menores de veinte son, por lo general, de poca fortaleza, aparte de que son más ligeras y descuidadas. Las mayores de trinta son de carácter más nervioso, y su leche no conserva ya sus buenas cualidades de nutrición y digestión.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya excepciones, ya que se da el caso de tropezar con nodrizas tanto hijas del país como extranjeras, que a pesar de pasar de los treinta y cinco o cuarenta años, son tan excelentes como una de veinticinco.

Esto es lo único que podemos contestar con respecto a su pregunta.

Cdo. a "Rosa", de General Villegas.

✤ ✤ ✤

CONTRA LAS PICADURAS

Para calmar la comezón que producen las picaduras de los insectos, debe usted proceder de la siguiente manera: Se aplica sobre ellas un poco de sal humedecida, sujeta lo más fuertemente posible por una venda. Este es un remedio casero muy común y de excelentes resultados en la mayor parte de los casos. Ensáyelo con confianza cuando se le presente el caso.

Cdo. a "Madre morocha", de Baradero.

✤ ✤ ✤

LAS MANZANAS

Sí, señora; las manzanas son excelentes para los casos a que usted se refiere, pero tiene que elegirlas maduras y si es posible de buena calidad.

Cdo. a "Pirulita", de Liniers.

EL AIRE Y EL SOL SON LOS MEJORES RECONSTITUYENTES.

CUANTO SE DEBE DORMIR

Según la generalidad de los médicos, el término medio de las horas que una persona debe dormir es de siete a ocho. En cuanto a los niños y las personas de temperamento nervioso es conveniente que duerman más de ocho. En cambio, cuando se trata de personas de edad o cuyas tareas son poco pesadas, deben dormir menos de siete horas.

Cdo. a "Juliana P. de Solís", de Carhué.

✤ ✤ ✤

UN BUEN RECONSTITUYENTE

Satisfacemos su deseo dándole a continuación la fórmula de un poderoso reconstituyente, que debe tomarse por cucharadas, dos veces por día, unos momentos antes de cada comida.

Glicerofosfato de cal líquido	3	gramos
Tintura de nuez vómica	0,5	"
Maltina	0,5	"
Jarabe de cerezas	250	"
Glicerofosfato de mag. líquido	1	"
Tintura de kola	10	"
Pepsina líquida	3	"
Glicerina	50	"

Cdo. a "Cordobesa", de Villa María.

Cuando su niño se muestre triste, es que no se encuentra bien. No lo descuide

LA COPA ENVENENADA (Continuación de la página 37)

los cortinones echados. A la izquierda, una puerta daba a una habitación interior. Pero nada de esto llamaba la atención de Maskell. Su vista estaba clavada en un macizo ataúd abierto, de roble lustrado y de plata, que ocupaba el centro del salón. Cuatro hachones de cera ardían en pesados candelabros de plata. La luz que despedían y la de la vela que llevaba el conde, iluminaban débilmente la obscura estancia. A la menor ráfaga de viento, se entablaba una lucha entre las sombras que bajaban y la luz, como si aquéllas desearan exterminar a ésta.

Mientras Maskell permanecía silencioso, lleno de asombro y espanto, se abrió la puerta extrema del salón y apareció un hombre. No bien hubo entrado, Maskell reconoció en el recién llegado al hermano del conde. El parecido era notable. Y a pesar de todo, existía muy poco común entre ellos. Era más joven. Pero su cuerpo doblado, sus manos temblorosas y su rostro zahareño podían pertenecer muy bien al mayor. El conde era alto e imponente, y su porte dominante y severo. Bajo sus pobladas cejas brillaban unos ojos fanáticos, rayanos en la vesania. El hermano, en cambio, parecía un hombre de espíritu quebrantado, completamente dominado por la fuerza de carácter de su hermano mayor. Miraba a Maskell con evidente terror.

—¿Quién es este hombre? — preguntó. — ¿Qué quiere? En nombre de Dios, ¿qué es lo que lo trae por aquí, precisamente esta noche?

— Es un forastero — replicó severamente el conde. — Un inglés que pide asilo, y que no podemos negárselo. Ha luchado por nuestra querida Francia.

— ¡Pero esta noche! — tartamudeó el hermano. — ¡Esta noche!...

— No podemos negárselo — repitió el conde severamente. — El callará. Me dió su palabra.

— Si lo que veo es un duelo... — comenzó a decir Maskell, — si alguien ha muerto...

— Nadie ha muerto — repuso el conde, al tiempo que con la suya reprimía la mano de Maskell. — La que va a morir está arriba. No tardará en bajar.

Maskell, desconcertado, permaneció silencioso durante un rato. En seguida tartamudeó:

— ¡La que va a morir!...

— Recuerde su promesa — contestó el conde severamente. — Ya que decidió quedarse con nosotros, debe saberlo todo. La mujer en cuestión es nieta de mi hermano. Por ella la deshonra visitó mi hogar. Y esta noche debe expiar su culpa con la muerte.

—¡La deshonra! — tartamudeó Maskell.

— Usted juzgará — respondió el conde. — ¡Ha cambiado cartas de afecto y promesas de amor con un alemán!

—¡Con un alemán! — gritó sorprendido Maskell. — Pero..., pero...

— Pero ¿qué? — preguntó iracundo el conde. — ¡Yo la prefiero muerta! ¿Tiene algo más que decir?

—¿Estuvo usted en la guerra? — preguntó Maskell.

— No. Era demasiado viejo.

— Yo sí, estuve — replicó Maskell. — Y créame, había alemanes buenos. Seguramente usted no va a condenar a la joven por esto sólo, ¿verdad?

— Usted habla como un inglés — contestó el conde con amargura sombría. — Usted peleó..., sí..., pero no en tierra propia. Sus ciudades no fueron arrasadas, sus hombres no sufrieron la esclavitud, ni sus hijas fueron objeto de vejámenes. ¡No! Yo no luché en esta guerra. La vejez me lo impidió. Tampoco en la del 70, a causa de que era entonces un niño, demasiado joven para pelear, pero no tanto como para olvidar. Y no he olvidado. Nunca lo olvidaré. Ya verá esta noche si lo he olvidado o no. Usted será testigo.

Dicho esto, se encaminó a la puerta del extremo lejano de la habitación, seguido por Maskell y por su hermano. Pasaron al comedor, donde había una hermosa chimenea con repisa de mármol tallado con bellas volutas y escudos de armas. Un imponente aparador de roble tallado daba realce a la vajilla de plata.

En medio de la habitación podía admirarse la mesa lustrada de la misma madera y en la que había tres copas de plata frente a otros tantos asientos. Junto a la mesa estaba una cuarta silla. El conde, volviéndose a su hermano, le dijo solemnemente:

—¿La enteraste de todo?

— Sí — contestó tembloroso el aludido.

—¿Está lista?

— Sí.

— Entonces — prosiguió lentamente el conde, — ya que todo está preparado, puedes ir a buscarla.

El más joven de los hermanos abandonó el comedor. El conde tomó del aparador una cuarta copa, que puso delante de la cuarta silla y la llenó de vino tinto.

— Ya que está usted aquí — dijo él, —tomará parte en la ceremonia. Más tarde cenará con nosotros, si es que tiene apetito. Tres de estas copas contendrán vino. La cuarta, además del vino, veneno. A una señal mía, beberemos..., ¡y ella también! La muerte lavará el deshonor en que esta mujer nos ha sumido.

Sus ojos brillaron fanáticamente. Maskell no podía dudar de su sinceridad. Era la sinceridad de un loco.

—¿Y lo sabe su sobrina? — tartamudeó él.

— Sí.

—¿Y cree usted que obedecerá?

— Sí — contestó tétricamente el conde. — Para hacerle justicia diré que le sobra valor.

Hubo una pausa. La mente de Maskell trabajaba febrilmente. Se imaginaba cómplice de un crimen. Pero había dado su palabra. Tenía que guardar el secreto. No sabía qué decir. El rostro del conde expresaba impaciencia y pronto lo cubrió la sombra de la duda.

— Le ruego me perdone — dijo él. — Ella no viene. Quizá haya pasado algo. Iré a ver. ¿Me perdona usted?

Salió por la misma puerta que su hermano. Maskell miraba pensativo la mesa, con sus cuatro copas de plata. Era una pesadilla. El mismo se engañaba diciéndose que si se despertara, este ambiente de tragedia se desvanecería como en un sueño. Luego, súbitamente, como si hubiera recibido una corriente galvánica, se puso en movimiento, tomó la copa destinada a la joven y miró a su alrededor. Iba a ponerla en el sitio del conde cuando oyó pasos que se acercaban. Sin pérdida de tiempo echó mano a la suya y la puso en el lugar de la víctima, colocando la envenenada en el correspondiente a él. Si fuera necesario, haría como que bebía.

No bien terminó de hacer el cambio de copas, cuando la puerta se abrió para dar paso a una jovencita de diez y nueve a veinte abriles, alta y esbelta. Su bien formada cabecita se asentaba en un cuello largo y delicado. Evidentemente, era una característica de familia que Maskell había notado ante en el conde. Pero lo que en éste era una cualidad siniestra y propia de una culebra, resultaba en ella una gracia exquisita. Vestía un sencillo traje blanco, libre de adornos. Su negra cabellera estaba recogida en dos grandes trenzas que rodeaban su cabeza. Sus labios herméticamente cerrados indicaban una fuerte voluntad. Y en sus ojos negros dormía un feroz orgullo con mezcla de resentimiento. Maskell se inclinó profundamente. Se imaginó que parte del resentimiento iba dirigido a él por su presencia.

A no haber cambiado las copas, Maskell no hubiera permanecido callado por más tiempo. Hubiera contendido, amenazado y arrojado su promesa al viento. Pero ya que la copa envenenada estaba en su poder y ningún daño podía tener lugar sin su conocimiento, determinó desempeñar su parte en la extraña escena que se desarrollaba en el momento. No tuvo mucho que esperar. A la joven seguían el conde y el abuelo. El primero, imperioso y dominador, se hizo cargo inmediatamente de los trámites. Con un ademán indicó a todos sus respectivos asientos, haciéndolo él a la cabecera. En el lado opuesto se sentó la joven, a la izquierda el hermano y a la derecha Maskell. Levantándose solemnemente, con la copa en la mano, dijo:

— Ivonne, debes apurar tu copa. Ya sabes mis deseos. Cúmplelos como has prometido. Estoy seguro de tu orgullo y de tu valor, tan necesarios para reparar la falta. Bebe con nosotros.

La joven alargó mecánicamente el brazo, tomó la copa y la alzó. Su abuelo la imitó. Maskell estuvo tentado de protestar, y exclamó:

— Antes de que os siga, debo saber claramente si la señorita está conforme, de lo contrario, yo me abstendré.

El conde lo miró ceñudo.

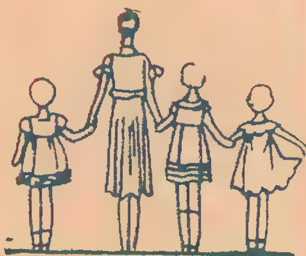
— Señor — repuso severamente, — aquí, no es usted más que un espectador. La señorita sabrá cumplir con su deber. Y terminemos.

La joven, volviendo hacia él sus ojos negros, díjole con una especie de orgullo tétrico:

— Le ruego que no insista, señor.

(Continúa en la página 59)

Son muy graciosos y cómodos los

1.—En falla azul es este modelito para nena de cortos años. Breteles en la misma tela. Cuello y pechera blancos.

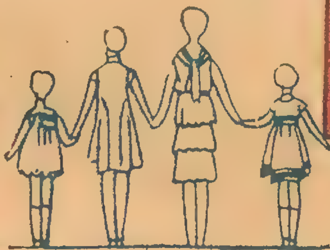
2.—También en sarga es este vestido, ribeteado de negro y fruncido en el talle.

3.—Vestido en crêpe georgette naranja. Moños en las mangas y el cuello.

4.—Modelito en crêpe de China verde, sencillamente adornado con valencianas.

5.—Para bebé es este modelo en crêpe de China rosa pálido. El cuello berta y la pollerita recortados en festones y orillados por un bies.





6.—En cretona multicolor es este otro modelito para nena, que resulta tan sencillo como vistoso.



7.—Vestido en tussor rosa cuadriculado en la parte alta. Flores incrustadas en la parte baja de la pollera.

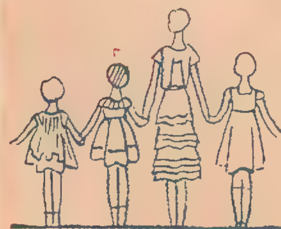
8.—Vestido para niña de diez a doce años, en crêpe de China azul. Es entallado y adornado de crêpe de China rosa.

9.—En crêpe georgette amarillo es este modelo. Los tres volados y el cuello están finamente adornados de encajes.

10.—Vestidito en shantung rosa, con adornos sencillos.

últimos modelos para niñas







18. — Modelo en crepe rosa, adornado en la pollera. Cuello plisado y motivo bordado en el canesú.

19. — En muselina de seda impresa, adornada de estrechos volados es este vestido para niña mayor.

20. — Modelo en crêpe de China verde vivo. Pollerita en forma. El corpiño está adornado por tres caídas en la misma tela



11. — Modelo en crêpe de China azul, adornado con un gran moño en la parte de atrás.

12. — Vestidito en georgette rosa pálido, adornado de hileras de valencianas fruncidas.

13. — En crêpe georgette anaranjado es este vestido, cuyo cuello berta está cosido adelante y atrás.

14. — Vestido en crêpe de China azul, adornado por estrechas bandas de la misma tela finamente plisadas.

15. — Vestidito fruncido en la parte del canesú. Cuello berta y presilla.

16. — Modelo en tela moteada para pequeña de cortos años. Pollerita fruncida. Ribete en el cuello, las mangas y el pecho.

17. — Vestido en crêpe de China azul cielo, cerrado arriba por pequeños pliegues y adornado con un estrecho encaje.



LA CIENCIA DE PREGUNTAR

ALUMNO DE 5º AÑO. — Kant era prusiano, pues nació en Koenigsberg. Sus obras, que usted puede leer son: "Crítica de la razón pura", publicada en 1781; "Crítica de la razón práctica", en 1788; "Crítica del juicio", en 1790; "Prolegómenos a toda metafísica futura", en 1783; "Metafísica de las costumbres", en 1797 y otras más.

●●

LA MOROCHA. — Envíe las colaboraciones a que se refiere a nombre de la Dirección de "Mundo Argentino".

●●



ADMIRADOR. — El premio nacional en letras le fué otorgado en el año 1926 a la obra "Don Segundo Sombra", de Güiraldes.

●●

ANGELITA. — Muchas gracias por sus felicitaciones. Las prendas de gamuza se limpian lavándolas con nafta varias veces hasta que la nafta salga clara, luego se les pasa un género blanco para desmancharlas completamente, es decir, "arrastrar los residuos que puedan contener".

●●

ESTUDIANTE DEL CURSO DE CULTURA INGLESA. — Pope no era, en efecto, un dechado de virtudes, al parecer. El gran poeta inglés poseía grandes defectos que hicieron un contraste notable en su personalidad. Le cedemos la palabra a Schroer, que se ha referido a él sin medias palabras. "Hemos de ser — dice — más bien indulgentes con su personalidad, considerando que, lisiado desde su juventud, falto de salud toda su vida, en vez de evolucionar hacia una humanidad sana y hacia la moralidad, evolucionó, como otros muchos para quienes la naturaleza ha sido una madrastra, hacia la disimulación y la perversidad, la vanidad y la cínica bajeza, de modo que sus brillantes dotes desplegáronse más bien hacia el lado de la razón, y de aquí hacia la maliciosa envidia y el enjuto desprecio de los hombres." A pesar de su buena voluntad, como usted ve, Schroer no es nada indulgente...

●●

SIVIP. LAG PAIVA. — Generalmente esos institutos carecen de toda responsabilidad. En el caso a que usted se refiere, lamentamos no poder darle los informes que solicita, porque ello es ajeno a la índole de esta sección. Además, su carta es vaga y no especifica qué clase de enseñanza imparte ese instituto y en qué condiciones. Escríbanos nuevamente.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

S. COPILLO (Santa Fe del Rincón. Santa Fe). — Diríjase a una buena librería de esta plaza.

●●

HIJO DE PROVENZA. — Se calcula que el tonelaje total de la marina mercante francesa es de 3 millones y medio de toneladas. Francia ocupa el cuarto lugar entre las potencias marítimas.

TENGA PIEDAD DE MI. — Hágase ver y siga estrictamente el tratamiento que le imponga su médico. Usted es una enferma física y moral, del cuerpo y del alma, como dicen los doctores y los poetas.

●●

MOLESTA. JESUS MARIA. — Lea la respuesta dedicada a "La morocha".



LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — La fecha en que la ciudad de Pompeya fué destruída por el Vesubio fué el 24 de agosto del año 79. Plinio el Joven ha narrado los episodios de la gran catástrofe que costó 20.000 vidas, pues acompañó a su tío, Plinio el Viejo, en los actos de socorro y salvamento. "Una espantable obscuridad — ha escrito el mismo, — sólo rasgada por la lívida luz de los relámpagos cubría la tierra y el mar, no una obscuridad como puede ser la de la noche sin luna y nublada, sino más espesa todavía, como la que reina en un antro completamente cerrado."

●●

LECTORA DE "MUNDO ARGENTINO". — Hay un libro sobre iconografía de Facundo Quiroga que usted podrá consultar en cualquier buena biblioteca, la del Consejo Nacional de Educación o la Nacional, y donde encontrará las fotografías del Tigre de los Llanos, que usted busca.

●●

CURIOSITA. — La explicación del arco iris es la siguiente: Se produce cuando los rayos solares atraviesan un lienzo de lluvia o de espesa humedad. Cada rayo sufre al tropezar con las gotas de lluvia varias reflexiones y una refracción al entrar y otra al salir de cada una de ellas. Por consecuencia, se forman múltiples

EL ARTE DE CONTESTAR

arcos, pero a los ojos del espectador sólo son visibles dos, uno muy claro y el otro más débil, este último con sus colores dispuestos en sentido contrario que el segundo.

●●

FEDERICO. — La anemia tiene su origen en un empobrecimiento de la sangre a causa de la disminución de glóbulos rojos principalmente. Si usted sufre dolores de cabeza, decaimiento, falta de apetito, decoloración de las mucosas y palidez, con toda seguridad que sufre de ese mal. Consulte a un facultativo. Es lo más prudente.

●●

AFLIGIDA Y TRISTE. — En el próximo número saldrá su respuesta. La seriedad de esta sección exige que averigüemos bien los datos que necesitamos para satisfacer su pedido.

●●

SUPERSTICIOSA. — El horóscopo dice que las personas nacidas el 5 de marzo harán viajes peligrosos. Naturalmente que esto va por cuenta del horóscopo y de su credulidad.

●●



DISCUTIDORES. — El carpincho (hydrochoeurus capibara) es, como su nombre en latín lo indica, un roedor acuático. La nutria es también un roedor acuático más pequeño que el carpincho, que es el más grande de los conocidos.

●●

IDA DE ALFREDO. — El estado de ánimo a que usted se refiere no tiene, ciertamente, origen, en determinadas horas del día. No obstante, la frase a que usted alude está bien empleada.

●●

EVANGELICA. — La palabra "intirgantes" no existe en el idioma castellano. Si usted ha querido referirse a "intrigantes", se le llama así al que intriga. Intriga significa: "Manejo cauteloso, acción que se ejecuta con astucia y ocultamente para conseguir algo."

●●

A. P. (Plaza Huincul). — La provincia de Jujuy tiene más de un 60 por ciento de su población escolar analfabeta. Corrientes y Santiago del Estero tienen un 50 por ciento, más o menos. La proporción que le corresponde a la provincia es de un 30 por ciento, más o menos.

●●

GARANTIA. — El primer toro Durham que se introdujo en el país fué en el año 1848.

TODA UNA ESPOSA

(Continuación de la página 39)

—¡Pero ya estás mejor, Alvaro!

—Sí, en efecto, sigo mejor; pero tú estás haciendo mi trabajo.

—Lo más seguro es que lo esté embrollando.

En este punto despertó en Alvaro su viejo orgullo.

—No puede pedirse mucho de quien no lo ha hecho nunca, Juliana.

Ella sonrió. Para ella, Alvaro seguía convencido de que era una inútil.

—¿Cómo siguen Haldín y Rey?

—Siempre lo mismo, como yo. Me preguntan mucho por ti.

—¿Ves alguna vez a Corvalán?

—Nunca.

—Lo imaginaba. Galván se ocupó siempre de aislarme de él. Es él quien tiene toda la confianza de la casa y es también quien recibe mejor sueldo.

—¿Sabes que el joven Cobo se fué a Europa?

—¡No digas! ¡Sí que lo mandaron pronto!

Llegó la hora de retirarse los visitante. Juliana se despidió:

—¿Necesitas algo, Alvaro?

—Sí, algo muy envidiable: un par de piernas.

—Pronto las tendrás, no te aflijas.

—Así lo espero. Bueno, vete. Besa a los nenes de mi parte y que Dios te bendiga a ti, querida, por lo buena que eres.

Lo besó ella y se marchó. En el camino no dejó de pensar en Alvaro y se sintió impregnada de una honda pena. "Nunca progresará en su puesto — se dijo. — No lo enviarán jamás como representante a Europa."

Se ama el hogar sólo cuando se tiene la obligación de ausentarse de él. La experiencia le había hecho ya comprender a Juliana que no es cosa tan agradable el tener que ir todas las mañanas al empleo.

Sin embargo, durante todo el verano siguió yendo al empleo. Aun hasta cuando los niños tuvieron el sarampión. No faltó un solo día. Ahora echaba mucho de menos su casa y sus hijos. Maldecía el día malhadado en que fué atropellado Alvaro por un automóvil.

—Sus cartas son buenas, pero demasiado largas. Trate de ser más concisa — díjile un día Galván.

Ella estuvo por contestarle: — "Escríbalas usted, ya que usted es el que percibe el mejor sueldo", y además, expresarle la opinión que les merecía a todos, pero no lo hizo por Alvaro, que, en venganza, podría ser depuesto. Sólo le contestó:

—Así lo haré, señor Galván.

Pero todo tiene término. Alvaro salió por fin del hospital y pudo reanudar sus tareas en las oficinas de la casa Darrey. El primer día lo acompañaron todos hasta la estación. Salieron más temprano que de costumbre, pues Alvaro no podía andar muy ligero. Al separarse se besaron como en épocas anteriores, y los chicos le dijeron:

—Tráenos un barrilete, papito.

—Bien, queridos; les traeré el barrilete.

Una vez que hubo partido el tren, Juliana dijo a sus hijos:

—Esta noche no se acostarán ustedes hasta después que haya venido papá.

—¡Oh, mamita, qué lindo! — exclamaron las chicos: — ¿Por qué?

—Para darle la bienvenida a papito.

Los llevó al colegio, y, como siempre, se dirigió al pueblo a hacer las compras del día y de paso a adquirir una botella de wisky para demostrarle a Alvaro cómo lo querían. Juliana había comprendido ya que no era todo miel el tener que ir todos los días a la oficina.

Al llegar a las oficinas de la casa Darrey, Alvaro temió que le hicieran algún reproche sobre el trabajo de su esposa.

—¡Hola, viejo amigo! — díjole Haldin dándole una palmada en la espalda.

Rey le dió la mano con toda sinceridad. Galván, por no ser menos, le dió también la bienvenida.

—¡Qué tal, Dean; ya le tenemos otra vez por aquí!

Estaba contento de volver a la oficina. Pero en ella se encontró con un nuevo empleado que se llamaba Yepson.

—Buenos días, Yepson; tráigame la correspondencia.

El día voló. En cuanto dieron las cinco encendió su pipa, como hacía antes.

A las cinco y media Galván, de regreso de la oficina de su superior, le dijo:

—Dean el señor Corvalán desea verlo.

Entró Alvaro en la oficina del señor Corvalán. Allí lo encontró, como siempre, sentado a su escritorio. Le dijo afectuoso:

—Dean, celebro mucho su regreso.

—Muchas gracias, señor. Yo también me alegro mucho de haber podido al fin volver.

—Usted tiene una esposa que es una joya, Dean.

—Sí; es muy buena.

—¿Buena? Mucho más que eso. En seis meses hizo su trabajo tan bien, que no tuvimos un solo motivo de queja.

—¡Cuánto me alegro, señor Corvalán, que sea así!

—Debe usted sentirse orgulloso de ella. Usted es un buen empleado, Dean, no cabe duda, pero si usted hubiera demostrado la iniciativa de su esposa, créame que hoy estaría ocupando el puesto de Galván.

Esto le produjo a Alvaro un gran malestar. ¡Cuántas veces se había vanagloriado ante su esposa de que en la casa Darrey no podrían prescindir de él! El señor Corvalán le extendió un papelito doblado, diciendo:

—Como es natural, deseamos agradecer a su esposa sus valiosos servicios. Este cheque es para ella.

Regresó a su casa agobiado por las palabras del señor Corvalán. Al llegar a ella fué recibido por su mujer y sus dos hijos. El comedor aparecía lleno de flores. Alvaro entregó el cheque a Juliana.

—¡Quinientos pesos! — exclamó ella saltando de gozo: — ¡Qué ricos somos, querido! ¿Qué podrémos hacer con tanta plata?

Llevó a los chicos a acostarse, y bajó en seguida para servirle un wisky. El la miró y le preguntó:

—¿A qué se debe este recibimiento?

—Pues, a que he comprendido en estos últimos tiempos que tu vida de trabajo es bastante dura.

—¿La mía? ¡Oh, no! La tuya es más dura que la mía.

—No; no lo es, ni lo será nunca más. Pero, ¿qué tienes? Te noto preocupado.

—¡Y tanto, querida! Hoy me han dicho la verdad más cruel. Que no adelantaré jamás porque carezco de aptitudes.

—Eso no puede ser, Alvaro.

—Pues es así. El señor Corvalán mismo me dijo que si yo hubiera sido tú, me hubiera dado el puesto de Galván. ¿No sería mejor que yo me quedara aquí, haciendo los quehaceres de la casa, y tú siguieras en mi puesto?

—No, Alvaro; imposible. Hoy no cambiaría por nada del mundo mi puesto por el tuyo. Prefiero estar aquí, con los chicos, esperando todas las tardes tú regreso.

—¡Es que soy un fracasado, Juliana!

Ella sonrió dulcemente:

—¡No pienses en eso, Alvaro! No es cierto. Piensa que no nos falta más que una cuota para terminar de pagar los muebles, y que dentro de dos, la casa será nuestra. ¿Y quién ha hecho todo esto, Alvaro? Tú, nadie más que tú...

El no contestó. Pero no dejó de pensar que el tener casa no le redimía de ser un fracasado.

Ella trato de animarlo. Le encendió la pipa y le dijo:

—Vamos, querido, reacciona. Los chicos y yo te debemos mucho; te lo debemos todo. Esto no lo podemos negar ni lo olvidaremos nunca.

El se levantó, la tomó en sus brazos y la besó como hacía tiempo que no la besaba.

—¿Deberme mucho a mí? — dijo fríamente. — No trates de engañarme, Juliana. A ti es a quien se lo debemos todo, a ti, que eres toda una esposa.

FIN



La bondad siempre tiene su recompensa

(Continuación de la página 40)

viejecita, y tirándoles besos con las puntas juntas de los dedos, desapareció tan misteriosamente como había venido.

Los niños no durmieron más esa noche, esperando el día para ver sus arbolitos nuevos. No bajaron de noche porque sabían que no debían hacerlo, pero ni bien clareó en el horizonte, corrieron al jardín, y, cuál no sería su asombro al comprobar que los arbolitos habían dado flores y estaban cargados de fruta. Uno era un ciruelo, y tenía un letrero que decía: "¡Para Juanita, porque es la niña más buena del mundo!"

El otro arbolito era un peral, y tenía otro letrerito que decía: "Para Pedrito, el niño más bueno del mundo!"

Al pie de los arbolitos había un cartel que decía:

"La bondad del corazón siempre se ve recompensada. No lo olvidéis nunca, hijos míos, y conservaos tan buenos y puros como lo habéis demostrado ser a vuestra amiga: la Viejecita del Bosque."

FIN

La copa envenenada

(Continuación de la página 55)

Este asunto sólo nos afecta a nosotros. No quiero que mi abuelo lance sobre mí la acusación de haber denigrado su apellido. Yo soy tan celosa del honor de nuestra casa como lo es él. Y no admitiré que ningún extraño venga a juzgarnos. Lo que hacemos sólo a nosotros nos incumbe.

A esto siguió un breve silencio. Maskell levantó también su copa.

—Están locos — pensó él. — Demos gracias al Todopoderoso de que nada va a suceder.

A una señal del conde, todos, menos Maskell bebieron solemnemente. El viajero apenas tocó la copa con sus labios. Después de dejar las copas en la mesa, se miraron en silencio.

Al cabo de un minuto, una sombra gris cubrió lentamente el rostro del conde. La duda le atormentaba. Miró su copa y luego a Ivonne. Maskell se inclinó hacia adelante y dijo:

—¿Creen ustedes que yo iba a permitir esto? Son ustedes unos locos, pero a mí parecer no tanto como todo eso. Cuando se fueron de aquí, yo cambié las copas. No sé quién ha bebido el veneno, aunque puedo asegurar que no ha sido la señorita.

El conde frunció el entrecejo. Sus ojos centellearon. Su rostro se encendió. Y levantándose vacilante, dijo torpemente:

—¡Usted! ¡Usted! — Y súbitamente asomó en sus ojos una mirada de terror. — ¡El veneno! ¡El veneno!

No tardó en caer sobre la mesa primero y luego en el piso. El terror a la muerte lo empujó en sus brazos. Un cadáver yacía en el suelo.

Su hermano se puso de pie de un

(Continúa en la página 61)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

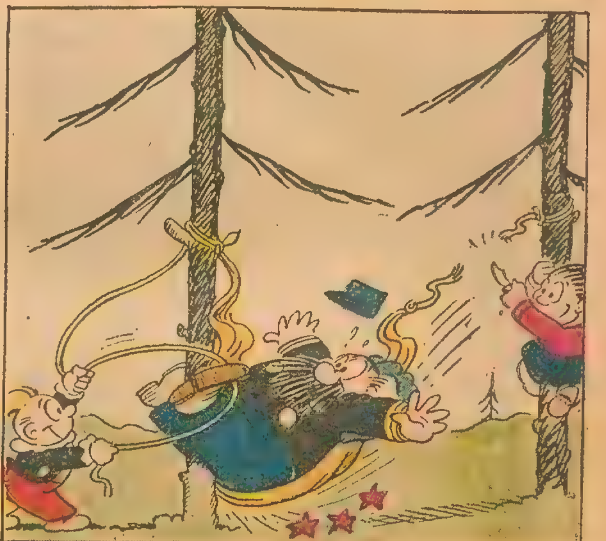
























LA COPA ENVENENADA

(Continuación de la página 59)

salto. Su rostro estaba desfigurado de rabia y de horror. Señalando a Maskell con un dedo trémulo, rugió:

—¡Usted lo mató!

—¡Yo no! — contestó Maskell solemnemente, mientras señalaba su copa. — El veneno está aquí.

— Pero ¿cómo?

— Un médico diría que fué un síncope — replicó Maskell. — Pero a mí me parece que fué la violencia de sus propios sentimientos lo que lo destruyó.

Los tres se miraron entre sí. Y ya que el veneno estaba intacto y el deceso se produjo por muerte natural, Maskell estaba seguro de que la tensión se haría menos tirante.

— Los sentimientos de mi hermano eran, por cierto, violentos — dijo tembloroso el anciano. — En verdad, yo apenas si podía comprenderlos. Ni siquiera creía necesario lo que se había propuesto. Pero él era el mayor y el juez. Yo, el menor. Toda mi vida me contenté con seguirlo. Y ahora que ya no está más, me quedo sin guía.

— Era un guía que estaba por conducirlo a usted a través de extraños senderos — contestó Maskell, un tanto gravemente. — Y pienso que su muerte lo ha salvado a usted de un pesar y un remordimiento harto profundos.

Y arrojando al suelo el contenido de su copa, dijo con aire despreocupado:

— Tengo hambre. Su hermano me ofreció comida y bebida. Tenemos mucho que hacer. Hay que cuidar el cadáver y avisar a la autoridad. Lo ayudaré a usted en todo lo que pueda.

El sabía que su pedido los despertaría del trance en que se hallaban abuelo y nieta. La joven entró en un cuarto adyacente y pronto volvió con pan, fiambres y vino. Maskell comió con gran apetito, mientras la muchachita lo observaba.

— Usted, como extranjero — habló al fin, — debe pensar que somos muy extraños, ¿verdad?

— Yo he llegado en un momento extraño — contestó él.

— Mi tío, el anciano que ha muerto, ¿le contó a usted todo?

— Creo que todo.

—¿Y usted estaba de acuerdo?

— Yo lo consideré un loco — repuso Maskell. — Hay muchísimos alemanes a quienes respeto. Así que no me extrañé que usted pudiera amar a uno.

— Señor, usted ha hecho esta noche muchísimo por mí. Le debo a usted la verdad. ¡Yo no lo amaba!

— Pero..., ¿pero por qué...?

— Por un tiempo creí que lo adoraba — contestó ella. — Más tarde reconocí mi error. Pero mi tío había descubierto mis cartas. Y el orgullo me prohibió negarlas.

—¡El orgullo! — exclamó él, mirándola fijamente. — ¿Estaba usted dispuesta a morir por su orgullo?

— Por mi propia estimación — repuso ella. — ¿Qué es la vida sin eso?

— Usted es terriblemente orgullosa, señorita — dijo Maskell. — Casi me hace temerla...

Terminada su cena, se levantó.

— Le indicaré una habitación para que duerma — dijo ella. — Por la mañana debe abandonar esta casa y olvidar todo lo que ha pasado.

— Ni su mismo tío me pidió que hiciera eso — contestó él, mirándola.

— Sin embargo, yo le ruego que lo olvide — repuso ella con una sonrisa melancólica. Y tomando una vela de la mesa, lo condujo a través del comedor y luego por unas escaleras de piedra. Se detuvo en la puerta de un dormitorio y le dió la vela.

— Duerma usted bien y olvide.

El viajero miró a su alrededor observando las altas ventanas acortinadas y el amplio lecho con dosel.

— Soñaré aquí — replicó él.

— Que duerma bien — contestó ella significativamente — y no tenga sueños... Son inútiles.

— Soñaré — repitió él enfáticamente. — Usted no podrá prohibirme de que sueñe...

Maskell alumbró las escaleras, mientras la joven bajaba. Al llegar al pie, él pensó que ella se había detenido un instante para mirarlo. En seguida desapareció.

A la mañana siguiente la joven lo despidió en la inmensa puerta de roble con su llamador de bronce.

— Señorita — dijo él sinceramente, — usted me prohibió soñar..., y soñé... con usted...

— Adiós, señor — respondió ella.

— Hasta la vista, señorita — contestó él, recalcando la frase.

Ella no hizo comentario alguno. No había más nada que decir. Bajó la colina, y al llegar al recodo se volvió para saludar con la mano.

—¡Extraña aventura! — se dijo a sí mismo. — Pero esto es el comienzo, no el fin. ¡Volveré!

FIN

UNA CAUSA DETERMINANTE DE LA...

(Continuación de la pág. 45)

solo rayo de luz que la ilumine.

Y lo triste del asunto es que muchos hombres cuyos matrimonios zozobran en escollos como los citados, carecen de discernimiento suficiente para darse cuenta de la causa determinante de tales situaciones.

Todo eso será, posiblemente, cierto, pero también lo es que han sido mezquinos de lo más barato y vivificante del mundo, una palabra de aliento y de elogio, el gesto de un aplauso, la exteriorización de la apreciación.

Estar por encima del deseo de todo eso es ser más que humano. Desear escuchar la palabra de cálido elogio y ser incapaz de presentir la presencia de la palabra que no se exprese es ser sólo humano. Los hombres lo necesitan y casi siempre lo tienen de sus mujeres. Para ellos es la esencia misma de la vida y aunque lo aprecian, dan muy poco en cambio de la misma moneda.

Las mujeres sitibundas de amor, hambrientas de las pequeñas nonadas que eran el pan diario cuando eran jóvenes, se abisman en la desesperación al verse privadas del mimo más elemental por parte de sus esposos y se agrian, desaparece la vitalidad y el impulso de sus emociones y dejan de existir como amantes, para convertirse en seres reticentes, desconfiados, desilusionados. O bien se tornan voraces y buscan satisfacciones fuera...

FIN

LOS ULTIMOS CAZADORES...

(Continuación de la página 51)

cantes. Con gran satisfacción comprobó que Uigan, ataviado con todas sus galas de guerra, marchaba al frente de sus huestes.

Recorriendo su escasa línea de tiradores, el capitán hizo que cada uno de ellos inspeccionara bien al jefe ifugao.

— Tratad de reconocerlo — previno. — Cuando se inicie la pelea, evitaréis disparar sobre él hasta que yo lo ordene. Dejadlo que suba la ladera y luego lo llenaremos de plomo. ¡Esta noche regresaremos a Banaue llevando su cabeza!

No tuvieron que esperar mucho. A los pocos minutos, un contingente compuesto por unos ochocientos guerreros tomaron colocación en la ladera de un cerro cercano, como si se propusieran ser testigos de la carga. Los restantes, mil doscientos hombres elegidos, iniciaron el avance, cerro arriba, en oleadas sucesivas.

Los salvajes subían con rapidez la ladera, rebrillando las mil doscientas hachas y lanzas fieramente empuñadas. Venían desnudos, decorados los escudos y armas con hojas de la "dangla" sagrada, ceñudos, respirando crueldad, flotando las hirsutas cabelleras. Y subían, subían siempre, implacablemente, silenciosamente.

Erguido, sereno, impávido, Fordyce ordenó:

—¡Fuego a discreción!

Cincuenta "cazadores de cabezas" cayeron, mortalmente heridos. Sus compañeros dejaron oír un rugido de ira y volaron sobre la tierra, lanzando gritos de venganza.

Los soldados hacían funcionar a toda prisa los cerrojos de los fusiles, mientras lanzaban una cortina de balas contra sus agresores. Más de cien enemigos habían caído, pero el feroz ataque no se detenía.

En el centro de una de las tres columnas se distinguía a Uigan, rodeado por una brillante escolta, blandiendo su hacha de combate.

De pie dentro de sus trincheras, los soldados tiraban a boca de jarro casi y con tanta rapidez, que los fusiles empezaban a quemarles las manos. Llegó un momento en que las líneas de ataque flaquearon y se detuvieron. Uigan y sus jefes prosiguieron como si nada hubiera ocurrido.

Esa era, precisamente, la oportunidad que esperaba Fordyce.

— Tírenle a Uigan — ordenó.

Veinte proyectiles hicieron impacto en el cuerpo del viejo guerrero. El y la mitad de su escolta cayeron en montón.

Con un jubiloso grito de triunfo, Fordyce y sus soldados saltaron afuera de su trinchera, y en un momento tuvieron la cabeza de Uigan clavada en una lanza.

A mitad del faldeo, los guerreros ifugaos habían hecho alto, dando frente otra vez a la altura. A la vista de la cabeza de Uigan, empero, huyeron otra vez, al parecer, presa de incontenible pánico. Al llegar al valle iban en desbandada.

Los soldados se impacientaban por cargar, pero Fordyce los contuvo:

— Hemos causado bastante daño ya. Han recibido una dura lección. Huyen. Uigan ha caído. No necesitamos más.

En la aldea no había confusión; los guerreros derrotados habían tomado posiciones al centro de la plaza y aguardaban tranquilos el arribo del enemigo, dispuestos, al parecer, a rendir la vida para proteger la huída de las mujeres y niños. Era imponente el cuadro; serenos, con la tranquilidad que prestan la desesperación y la resolución de morir en su puesto, los bravos ifugaos se mantenían firmes, a la espera del choque postrero. Había aún un millar de ellos, sudorosos, ensangrentados, sucios, amenazadores y siniestros.

Fordyce detuvo la escuálida columna y avanzó hacia los guerreros bárbaros, sosteniendo siempre en alto la pica con la cabeza de Uigan. A unos diez pasos del enemigo, hizo alto y les habló en su idioma.

—¡Os traigo la cabeza de Uigan! — les gritó. — Los dioses se disgustaron con él por su arrogancia y por haber guerreado contra mujeres y niños. Hace pocas horas que estaba vivo y conduciendo a su gente a empresas perversas; ahora está muerto. Ayer gritaba: "¡Oh, guerreros blancos: venid a tomar las armas de Uigan!" Ahora sus labios están mudos. He venido en respuesta a las palabras jactanciosas de Uigan, y os ofrezco su cabeza a cambio de vuestras armas y las cabezas de las mujeres y niños que asesinasteis en Banaue.

Un rumor de sorpresa se alzó de entre las filas de los "cazadores de cabezas". Algunos de los jefes más ancianos se apartaron para deliberar, y después de un breve cambio de ideas, se aproximaron a Fordyce. El más viejo hacía de intérprete por todos.

—¿Es cierto que no vienes a matarnos y cortarnos las cabezas, sino a hablar de paz?

Fordyce le aseguró que tal era su propósito.

Ese anuncio sorprendió poderosamente a los guerreros, terriblemente impresionados por la vista de la cabeza de Uigan, prueba elocuente de que los dioses los habían abandonado.

El resultado final del "parlamento", fué que Fordyce cambió la cabeza de Uigan por todas las armas que había en la aldea y las cabezas arrancadas en Banaue. Más adelante se cimentó una paz duradera, y la costumbre de cazar cabezas quedó totalmente extirpada en las Filipinas.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO



Las consecuencias del cambio de gobierno, del levantamiento del estado de sitio y del retorno a la normalidad, se dejan sentir por todas partes. Una de esas partes es en la peluquería de don Giácomo, donde la clientela, que antes cuchicheaba, mirando de rabo de ojo para callar si entre la "cola" había alguna cara nueva, habla ahora en voz alta, dando rienda suelta a sus opiniones sobre el período que acaba de terminar.

Como el salón "oye" todo el día anécdotas y "chimentos" de todo género, a don Giácomo, que nunca le ha faltado tema, le sobra ahora de tal manera, que para "largarlo" todo, se ve en imperiosa necesidad de ser "tabloid", es decir, sintético.



Allá va el ameno resultado de mi última charla con el Fígaro.

●●●

—¿Leyó, don Mandinga, en "El Mundo" eso de los dos funcionarios que veraneaban en Mar del Plata a costillas de una "inspección", y que cuando quisieron cobrar los viáticos, a razón de 100 y 50 pesos diarios por cabeza, les devolvieron el expediente "por falta de ética administrativa"?

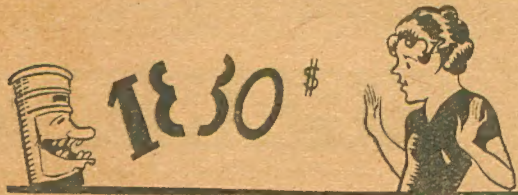
—Sí, don Giácomo, y por cierto que fuí uno de los muchos argentinos que habrán aplaudido de corazón, patrióticamente, esa medida moralizadora.

—Bueno, de esos casos hay a montones. ¡Hay que oír lo que comentan los clientes!

"No hay duda de que el presidente y los ministros del gobierno de "facto" tenían buenas intenciones; pero lo que pasa es que los altos funcionarios no le llevaron el apunte al "reajuste" y no le jugaron limpio a la "causa revolucionaria".

—A ver: concrete...

—El director de una importante repartición que le cuesta mucho dinero al país, porque da "déficit" todos los meses, tiene



a su cargo una numerosa familia: la madre, las cuñadas, los sobrinos... Bueno, ¡para todos ha alcanzado el presupuesto! A la señora madre, como acto de abnegación filial, le dió una secretaría; por cierto que la secretaria no aparecía por las oficinas ni para cobrar el sueldo. Además, como es personaje influyente, también le hizo dar diez decenas de la Lotería Nacional de "Beneficiencia..."

●●●

"La maestra ésa, que viene a que le oxigene y le ondule la melena, y a que le depile las cejas, me hizo otro cuentito muy gracioso, que habían comentado sus compañeras, con la directora, en el patio de la escuela.

"Dice que otro alto funcionario tenía unos hijitos que no eran muy aplicados. Tuvo que tomarles una profesora particular, y encontró cómodo y ventajoso pagarle con los dineros... del Estado. Dicho y hecho: le dió un puesto de 180 pesos. Pero aquí viene lo lindo: como la maestra no trabajaba en la oficina y 180 pesos mensuales eran mucha plata para pagar las lecciones, la maestra tenía que "devolver" al funcionario la mitad de su sueldo."

—Parece increíble, don Giácomo.

—Así es; pero convengamos en que, en este mundo, hay gente muy aprovechada.

—A propósito de gente aprovechada:

"Otro cliente me contó que conocía a un "tenientito" que era vecino suyo, el cual había "pelechado" muchísimo de poco tiempo a esta parte. Antes "la iba" de ómnibus, a lo sumo de "colectivo", andaba con la ropa bastante usadita y era, en todos los detalles, un muchacho modesto: ahora, trajecitos nuevos, automóvil de lujo, farra corrida... Tuvo curiosidad de saber a qué se debía ese cambio repentino: tal vez un acierto en la lotería, una herencia... Pero no: era que el "nene" se cobraba su sueldo "legítimo", otro sueldo de cerca de mil pesos como secretario privado de un funcionario que, además, era pariente suyo, y de yapa un viático de treinta pesos diarios..."



—Según lo que usted me cuenta no hay lotería más segura que tener parientes bien "acomodados" en la administración pública.

●●●

—También un corista del Colón estuvo contando aquí cosas de la última temporada...

—Les habrá sacado el cuero a Tito Schipa, a la Pons y a Galeffi...

—No, por rara casualidad no se ocupó de sus compañeros de arte, aunque ellos lo son en sostenido mayor y él lo es en bemol menor.

—Entonces se ocupó de otros bemoles.

—Bemoles y sostenidos... La comisión asesora ya no puede "sostenerse" más y está por dar la nota final.

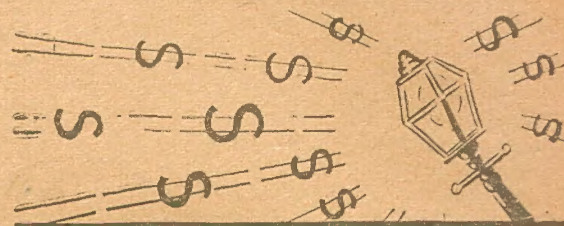
—A lo mejor le sale desafinado.

—Sí, va a ser un "falsete" porque en la renuncia no va a dar las verdaderas causas.

—¿Y los bemoles?

—¡Huy, huy! De esos sí que hay muchos. Uno de ellos es el déficit enorme de la pasada temporada; ¡cómo sería de grande, que para "despistar" — según dice el corista — imputaron una parte a los gastos de... alumbrado.

"Si ello es así, yo pienso que esa imputación está doblemente mal hecha; primero porque no está de acuerdo con la Ley de Contabilidad, y luego, porque es darle mucha luz a una comisión que tuvo tan poca...



●●●

—A ver, don Giácomo, otro "chimento".

—Bueno, le voy a dar el último, el más lindo de todos, mientras acabo de hacerle el contrapelo de la mosca.

—¡Este sí que es "contrapelo"!

—Me contó un cliente que tengo, muy reservado, pero que anda metido en los sindicatos, que un funcionario consular últimamente nombrado, después de prestar "señalados" y "remarcables" servicios a la causa del orden público (porque la mayoría de los que tuvieron que vérselas con él quedaron "señalados" y "remarcados"), no podían embarcarse para ir a hacerse cargo de sus nuevas funciones.

—¿Se enfermó a última hora?

—No: los obreros portuarios habían notificado a las empresas de navegación que si tomaban ese pasajero, paraban el trabajo y las boicoteaban por tiempo indeterminado. Se informó al gobierno de lo que ocurría, y el gobierno, que a los únicos que respetó de veras fué a los gremios obreros, optó por aconsejar al funcionario consular "que se fuera volando". Felizmente, en estos tiempos de la aviación, eso ya no es un imposible.



—Todo eso, don Giácomo, es muy "divertido", pero muy triste; tiene algo de esas piezas teatrales trágicogrotescas que nos hacen reír y sufrir al mismo tiempo. Si ello es exacto, no hay duda de que las notas marginales emborronan las páginas brillantes de la revolución. Es de desear y esperar que con el retorno a la normalidad, mediante un gobierno constitucional fuerte y ordenado, desaparezcan para siempre los favoritismos, los aprovechamientos y las irregularidades que tanto han desprestigiado a nuestra administración pública.

Por

El Viejo Mandinga

SALPICON

HUMORISMO

LA AVENIDA COSTANERA

Buenos Aires es una ciudad monótona, porque no tiene montañas en su confín. En vez de hacerse una avenida costanera, que será recreo y cancha de bochas y campo de batalla de vagos y perdularios, debía circundarse la ciudad de un cordón de sierras de cemento armado.

Sobre ser una defensa contra los vientos pamperos, constituiría un gran negocio, pues en la cresta de la montaña se intentaría un tren eléctrico ultrarrápido, y al pie hoteles campestres, manicomios de inventores, arroyitos desinfestados con creolina y calesitas para los poetas de la nueva sensibilidad.

ROBERTO ARLT.

COPLAS

Ya vendrá una mala lengua
por el gusto de hacer daño,
a matar este cariño
que nos ha costado tanto.

Cuando me estés retratando
con tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos
a ver si me quedo dentro.

En la cárcel del cariño
todo el mundo tiene entrada,
pero puerta que se cierra
es difícil que se abra.

Tú esquivaste mi amistad
por querer seguir tu rumbo,
pero, hijita, ¡ya verás
el pago que te da el mundo!

El fuego de mi pecho
tú lo encendiste;
yo me quedé en las llamas
y tú te fuiste.
¡Mal haya el fuego
donde tú no te abrasas
y yo me quemo!



En el año 2.000:
—¿Y esta nueva fábrica, de qué es?
—De hombres artificiales.
(De "Le Rire", París)

CHISTES DE RESTAURANT

—Este vino me parece que es poco añejo.

—Precisamente por ser muy joven se lo recomiendo a usted — responde el mozo.

—Explícate.

—Es tan joven, que aún no lo ha bautizado el dueño.

—Hombre, ¡qué casualidad! Esta es la primera vez que encuentro razonable la adición.

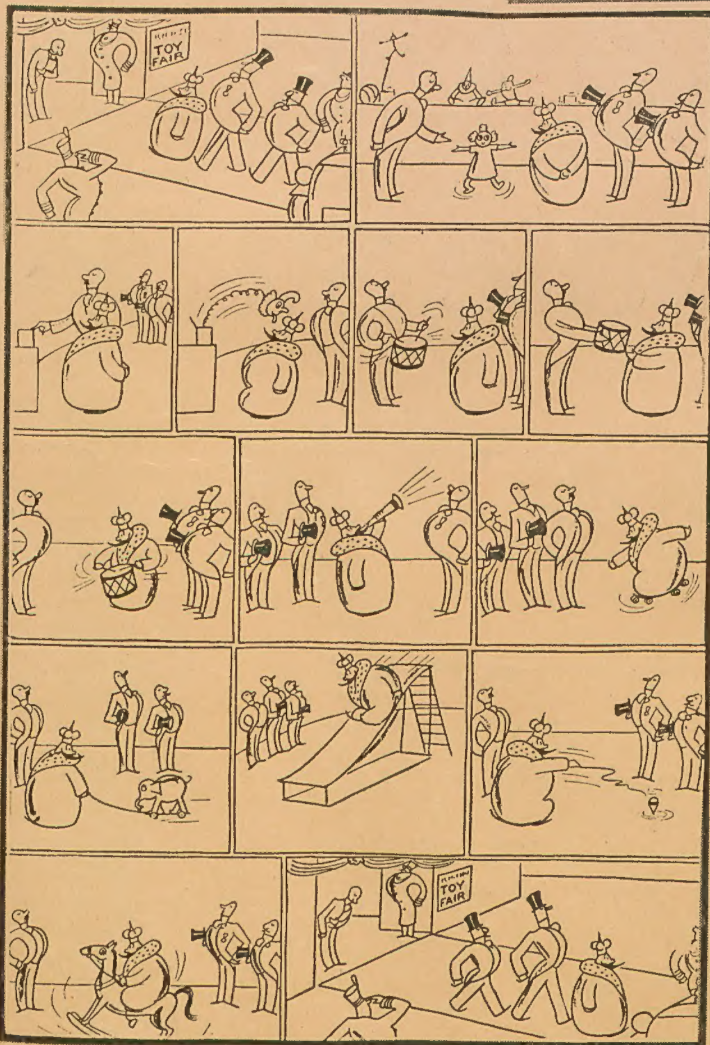
— Pues, entonces — dice el mozo, — démela, porque debe estar equivocada.

—Mozo, tráigame la cuenta.
—¿El señor la quiere detallada o en globo?
—Tráigamela detallada, porque en "globo" subirá mucho.



COSTUMBRES DE LA CIUDAD

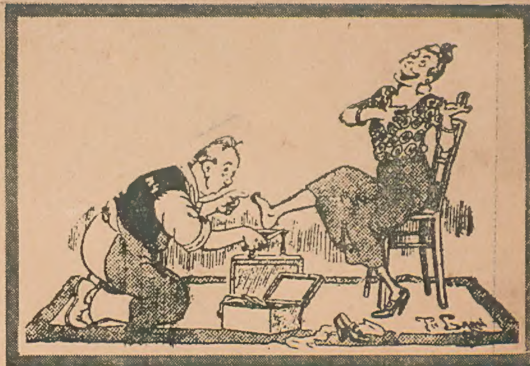
—¡Mira por dónde vienen los de Gómez! Vamos a hacer como si no los hubiéramos visto.
(De "Gutiérrez", Madrid)



El rey se divierte.
(De "The New York"), Nueva York)



—¿Usted cree en la transformación de los seres después de muertos?
—Ya lo creo. He visto infinidad de gatos convertidos en zorros en las peleterías y en liebres en los restaurantes.
(De "Le Rire", París)



—¡Ya nadie podrá decir que ningún hombre se arrodilló a mis plantas!
(De "Fantasio", París)

LA ANECDOTA NACIONAL

En cierta ocasión, el admirable Florencio Parravicini, que, a más de gran comediante, es un formidable humorista, se hallaba presente en una reunión de "saloncillo". Se hablaba de un fuego ocurrido días atrás en un teatro de Buenos Aires, fuego que, afortunadamente, no había tenido consecuencias que lamentar, y Parra decía:

—En esto de los incendios, lo principal es no perder la sangre fría y la presencia de ánimo. Y yo sé bien lo que me digo.

—¿Qué? ¿Ha presenciado usted algún caso de fuego? — preguntó un contertulio.

—Yo no; fué un tío mío. Se hallaba éste en la sala de un teatro, cuando estalló un formidable incendio. Inmediatamente, todos los espectadores, aterrados, abandonaron sus asientos y corrieron hacia las puertas en espantoso desorden. Entonces mi tío, que no había perdido la calma, se subió a una butaca y arengó así al público: "¡Señoras y señores!... ¡Calma, que no hay peligro alguno! ¡Vuelvan todos a sus puestos, que no pasa nada!"

Parravicini continuó:

—Si el miedo es contagioso, también lo es el valor. La tranquilidad de mi pariente se impuso, y todos volvieron a ocupar sus localidades respectivas.

—¿Y qué? ¿No hubo ninguna desgracia?

—¡Figúrense! ¡Ni un solo espectador se salvó de la quema!



—Entonces, ¿usted es checoeslovaco?
—A medias..., porque cuando yo salí de allí pesaba solamente treinta y cinco kilos, y ahora peso setenta.
(De "Gutiérrez", Madrid)

EPIGRAMA

Con mucha razón al ver
que está "El Pensador" enfrente
del Congreso, Juan Valiente
me dijo en secreto ayer:
—Aquí está mal, pues [encuentro
que fué un gravísimo error
poner fuera un pensador
que tanta falta hace adentro.

José Ma. Sierra.



El cirujano asombrado: — Pero, ¡cómo pudo usted tragarse una plancha!
El operado: — No lo sé, verdaderamente. Debí estar muy distraído en ese momento.
(De "Ric e Rac", París)



El comprador de los pantalones llenos de remiendos: — Me conviene el precio; pero desearía saber si tiene parches de repuesto.
(De "Ric e Rac", París)

IDEARIO ARGENTINO

La mujer porteña tiene, sin duda alguna, un maravilloso don de ubicación, de comodidad. Instalada en su butaca, es increíble con qué vertiginosa rapidez, en un periquete, despliega un nutrido guardarropa.

Josefina Crosa.

Los poetas son personas que expresan con la mayor dificultad posible todo aquello que no tienen intención de decir.

Eduardo Wilde.



¿Cuánto vale su Salud?



ESA sensación de bienestar y energía que le hacen ver la vida con fe y optimismo... ¡Eso es Salud!... ¡Y todo el oro del mundo, nada vale cuando la Salud falla!

Entonces, si Ud. necesita quitarse algún dolor, proteja su salud eligiendo la famosa ***Cafiaspirina,*** cuya calidad, pureza y eficacia son proverbiales en todo el mundo.

Cafiaspirina quita dolores de cabeza, muelas, oídos, neuralgias, jaquecas, resfríos, reumatismos, trastornos de la mujer. Y puede tomarse en cualquier momento porque es absolutamente inofensiva.

¡Rechace las imitaciones!

CAFIASPIRINA

el producto de confianza

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Ltda. S. A.